
Tristán Solarte
El Ahogado



Introducción

Noche oscura, con fuerte viento del sur. Acaban de dar las once, pero ya las calles de Bocas del Toro están desiertas. Un grupo de perros vagabundos aúlla histéricamente su miedo al cielo tenebroso.

Rafael viene de regreso. El viento le ciñe la ropa al cuerpo. En la boca, un cigarrillo le ilumina intermitentemente el rostro pensativo. Tiene una mano metida en el bolsillo; con la otra se acaricia el pelo negro cortado casi a rape.

Apenas cuenta diecisiete años de edad, es poeta y se deja penetrar por el misterio de la noche, por los presagios que azuzan a los perros, por el soplo cardíaco del océano que, unos metros más allá, vigila al pueblo echado a sus pies como un perro enorme, negro y celoso.

Ni una lucecita en el cielo, ¡Dios mío!, ni una estrella; a este paso se quedará sola la tierra. ¿Cuál es el origen entonces de esta felicidad?

La tierra sola en el espacio una pelota agujereada que rueda ciegamente y rueda y rueda sin objeto y sin meta y rueda y rueda solitaria ceñida por una levísima gasa de oxígeno que se acaba y se acaba y acabará en las fauces del perro la pelota la pelota.

Juega con las sílabas sin sentido Rafaelito trisca trinos Trinidad trina tiros tira trinos. La noche todo lo permite. Se diría que la nostalgia ha tocado fondo; que las sombras van a devolverle el paraíso perdido de su infancia con sus callejones húmedos y retorcidos, sus tambos plagados de misterios y el patio de las revelaciones.

Se detiene debajo de un farol y, apoyando el pie izquierdo en la base de cemento, se ajusta los cordones del zapato. Ahora podemos verlo mejor. Es bajo de estatura. Labios ligeramente crespos, nariz respingona, pestañas tan abundantes que apenas si dejan entrever los ojos negros, luminosos. Cejas asimismo pobladas, frente tersa y no muy amplia; manos largas, dedos nudosos. En el anular izquierdo luce una sortija de plata.

Prosigue su camino, silbando suavemente una melodía popular. Ha dejado caer la colilla del cigarrillo en un charco formado por la lluvia en mitad de la calle. Sí; las calles de Bocas del Toro se hallan en muy mal estado: repletas de baches y de yerbajos que locamente se aferran a la miserable tierra arenosa de las orillas. La condición de las casas es simplemente desastrosa: despintadas, la madera carcomida por la polilla y por el vaho corrosivo del mar.

Pero nada de esto tiene que ver con un poeta adolescente que camina a las once de la noche. Y no por falta de amor a su pueblo natal, ciertamente; pero su amor abarca la decadencia de las cosas y, hasta cierto punto, de ella se alimenta. No hay palabras para describir la ternura que inspira la vista de un solar vacío, antaño ocupado por una hermosa casa de dos pisos y hoy cubierto de monte y de latas.

Ya está frente a su casa, su pequeña casa de madera con los helechos y flores del balcón, amorosamente cuidados por la abuela. Sube las escaleras decrepitas. Sonriendo maliciosamente, abre la puerta y entra con grandes precauciones para no despertar a la vieja. Al pasar frente al cuarto de ésta, su ronquido familiar le llega pleno y sonoro, como una señal de buen agüero, de que todo está en orden. Atraviesa de puntillas el pasillo, y abre la puerta de su cuarto, situado en el otro extremo de la casita. Enciende la luz.

Es una habitación relativamente amplia, amueblada con sencillez: una cama de hierro junto a la pared, cómoda, un armario.

En la pared opuesta, un pequeño escritorio y un taburete. Empotrada en la pared, una biblioteca con medio centenar de volúmenes, incluyendo varios ejemplares de las dos obras que lleva publicadas: “Canción de Amor” y “Falsos Testimonios”. En la cabecera del lecho un retrato de García Lorca.

Se desviste lentamente, sin dejar de sonreír. Apaga la luz y, completamente desnudo, se mete en la cama. Con los ojos cerrados espera pacientemente a que el poema que ha venido anunciándose todo el día se materialice en un soneto perfecto. Una a una se irán encadenando las sílabas embriagadoras. Conoce bien los síntomas. Aguarda. Aguarda...; pero el que llega es el sueño, con sus limbos grises y sus incoherencias.

En esa duermevela lo sorprenden. Siente, casi en sueños, los pasos que se acercan a su lecho, sigilosamente. Siente la mano que levanta el puñal; siente la ráfaga negra que irrumpe en su alcoba... siente... y sonríe en sueños...

A las dos de la madrugada se desató un violentísimo aguacero que se prolongó, con breves pausas y escampadas, hasta el amanecer.

El día nace turbio, húmedo y melancólico. Heladas ráfagas de viento se enredan en las esquinas. Calle Tercera, empozada por el deficiente sistema de desagüe, está intransitable. Algunos peatones, descalzos y con los pantalones subidos hasta la rodilla, cruzan chapoteando, desdeñosamente contemplados por oscuros gallinazos ateridos de frío en los techos de zinc.

El pueblo despierta lenta y perezosamente, bostezando y dando portazos. Un hombre sacude a su hijita de ocho años que se debate dulcemente en el centro de un sueño agradabilísimo... una vieja, con la canasta de hacer las compras colgándole del brazo, mira con rencor las calles anegadas... una joven pareja de amantes hace aún más ceñido el abrazo matutino; ambos tienen los ojos cerrados; en la misma cuadra, una madre calienta la leche en la cocina mientras desde el fondo de la casa su pequeño de tres meses arma una gritería de todos los diablos... el sastre y su rolliza esposa abren los

ojos a la primera mañana de matrimonio... el viejo pescador escruta ansiosamente el mar borrascoso que rodea la isla de Bocas del Toro y las otras islas de ese enorme y bello archipiélago situado al noroeste de la República de Panamá. **Imposible pescar hoy**, se dice; una vez más el clima le ha jugado una mala pasada.

A las nueve de la mañana, pese al obstáculo que le oponían las calles anegadas, la noticia había atravesado la ciudad de un extremo al otro. Y un terror indescriptible estrujó a sus habitantes.

El pasado del archipiélago es una cámara de horrores. De ahí que cualquier hecho de sangre reviva en los espíritus viejos miedos latentes. Algo quedó rezagado en las islas, prendido de las lianas del monte, acechando en los manglares, presto a irrumpir tumultuosamente en el presente. Hay un peso muy grande enterrado en el corazón, algo muy podrido surca la corriente sanguínea poblando los sueños de signos sin clave. Cualquier crimen hace surgir, aun en los hombres más sensatos, una horrenda sensación de culpabilidad, de complicidad.

Un pesado estupor descendió sobre Bocas del Toro.

Primera Parte

Apuntes del Doctor Martínez

Capítulo I

Voy a aprovechar estas noches de insomnio — interminables, delirantes — para ordenar mis viejas notas sobre el asesinato de Rafael. Después de pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que si recorro de nuevo, sistemáticamente, de principio a fin, “los viejos caminos”, quizás consiga neutralizar el veneno que destilan mis recuerdos. Todos mis recuerdos: los de mi madre, los de mi niñez, los de mis mocedades. Y, especialmente, los de Bocas del Toro, donde me hice hombre y médico. Recuerdos de las gentes de Bocas del Toro. Recuerdos de Carmen, la dulce Carmen, destinada a una muerte prematura. Recuerdos de Leonor: recuerdos de aquella joven extraordinariamente esbelta y bella, cuyos ojos verdes poseían la misteriosa cualidad de absorber y reflejar toda la claridad del paisaje marino. Recuerdos de la muchacha que fue mi primer amor. Amor no correspondido, es cierto, pero eso qué importa. Cuando el insomnio o el sueño me devuelven su imagen, la acepto con gratitud, humildemente. Recuerdos de Rafael. Recuerdos de un crimen que estuvo a punto de desquiciarme. Conservo varios recortes de prensa. Voy a transcribir los titulares escandalosos de uno de ellos: “MONSTRUOSO CRIMEN EN BOCAS DEL TORO. LA VÍCTIMA ERA UNA DE LAS MÁS DISTINGUIDAS FIGURAS DE LA LITERATURA PANAMEÑA”.

El texto, pese a estar redactado en la truculenta jerga del Oficio, recoge con bastante fidelidad lo ocurrido. A las ocho de la mañana la abuela de Rafael entró al cuarto de su nieto a llevarle, según tenía por costumbre, el desayuno. Al abrir la puerta, lanzó un grito y cayó al suelo desmayada. Al ruido acudieron los vecinos, y vieron espantados la causa de la conmoción: Rafael yacía desnudo en la cama, en medio de un charco de sangre.

La noticia recoge la perplejidad de las autoridades, y del público en general, por la aparente ausencia de móvil. Consigna, secamente, la simpatía y estima que todo el mundo sentía por el poeta; su vida ejemplar, consagrada exclusivamente a la realización de su obra. No tenía un enemigo. Algunos aventuraron la teoría de que sólo un loco pudo cometer el crimen.

“Rafael vivía en una pequeña casa del pueblo en compañía de su abuela, su único familiar. Los padres del poeta murieron cuando éste era un niño de corta edad”.

“La abuela ha sufrido un ataque al corazón, y el médico la está atendiendo”.

Siguen unos párrafos casi líricos que pretenden hacer el pánegírico del poeta genial de diecisiete años, que también se distinguió como pintor y como cantante. Los paso por alto, porque lo que Rafael era, prefiero decirlo yo mismo con mis propias palabras.

En una pequeña caja de cedro guardo algunos objetos preciosos. Ya hice alusión al recorte del diario. Mencionaré, además, una carta amarillenta y reseca, sin firma; un testamento, tres poemas inéditos, dos fotos: la primera es de Leonor, sentada en la playa, en traje de baño, con el mar de fondo. Como fue tomada desde lejos, no se le distinguen bien las facciones; pero éstas se hallan nítidamente impresas en mi memoria. La contemplo ahora, y siento que el viejo amor desesperado, aquel amor que nunca me atreví a confesarle — por tímidez, por miedo a que me rechazara, ¡vaya usted a saber! — no ha muerto del todo. Ignoro qué me intimidaba en la muchacha: si los ojos verdes o la piel curiosa-

mente dorada, o las manos largas o los labios llenos; o el aire de severa castidad que mantenía a distancia a la juventud masculina bocatoreña (a sus veintidós años, aún no se le había conocido novio).

La otra foto tampoco es clara. Una muchacha en calle cuarta. Sé que se trata de Carmen, porque yo mismo la tomé. Con Carmen sí me falla la memoria. Lo único que conservo de ella es su fragilidad y la dulzura de su carácter, y su paso de sueño por mi vida.

En cuanto a los poemas... ¡silencio! Si de mí depende, jamás se publicarán. Cuando sienta que la muerte se aproxime, los quemaré.



¡Dios mío! El espectáculo que ofreció Bocas del Toro a mis ojos de recién llegado. Las calles, los parques, las casas de madera: todo se derrumbaba.

Hace treinta y cinco años Bocas del Toro era la tercera ciudad en importancia de la república, gracias a los buenos precios del banano, próspera actividad que mantenía un elevado nivel general de vida. Súbitamente, una misteriosa plaga arrasó las plantaciones de tierra firme y, entre una cosa y otra, quedó reducido Bocas del Toro a un ruinoso pueblecito de dos mil habitantes, nostálgicos de **los buenos tiempos**. En el momento de tornmar posesión de mi nuevo cargo de Médico—Director del Hospital Provincial— el título pomposo no se justificaba: en realidad era yo el único médico del hospital y del pueblo— Bocas del Toro se hallaba en trance de muerte. De su época de oro sólo subsistían el recuerdo de los mayores y el simétrico trazado de una ciudad construida para albergar seis veces más habitantes.

Empero, tenía su encanto — y no me refiero sólo al paisaje maravilloso, sino al propio pueblo— un encanto melancólico hecho de nostalgia y de presentimientos. Durante un año jugué con la idea de establecerme allí definitivamente, idea alimentada por la amable acogida que me dispensaron los bocatoreños, por

mi relativo bienestar económico, y por las satisfacciones de orden espiritual que me proporcionaron el amor a Leonor y la amistad de Rafael, todo ello en contraste con la sórdida y triste vida de mi niñez y adolescencia, transcurridas en un cuarto húmedo y maloliente del Marañón.

•••••

Fue una infancia atroz la mía. Sombras, malhumor, hambre, lavaderos atestados de mujeres maldicientes.

A los cinco años de edad presencié, desde los brazos de mi madre, la masacre de octubre de 1925 en la plaza de Santa Ana con que se liquidó el movimiento inquilinario y la huelga de **no pago**. Mi madre, como la mayoría de los vecinos, participó activamente en la lucha, participación que aún hoy me enorgullece.

La pobre, a fuerza de lavar ropa, me costó los estudios primarios y secundarios. Nunca olvidaré su mirada de triunfo cuando obtuve el bachillerato, y, más tarde, cuando le anuncié que me había ganado una beca para estudiar medicina en un país sudamericano. Tampoco olvidaré nuestra despedida: el abrazo estrecho de hijo y madre en el muelle, ni las promesas desesperadas de última hora. Acicateado por el recuerdo de su rostro moreno y por sus cartas semanales (trabajosamente escritas, llenas de faltas de ortografía y de manchones de grasa) estudié con un furor lindante en la locura. Ya próximo a recibirme de médico, llegó el cablegrama, cruelmente lacónico, anunciándome su muerte.

Después de la graduación regresé a Panamá, porque en realidad no sabía adónde dirigirme; pero nadie me esperó en el aeropuerto: yo era el último miembro de mi familia.

El último, el único miembro de mi familia, me repetí una y otra vez mientras los funcionarios de Aduana recorrían mis escasas pertenencias. Resignadamente cumplí mi año de internado en el Hospital Santo Tomás, al término del cual me citó a su despacho el Director de la institución para ofrecerme el cargo en Bocas del Toro. Más que ofrecimiento, era una orden.



Sí; me encontraba a gusto en Bocas del Toro. A gusto y enamorado. Leonor entró en mi vida en el momento más oportuno. Ahíto de soledad, de pensiones y cuartos de hospital, sentía la necesidad, la urgencia mejor dicho, de fundar familia y tener un hogar propio.

Conocí a Leonor, y en su rostro vi los hijos y los nietos hermosos que podría tener, y la sucesión de años y acontecimientos menudos y la plácida rutina de una existencia sin sacudidas, al cabo de la cual ella y yo compartiríamos el silencio eterno bajo las arenas del pequeño cementerio.

Pero una noche lluviosa descargaron una puñalada sobre el pecho de Rafael.



Del fondo de la cajita he buceado el protocolo de la autopsia que, por orden del fiscal, tuve que hacerle a mi amigo más querido. Y fue como si también hubiera buceado, del fondo de los años, el día más amargo de mi vida.

Capítulo II

Sobre una mesa de hierro yacía el cadáver de Rafael, cubierto de pies a cabeza por una sábana. El olor a formalina, la resonancia de templo, el silencio que oprimía los sonidos me devolvieron vívidamente horas que daría cualquier cosa por poder olvidar.

Y volví a experimentar aquella náusea que casi me hizo abandonar mis estudios, y que tanto me costó vencer. Náusea indisolublemente asociada a mi profesor de Patología, a sus bromas estúpidas, a su vulgaridad, a sus irreverencias. **Memento**, todavía lo oigo decir izando triunfalmente, ante la veintena de mozos enfundados en raídos guardapolvos, un hígado erizado de granulaciones: **Hermanos: recordad que morir habemos. Guardaos de la caña y de la grapa, del vino y de las cervezas.** A continuación, en su mejor acento lunfardo, expulsando las palabras por una esquina de la boca:

*Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando,
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte,
tan callando...*

Profanación que, agregada a la náusea y a mi nostalgia en carne viva, me hacen concebir una serie de desatinos, entre ellos el de embarcarme al día siguiente de regreso a Panamá. Tuve que poner en juego toda mi fuerza de voluntad para espantar los fan-

tasmas; pero las coplas de Manrique continuaron encadenándose por su cuenta en mi memoria:

*Después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero*

¿Cómo era, cómo era?

Vino la muerte a llamar.

Y también

*Cuando se presenta airada,
todo lo pasa de claro
con su flecha...*

Todo. Milagro poético y pureza de alma. Y aquella forma de recitar, como embelesándose en la contemplación de indecibles maravillas, mientras las manos jugaban prodigiosamente al juego de las palabras; la forma de cantar, entrecerrando los ojos, aquellas canciones bellísimas.

Así que todo ha terminado. Aquel meteoro cegador se había consumido, y el viento ahora dispersaría sus cenizas por el archipiélago.

Avancé resueltamente y, haciéndome enorme violencia, descubrí el rostro del muerto. Tuve que retroceder un paso. Aquella cara, otrora tan animada y expresiva, lucía amarillenta, indiferente, afeada por la palidez grisácea de la mañana.

—¡Dios mío— supliqué— dame fuerzas para realizar esta asquerosa tarea!

Las pestañas intrincadas de Rafael habían caído definitivamente, como un telón. Los labios crespos eternizarían en adelante — imposible pensar en la podredumbre— un silencio carente de significación y de contenido. No hay otra forma de expresarlo. Conforme lo miraba, el rostro del poeta se tornaba más pétreo, más inanimado y vacío. Comprendí que la cosa no iba a ser tan tremenda como había temido. Un cadáver más, entre los miles que me había tocado abrir. Un cadáver más. Mi pulso recuperó su ritmo normal, y las manos adquirieron mayor firmeza. A

la vez, sin embargo, el rostro del poeta vivo se posó en mi memoria al lado del muerto. Y a pesar de que así no hacía sino contrastar más agudamente lo poco que ambos tenían en común, ahí, en mi recuerdo en carne viva, sí que la imagen resultaba dolorosa.

Entrecerré los ojos. Una ráfaga de aire preñado de lluvia se coló por la ventana poniéndome la carne de gallina. Los abrí; el muerto seguía aguardando.

Y en el mismo instante recordé cómo ese mismo rostro, de rasgos más bien comunes, solía transfigurarse cuando su dueño recitaba. Cómo entonces, sumido en una suerte de embriaguez poética, las pupilas desaparecían detrás de la pestañas. Cambiaba el marco, los versos — suyos o ajenos — el auditorio. Una noche de luna en el balcón de mi casa situada a la orilla del mar, frente al hospital. Rafael hundido en un sillón, con las manos trenzadas detrás de la nuca, en casa de Carmen, en la Sala brillantemente iluminada. La penumbra acongojante de una apartada callejuela por la que paseábamos los dos solos a altas horas de la noche. Un atardecer lluvioso un atardecer dorado y sereno, en una de las islas vecinas, o en el bote cuando volvíamos de una de nuestras excursiones fantásticas.

Pero era preciso apartar los recuerdos, y volver a la desolada realidad de la Morgue. Si aquéllos continuaban afluyendo desordenadamente, no podría poner manos a la obra. No podría rajar el pecho y el vientre de mi amigo para echarle una ojeada a sus vísceras.

De un aparador saqué el par de guantes destinado a las autopsias. Empecé a ponérmelos, abstraído, mirando por la ventana las tapias musgosas del cementerio, situado a unos cincuenta metros de distancia. Algunas cruces sobresalían recortándose contra la arboleda que cierra la ciudad. El mar clamaba enronquecido, cerca, muy cerca.

Seis meses atrás, Rafael, Carmen y yo habíamos paseado por las vecindades del hospital. Hablábamos de todo un poco, disfrutando el aire fresco del atardecer después de un día sofocante.

Sin que nos lo hubiésemos propuesto, al rato nos encontramos en el cementerio.

El cementerio de Bocas del Toro es un lugar aterrador. Pocos metros lo separan del mar. La mayoría de las tumbas consiste en humildes montoncitos de tierra, invadidos por la maleza y por florecillas silvestres de indecentes colores. El cementerio es, también, una ciudad de cangrejos (**cancerópolis**, le decía Rafael) que pululan por todas partes, profanando las tumbas con su grotesco caminar, el carapacho ruidoso centelleando al sol o a la luna. El canto del mar adquiere allí sus notas más lúgubres.

Después de consagrarle unos minutos de respetuoso silencio, salimos del cementerio. En el camino de regreso, Carmen se colgó del brazo de Rafael. Caminábamos lenta y pensativamente, sin decir palabra. A la altura del hospital, en Avenida “G”, Rafael nos detuvo. **Quiero que oigan esto, dijo, lo escribí ayer. Se titula “Sermón en un Cementerio”.**

Y se puso a recitar. Y fue como si hablara el mismo cementerio para contar la historia de sus principales inquilinos. Nos enteramos de la trágica suerte de Garza y de sus nostálgicas visiones: una perspectiva de cactus y de arenas calcinadas. Oímos a Tadeo Brown llorando la pérdida de una mulata. Y confusas querellas de piratas, y el robo de un alambique, y una batalla campal por la posesión de un mango estéril. Y una muchacha inhumada con el traje de novia puesto. Y alguien cuyo único deseo era volver a escuchar el canto del capacho en una noche sin luna. Conforme avanzaba el poema crecían los rumores y las quejas, enlazándose en un melodioso contrapunto que en mi interior se enriquecía con mis penas personales. Los versos eran, también, una elegía a Bocas del Toro y un treno anticipado por la muerte del propio poeta. Los ojos de la muchacha se humedecieron, y no pude menos que notar la forma desesperada en que oprimía el brazo de Rafael. Largo rato guardamos silencio, tocados por las palabras del poeta y por el crepúsculo que abrasaba el poniente.

Toma el bisturí; inicia la autopsia. No pienses en Car-

men; no pienses en esa muchacha delicada. No pretendas imaginar siquiera lo que debe estar sufriendo en este momento, ella que admiraba y quería a Rafael más que nadie en el mundo, y a quien Rafael profesaba una suerte de veneración. Carmen era algo muy especial para él. Con ninguna otra persona se mostraba tan solícito y amoroso.

Carmen... a los dos días de estar en Bocas del Toro, se organizó un paseo a una isla vecina para despedir al médico que vine a reemplazar, y a la vez para darme la bienvenida. De eso hacía más de un año, ya había conocido a Rafael. Durante dos horas habíamos caminado por la playa, descubriéndonos mutuamente. Cansados de vagar, nos sentamos sobre la hierba que bordeaba la playa, bajo un arbusto de almendra. Cerca, los otros miembros del grupo — en su mayoría jóvenes de ambos sexos— se bañaban en el mar, jugando y gritando,

—¿Conoce usted a Carmen? — me preguntó inesperadamente Rafael.

—No recuerdo... —respondí.

—Pues debe conocerla. Vale la pena. Es la que está sentada debajo de la sombrilla.

Una muchacha vestida de verde, pequeña y delgada. No pude distinguir sus facciones.

Entonces el poeta, bajando confidencialmente la voz, dijo una cosa rarísima. Dijo: **me hubiera gustado que fuera mi madre**, y mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos, él agachó la cabeza, como avergonzado de sus palabras.

Hundí vigorosamente el bisturí en la carne muerta de Rafael.

Capítulo III

Cuando, a las cuatro de la tarde, llegué a la iglesia abarrotada, ya se habían iniciado los servicios. Abriéndome paso a punta de sonrisas, empujones y disculpas, logré situarme cerca del ataúd, al pie del cual el padre González, deshecho por la pena, oficiaba las honras. Llorando a lágrima viva, tembloroso, ni siquiera se esforzaba en disimular su emoción.

Era natural. En una de sus raras y reticentes confidencias, Rafael me contó que **a él se lo debo todo. Él me dio mis primeras lecciones de música y de canto, y me enseñó Preceptiva, y me descubrió a los clásicos españoles, y ocupó el lugar de mi padre. Por más lejos que remonte el curso de mi vida, me encuentro con él. Mis primeros recuerdos no son de mi abuela, sino del padre González. Lo veo leyéndome en voz alta a San Juan de la Cruz, o denunciándome un alejandrino cojo de mis primeros poemas.**

Sobre el ataúd, una gruesa corona de flores. Otras coronas, más modestas, se amontonaban contra la pared.

La tarde seguía amenazando lluvia, y aparte del círculo trazado por la luz de los cuatro candelabros, el templo estaba sumido en la penumbra.

Al lado del padre González, dándome la espalda, la cabeza tocada por una vaporosa mantilla negra, Leonor. La imagen sugería auténtico dolor, bien que mitigado por la característica reserva de la muchacha.

En torno del ataúd se apretujaban varios conocidos, singularmente tristes. La luz vacilante de las velas acrecentaba esa triste-

za. Y de repente, como un relámpago, me hirió la idea de que uno de los presentes podía ser el asesino. Valía la pena observar con mayor atención los rostros compungidos que tenía enfrente.

Ahí estaba el padre de Leonor, rechoncho y bonachón, impecablemente vestido de blanco. Al lado, su esposa. Los años aún no la habían despojado por entero de sus encantos. Viéndola, no era difícil adivinar de quién había heredado Leonor su belleza. Junto a ella, vago y lejano, don Hernando, alto empleado público. Su presencia allí era de pura fórmula. Era un hombre enjuto y envejecido, muy dado al licor. Su vida social estaba circunscrita a la cantina y a unos cuantos amigotes, compañeros de parranda. Vivía amancebado con una robusta y atrayente dama negra que, según las hablillas, era de fuego y le ponía los cuernos, descaradamente, con varios a la vez. Las relaciones de don Hernando con Rafael, se reducían a una distraída inclinación de cabeza cuando se encontraban en la calle; pero había venido, como tantos otros, impulsado por ese curioso sentimiento, mezcla de solidaridad y culpabilidad, que se había adueñado de todos los bocatoreños. Detrás de él, Orlando. La luz mortecina le arrancaba a su rostro una expresión de reconcentrada malignidad. Nunca pude explicarme la gran amistad que lo unía a Rafael. Imposible imaginar dos personas más diferentes. Orlando era el reverso de la medalla: mozo de veintidós años, de regular estatura, pelo muy crespo, ojos castaños, labios finos y nariz perfilada. Borrachín, pendenciero, insigne jugador de billar, de póker y dados. Sumamente afortunado con las mujeres, en especial las negras y mulatas. No obstante su corta edad, tenía un record policial imponente que incluía una condena de seis meses por haber apuñalado a un marido celoso. ¿Qué podía ver en él Rafael? El poeta no era jugador. En cuanto al licor, nunca pasaba de un par de copas. Nada tenía en común con ese mozo repulsivo. Y sin embargo, no era raro verlos juntos sentados en una banca del parque municipal en animada conversación, o recorriendo de arriba abajo calle tercera. En varias ocasiones vi entrar a Rafael en la destartada casa de

Orlando. Obviamente, era su confidente. Me ofendía que el poeta hubiera escogido a un sujeto tan poco recomendable para hablarle de sus cosas íntimas, cuando en mí habría encontrado a un interlocutor más atento y comprensivo. Porque debo confesar que, a pesar de nuestro trato diario, Rafael jamás me descubrió su intimidad. Cuantas veces intenté arrastrarlo al terreno de las confidencias, él se evadió hábilmente. ¿En cuánto a los sentimientos, qué le inspiraba Rafael a Orlando? Bueno, aún los seres humanos más bajos añoran la luz. Es de suponer, también, que se sintiera honrado de que alguien tan querido y admirado y famoso le dispensara su amistad.

El nombre de Orlando era uno de los que con más derecho cabía asociar al crimen. Estaba en la psicología del personaje dar un golpe tan brutal como aparentemente injustificado; pero era preciso evitar que mis prejuicios y antipatías me arrastraran a una injusticia.

La actitud de Orlando, ahora, resultaba chocante. Los ojos duros, inexpresivos, se encontraron con los míos, y sostuvieron la mirada sin parpadear. Sus labios lucían más finos aún, contraídos por una casi imperceptible mueca de crueldad y de cinismo.

Otras personas, sin mayor interés para el caso, se agrupaban en torno del ataúd. Faltaban algunas. Faltaba Carmen, demasiado quebrantada para hacer acto de presencia. Y la abuela de la víctima, a la que acababa de dejar en cama, después de aplicarle una inyección de cafeína, la cuarta de ese día.

El cura terminó de mascullar sus oraciones, y luego de cerrar el libro de cubierta negra, se lo guardó en un bolsillo de la sotana.

Capítulo IV

Cerca de las cuatro y media se puso en marcha, lentamente, el cortejo encabezado por el padre González. Detrás, el ataúd sobre un grotesco carretón empujado por **Guinyín**, loco limpiabotas del pueblo que, entre sus muchas rarezas, tenía la de conducir a todos los muertos, gratuitamente, al cementerio. Era un hombrecillo sesentón, de barba cana enmarañada, cabello ralo también blanco, frente estrecha y cejas hirsutas bajo las cuales bailaban unos ojillos negros brillantísimos. Tenía dos grandes pasiones: los relojes y los entierros. En cada bolsillo del pantalón y de la camisa guardaba un reloj sin cristal o sin manecillas o sin cuerda. En cuanto a los entierros, vivía al tanto de las enfermedades y defunciones para dar una mano en el acarreo del muerto. Su respuesta invariable a cualquier ofensa era *aguarda un poquito, yo te empujaré*.

El ruido metálico de la carreta sobresalía sobre el de las pisadas y conversaciones en voz baja de los acompañantes. Detrás del carretón, Leonor y sus padres; luego, Orlando con varios jóvenes. Seguíamos don Hernando y yo. El cortejo se alargaba por espacio de dos cuadras.

Caía una fina y helada garúa. El viento remecía la vegetación de los patios. A mano derecha, por entre los espacios que separan las casas alineadas a la orilla del mar, veíanse trozos borrascosos y grisáceos de agua. También, ocasionalmente, los abigarrados palmares de las islas vecinas. La punta de Brown, expuesta

al mar abierto, se empenachaba de olas espumosas.

Así es el mar en Bocas del Toro. No conoce términos medios. O está en calma, una calma sobrenatural no turbada por la más leve arruga, y entonces, a través del agua verdosa y perspicua, es posible escrutar a voluntad sus entrañas; o esta malhumorado, ceñudo, bronco, surcado por veloces vientos que le arrancan quejidos desgarradores, y con un color que hiela la sangre.

La historia de mi amistad con Rafael, pensaba yo, se había desarrollado contra este fondo cambiante. Cada escena evocada traía consigo, inevitablemente, su cielo claro o su atardecer tormentoso.

La mañana que lo conocí, por ejemplo, en el *pic-nic* ya mencionado. Era una fiesta pagana el sol esplendoroso, el verde refulgente del follaje, el centelleo metálico de la arena.

En la playa, cerca del gramófono de manivela y las canastas de comida, Leonor me presentó a Rafael. Estrechaba distraídamente la mano que me tendían, cuando reconocí el nombre.

—¿Cómo? ¿Usted es Rafael, Rafael el poeta?

—El mismo, si usted no dispone otra cosa — fue la sonriente respuesta. Los ojos negros me miraron con intensa curiosidad.

Traté de remendar la plancha diciendo que era un gran admirador de su poesía, y que jamás habría imaginado que el autor fuera un niño.

—No tanto como un niño. Acabo de cumplir diecisiete años— replicó con dignidad—. Además, mi caso no tiene nada de particular. Guardando las distancias, hay que recordar a Neruda, que escribió su “Crepusculario” a los diecisiete. Sin hablar de Lorca, Rimbaud y de todos los otros.

Y extendió la mano como abarcando una multitud de poetas adolescentes. Leonor asistía regocijada a la escena mirando alternativamente a los interlocutores con sus grandes ojos verdes que desde el día anterior me tenían como sobre ascuas.

—¿Así que usted es el nuevo médico?— preguntó Rafael, sin otro propósito que el de entablar conversación.

Cruzamos varias frases siempre bajo la deliciosa vigilancia de Leonor. A menudo rayaba los ojos verdes un relámpago de orgullo regionalista. Fuimos interrumpidos por una muchacha que venía a buscarla para algo relacionado con las bebidas.

Una vez solos, el poeta me invitó a caminar por la playa.

Conversamos largamente.

Ante todo, el muchacho me pidió, con la mayor indiscreción, detalles de mi vida. Me hizo relatarle minuciosamente mi infancia en el Marañón, el barrio más populoso, promiscuo y miserable de la ciudad de Panamá. Le conté los principales sucesos del movimiento inquilinario; mis estudios de medicina. Cuando le referí la muerte de mi madre, en vísperas de mi graduación, el poeta se detuvo y me miró con los ojos muy abiertos. Luego bajó la vista, y proseguimos el paseo en silencio. Alentado por su interés y presa de una exaltación desconocida, me entregué a una ebria evocación de mi madre.

Esta había sido lavandera en el corazón mismo del barrio. Una mujer morena, de cabello negro y lacio arreglado en moño a la altura de la nuca. Corpulenta; manos callosas. El color de la piel hacía resaltar aún más una dentadura perfecta, blanquísima. Los ojos eran negros y, a pesar de la vida triste y dura que siempre llevó su dueña, no carentes de dulzura. Calzaba chancletas, y el ruido que hacían al andar es uno de mis recuerdos más vivos.

Si alguien tomara en sus manos mi cédula de identidad personal, vería que en el renglón correspondiente al nombre del padre del portador está escrita la palabra **desconocido**. Martínez es el apellido materno. Pero, al fin y al cabo, estas son cosas que no tienen importancia cuando se vive en la miseria.

Habitábamos un cuarto estrecho, húmedo y maloliente, situado en una enorme casa de inquilinato, rodeado por un vecindario bullicioso y mal hablado. La pobreza acentúa las dificultades inherentes a la convivencia. Solía despertarme a medianoche, sobresaltado, porque en la habitación contigua un borracho apaleaba salvajemente a su mujer. O porque en otro cuarto una mujer y

su hija adolescente reñían a gritos a propósito de una olla estropeada o de un aliento que olía a alcohol. En el primer piso alguien era sorprendido por una hemoptisis. Al lado, cuatro hombres jugaban al dominó descargando con innecesaria violencia las fichas sobre la mesa. Enfrente, un coro aguardentoso y desafinado entonaba canciones obscenas. Cerca, o tal vez lejos, un solitario consumía con frenética ansiedad su nocturno cigarrillo de marijuana, consumiéndose, él también, de ensueños, de fiebre, de hambre.

Compartíamos un catre desvencijado. Cerrando los ojos, enloquecido de miedo, el niño se ovillaba junto al poderoso y confortante calor de la mujer que roncaba exhausta, sorda a la miseria circundante.

Callé muchas cosas. La sospecha, por ejemplo, de que mi madre hacía un poco de prostitución clandestina en sus horas libres para poder aumentar el contenido de la olla; pero ello no logra empañar una imagen nimbada de ternura. Y cuando, hombre ya, recibo la noticia de su muerte, mi pena no tiene límites.

Recuerdo infinitamente dulce, infinitamente conmovedor. La madurez ha llegado prematuramente, y el hombre comprende y disculpa las flaquezas de la madre. Con una objetividad que lastima a fuerza de ser clara, se explica todas las turbulencias que la arrastraron, las caídas y el pecado. Las arrugas son un objeto de veneración. Y el gran amor, purificado, se nos revela en toda su hondura y luminosidad. Y al pensar cuánto la habría complacido este diploma que ahora yace en el fondo de un baúl, este estetoscopio descuidadamente hundido en el bolsillo del saco, las lágrimas afluyen con fuerza incontenible a los ojos empañándolos.

En el silencio que siguió a mis palabras la imagen evocada parecía flotar sobre las aguas, frente a nosotros.

—Su madre debe haber sido una mujer admirable— dijo Rafael al cabo—. Me hubiera gustado conocerla. Me parece muy bien que usted la recuerde con tanto afecto y que se sienta orgulloso de ella.

En ese momento nació nuestra amistad. Él seguía, hablando:

—Es curioso que sea la muerte la que nos revele íntegramente la dulzura de un rostro y la intensidad de un amor. Es el aspecto positivo de la muerte...

Había entrecerrado de nuevo los ojos.

—Un cutis ceniciento— dijo— y áspero. Y de pronto, al despertar de un sueño especialmente claro, daríamos la vida por sentirlo de nuevo apegado a nuestra mejilla, ondulando bajo las yemas de los dedos. Una noche de fiebre, y el deseo de sentir la mano callosa en nuestra frente nos quema las entrañas.

Con uno de sus gestos característicos se pasó la mano por el cabello antes de continuar:

—Por desdicha yo no conocí a mis padres, y he debido fiarme, para construir esta sombra de recuerdo, de testimonios ajenos...

Luego se apresuró a desviar la conversación. Una mueca de repugnancia le desfiguró la cara. Esa mueca pronto me sería familiar. Con ella contenía mis asedios a su intimidad.

Discutimos la poesía contemporánea. Rafael tenía ideas muy definidas sobre el tema. Con suma sencillez expuso su credo estético, ilustrándolo con ejemplos de los clásicos y de su propia obra.

El sol se aproximaba al cenit. Sobre las aguas tranquilas cruzaban lentamente unos botes. La estela que dejaban tras ellos era lo único que turbaba la inmovilidad del mar. Las islas de enfrente dormitaban en el sopor. Y con todo, la belleza del paisaje era imponente. Hice en voz alta la observación. Bocas del Toro, agregué, es hermosísimo.

—Sí— dijo Rafael, pero tarda uno en darse cuenta. Hay que conocer bien el lugar; hay que familiarizarse con todos sus rincones. Hay que verlo al amor de todas las luces y sombras antes de opinar. Debe usted contemplarlo bajo la luna llena, bajo el sol rabioso de marzo o en los atardeceres de octubre. Hay que sentirlo crujir dolorosamente ante la embestida del viento del sur. Hay que sobrecogerse frente al silencio que a veces le sube desde el tiempo, desde un tiempo anterior a la vida.

A pesar de la sonrisa y del tono de broma, me di cuenta, con sorpresa, de que hablaba en serio.

—Sí, doctor— prosiguió—, tiene que descubrir nuestro paisaje. Yo me le ofrezco de cicerone. Nadie más bocatoreño ni más indicado para la tarea. Voy a revelarles un mundo maravilloso.

Acepté. Tan pronto mis ocupaciones lo permitieran, iniciaríamos la investigación.

Después nos separamos. Un grupo de bañistas se llevó a Rafael, y yo me incorporé a Leonor y a Carmen que conversaban a la sombra de un almendro.

Rafael era el centro de la fiesta. Iba de grupo en grupo, prodi-gando chistes y sonrisas. Comía cuanto se le brindaba con gran voracidad. La gracia y finura se aliaban en él a un natural retozón para producir un resultado que obligaba a la gratitud. Así quiso Dios que fuera el hombre.

Después del baño de mar y de la merienda, nos sentamos en semicírculo al pie de un frondoso árbol. Varias voces pidieron a Rafael que cantara.

—Sí, ¡que cante! ¡Que cante!— corearon alegremente todos los asistentes.

Alguien le alargó una guitarra.

La voz bien timbrada, llena de sentimiento y de íntima tristeza, se elevó en el aire tibio del mediodía. Conforme avanzaba el canto—una cueca chilena, muy de moda a la sazón— mi admiración iba en aumento. ¡Qué bien cantaba! Lucía transformado, desusadamente grave.

“... la palomita en su nido...”

Tenía los ojos entrecerrados.

“... poniendo el pico en la rama...”

Mi mirada resbaló de su rostro al de los oyentes. Caritas femeninas suavizadas por la atención, cuando ésta es atraída por algo bello y triste.

“... ¡ay! ¡ay! ¡ay! . . . mi palomita...”

Facciones masculinas alisadas por el abandono. Leonor exa-

minaba el suelo con extraña fijeza. Al fondo, el golpear intermitente y desmayado de las olas. Volví los ojos al cantante. El corazón empezó a latirme violentamente. ¿Dios mío, cómo es posible este milagro? ¿Cómo es posible que este ser sagrado viva entre nosotros?

“...me ha robao toitica el alma...”

•••••

El cortejo pasó frente al hospital. Unos metros más allá termina el pueblo y comienza la carretera iniciada años atrás con intención de atravesar toda la isla y conectar la ciudad con Bocas del Drago, aldea de pescadores entonces —y ahora— casi deshabitada, situada en el otro extremo de la isla. A los cuatro kilómetros se suspendió la obra, cuya utilidad, por otra parte, era discutible. Salvo las dos o tres fincas beneficiadas, carecía de sentido.

A mano derecha, en el nacimiento de la carretera, el cementerio, cuyo enorme portón de hierro se encontraba abierto en ese momento esperando el cortejo. En su calidad de anfitrión, el sepulturero se unió al cura cuando éste, seguido del carretón, cruzó el umbral.

El abandono del lugar era impresionante. En Bocas del Toro llueve todo el año, y la hierba estrangula los montoncitos de tierra que son las tumbas de los pobres. En compensación, también se llenan de flores silvestres que atenúan la desolación del cementerio. Salteados entre los montoncitos de tierra se levantan algunos sepulcros pretenciosamente recubiertos de mosaicos de concreto, los que la cercanía del mar les da un tinte herrumbroso.

Hay cruces de madera y de mármol, con inscripciones borrosas y brazos ceñidos por las trepadoras.

El sitio reservado a Rafael quedaba al fondo del cementerio. Cruzamos el delgado espacio entre dos hileras de tumbas. La asociación con un campo de labranza era inevitable. Un campo de batatas, lamentablemente descuidado. Había que pisar con gran-

des precauciones, sorteando cangrejos y montoncitos de tierra.

Las gotas de lluvia arreciaron, y el viento se levantó del mar desordenando los cabellos y haciendo que muchos hombres doblaran las solapas de sus sacos. Alcé los ojos al cielo con desesperación. La atmósfera estaba recargada de elegía; subrayaba la importancia de esa muerte y la aterradora ruina que rodearía al poeta para siempre. Para siempre. O, tal vez, hasta que un huracán o una tromba cavara la tierra y esparciera los huesos. Ya había ocurrido en una ocasión, cincuenta años atrás. Esta posibilidad, ignoraba por qué, era consoladora.

Dos fornidos negros sacaban las últimas paletadas de tierra de la tumba recién abierta, sudando copiosamente. Cuando el cura y el enterrador llegaron a su lado, suspendieron la tarea enjugándose la frente. Al arribar el carretón, los mozos tomaron el ataúd en hombros y lo depositaron al pie del hueco aguardando, indiferentes, el momento de arrojarlo dentro. Guinyín se desentendió de la carreta y, con una rápida y desdeñosa mirada a los concurrentes que se aglomeraban en torno de la tierra excavada, ansiosos de no perder detalle, se retiró. Ya su misión había terminado. El compromiso era dejar el carretón al pie de la fosa. Él no establecía diferencia entre un muerto y otro, y no tenía por qué hacer una excepción con Rafael asistiendo a su entierro. Lo vi salir por el portón y, doblando hacia la izquierda, desaparecer en la carretera rumbo al pueblo, detrás de las tapias negruzcas del cementerio.

Mientras tanto, el padre González había sacado de nuevo el librito de oraciones. Las palabras en latín sonaban particularmente fúnebres en medio del coro angustiado de las olas y de las ráfagas heladas. El cura había recobrado el dominio de sí mismo, y su voz no podía ser más impersonal, más profesional. Los acompañantes se estrujaban con el mismo aire solemne de la iglesia, ahora al descubierto más aterrados y silenciosos. Casi no se atrevían a mirarse unos a otros por miedo a encontrar claramente expresado en ojos ajenos lo que en ellos no era sino un vago malestar con un pavoroso trasfondo centenario.

Retrocedí unos pasos, y aguardé alejado del grupo. Contemplando aquel conjunto asustadizo, recordé las teorías que sobre la vigencia del pasado había tejido Rafael a la sombra de Jung. Descontando lo que había en ellas de mentira poética y de exageración, quedaba siempre una verdad de amargo sabor. Aquel bosquejo histórico de Bocas del Toro, arbitrario y caricatural, me dejó una impresión indeleble. En la isla de Bastimentos escuché, fascinado, lo que en boca de otro hubiera movido a risa.

Los hombres que a lo largo de los siglos han recorrido el archipiélago, tuvieron que luchar contra dos poderosísimos sentimientos opuestos: uno de seducción ante la belleza de las islas, y otro de pavor, inspirado primordialmente por los bruscos cambios de humor del mar. Cristóbal Colón —Rafael aseguró saberlo de “buena tinta”— fue la primera víctima de esa contradicción cuando descubrió a Bocas del Toro a principios del siglo XVI. La palabra **descubrió** era exacta en más de un sentido, no sólo el histórico-geográfico. Descubrió infinidad de cosas de orden sentimental.... Aquí conoció la paz, pero también el miedo y la soledad. Su primer impulso fue quedarse en las islas a olvidar la redondez de la tierra y el mal aliento de Isabel la Católica; pero una noche, algo lo hizo cambiar bruscamente de planes. Después de bautizar la bahía en su honor, levó anclas.

Luego de esta visita, cae una oscuridad total sobre el paisaje, de varios años de duración.

Posteriormente aparecen algunos capitanes españoles de importancia que establecen sucesivamente en Bocas del Toro su cuartel general. Es una etapa de traiciones; de codicia desmedida, de asesinatos por la espalda, de orgías bestiales. Es la etapa de los tesoros escondidos en profundas cavernas; de naufragios criminalmente provocados; de sádicas venganzas. Es la etapa de la más espantosa promiscuidad sexual; de doncellas indias que corren por la playa perseguidas, azotadas, sangrando hasta el deseo; de misioneros católicos quemados o enterrados vivos en el seno de la montaña por sacerdotes indígenas, guardianes celosos de

las divinidades del maíz. Es la etapa de la cuchilladas; de blasfemias que ni el diablo se atrevería a proferir; de agudos ataques de misticismo; del arrepentimiento y el perdón que llega con los años y la impotencia.

Hasta que todo desaparece barrido por la bocanada gélida que de tiempo en tiempo limpia el archipiélago. Siguen años apacibles.

A continuación el escenario es invadido de nuevo, esta vez por los piratas. Y el destino de Bocas del Toro reencuentra su hilo conductor. Jefes de bandas feroces que se cañonean de barco a barco, en el centro de la bahía, por el súbito recuerdo de una traición amorosa de veinte años atrás. Compañeros ayer no más de abordaje y de barbarie que se decapitan por un quítame allá esas pajas. Ejércitos de piratas con ojos vendados, patas de palo, pañuelo en la cabeza que se baten a muerte contra una tribu indígena por un mero error de traducción, por un saludo mal interpretado, por un plato de repugnante comida rehusado. Finalmente, el paisaje también los expulsa.

Pero quedan los indios. Quedan los indios que le han tomado el gusto a la violencia; que han probado la sangre, comprobando que no hay en el mundo placer comparable. Hombres de desnudo torso moreno enloquecidos por los demonios invocados. Comienzan entonces los acuchillamientos masivos; el incendio de aldeas por un gusto puramente neronesco; las violaciones colectivas; los amores incestuosos, los nuevos edipos cegándose con leche de ceiba en la soledad de cualquier camino. Cuando estas tribus se sienten hartas de devorarse las propias entrañas, se desbordan tumultuosamente por las fronteras hacia Costa Rica, hacia el Talamanca, y arrasan los soñolientos poblados de los térrabas, les roban las mujeres y queman vivos a los hombres.

Pero más al norte se está gestando un nuevo horror. Es lo que la historia ha recogido bajo el nombre de los zambos-mosquitos. Del norte, pues, llegan estas bestias feroces aullando como posesos y expulsan a los indios bocatoreños de sus islas. Después de diezmarlos, los empujan al seno abrupto de la cordillera.

Y la lista sigue: el negro Frederick ciñe la corona del fugaz imperio de Mosquitia. Embutido en un uniforme de Almirante de la marina británica, resplandeciendo bajo el sol rabioso, recalca en las costas de Bocas. La tradición oral asegura que es el hombre más hermoso que haya existido. Harto de tortuga y de doncellas, es destronado. Huellas muy borrosas quedan de su paso bajo este cielo.

La lista se enriquece. En 1804 la fundación definitiva de la ciudad de Bocas del Toro, destinada a ser para los contrabandistas lo que fue “Las Tortugas” para los piratas. Diversas circunstancias frustran el proyecto. Lo único que se sabe de cierto es que se producen nuevas violencias en el antiguo escenario; nuevos crímenes y crueldades. Hombres que se presentan de improviso, sin que nadie sepa quiénes son ni de dónde vienen. Y una mañana amanecen cosidos a puñaladas en un cayuco; mujeres que dan a luz monstruos de pesadilla; fantasmas de españoles y de piratas que se mezclan en la vida diaria y en los asuntos privados de la gente, que abofetean a los viejos y arañan a los niños; pulpos que arrastran barcos con todos sus tripulantes al fondo del mar; **meros** de varias toneladas que se tragan a los hombres sólo para vomitarlos enseguida y divertirse arrojándolos, vivos aún, al aire, peloteándolos de **mero a mero**, de boca a boca; tiburones anfibios; lagartos y culebras domésticos; un viejo, dueño de un harén integrado por sus quince hijas; perlas del tamaño de cocos; diamantes diminutos, únicos perdigones capaces de matar al **chivato**.

Repentinamente, vuelve a hacerse el silencio. Retorna la paz. El último tercio del siglo pasado es idílico. Pocos habitan las islas, y esos pocos desean llevar una existencia tranquila. Son, en su inmensa mayoría, pescadores poco ambiciosos que se contentan con llenar la olla de verduras y pargos.

Pero el paisaje permanece agazapado, añorando sus tiempos heroicos. Exige una vida digna de su grandiosidad. Y la *United Fruit Company* viene a proveerlo de un sucedáneo. Hacia los últimos años del siglo pasado inicia la plantación en gran escala

del banano. El bienestar económico barre la tranquilidad. Empiezan a correr otra vez el dinero y la sangre; se levantan hermosas casas de madera; pavimentan las calles; instalan la luz eléctrica. Todo va a pedir de boca, a pesar de las ocasionales efusiones de sangre. Ocasionales, porque la altura del tiempo ya no permite abandonarse libremente a las demandas del instinto y del pasado. Entre otras cosas, la policía es más eficiente, más entrometida y al menor signo de exhumación de **aquellos tiempos** interviene frustrando hermosas empresas de la carne. Sólo de tarde en tarde es posible cruzar un par de machetazos o de puñaladas en el curso de un baile, un día de pago. Sólo de cuando en cuando puede enviarse al otro mundo a un rival amoroso o a alguien que se cree más macho que uno.

¡Pero todo eso parece ahora tan lejano! Aún recuerdan los mayores, como una pesadilla, las extrañas plagas que arrasaron las plantaciones: *sigatoka*, *iron rust*, *Panamá disease*; nombres que suenan como malas palabras en los oídos de los bocatoreños que hoy viven en un pueblecito de dos mil habitantes del que han huido, como por ensalmo, el trabajo y el dinero. La ciudad se precipitó cuesta abajo. Hoy se pasean sus habitantes por las calles averiadas por el tiempo y la indiferencia gubernamental, las manos en los bolsillos, rememorando los buenos tiempos y soñando que un acontecimiento providencial — petróleo, o algo por el estilo— traiga una nueva época de oro.

Ese pasado, sostenía Rafael, tiene que agobiar a los bocatoreños contemporáneos por mucho que ignoren sus negruras. Todos llevamos dentro una carga de dinamita próxima a estallar. Y los dos sentimientos contradictorios que suscita el paisaje — atracción y repudio— también conviven **en nosotros**, desgarrándonos interiormente. Mis paisanos, yo incluido, afirmaba Rafael, se pasan haciendo planes de largarse para siempre. Y cuando lo hacen, viven atormentados por el quemante anhelo de volver. La nostalgia es nuestro placer y nuestra agonía. Tenemos que quedarnos a esperar. Nosotros siempre estamos esperando, es-

perando que de un momento a otro el pasado haga una inesperada incursión en el presente para conmover nuestra existencia hasta sus cimientos.

Sí, me dije alzando los ojos, todos esos que se agrupan en torno del ataúd están esperando. Están esperando el desencadenamiento de la bestia. También Leonor, frente a mí, espera. Con entrambas manos se sujetaba la mantilla que quería arrebatarse el viento. Más que tristeza, sus facciones delataban un helado estu-
por. La imagen era tan patética, que se me oprimió el corazón de amor, de atormentado amor. **Leonor, Leonor** murmuré, sintiendo un desgarramiento interior. Casi me vence la imperiosa necesidad de proclamar a gritos lo que había callado tanto tiempo. Y en el mismo instante (inoportunamente, pues aquellas palabras perfectas agudizaban a la vez el dolor por la muerte de Rafael y mi amor tumultuoso y tierno por Leonor), mi memoria tornó a manar más coplas de Manrique:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar...*

No al mar, sino a la orilla del mar, al borde de una nivelación no buscada. Con el rumor intermitente y monótono de las olas acompañando es otra vigilia tensa que nos aguarda al final de ésta. Hay, sobre la marcha, el terror de ese terror que es la inmortalidad. Terror invencible, a pesar de las palabras consoladoras del Salmo 23:

*“Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno; porque tú estarás
conmigo: Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.”*

¿Y si nos dejara caminar solos el camino aterrador, atravesar sin guía ese valle y ese apegotamiento de sombras impenetrables? ¿Si permitiera que camináramos completamente solos, buscándolo en esa noche y en ese valle desconocido? Pero las coplas insistían:

*Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero...*

Cinco minutos de vida, de canto. Rafael puso su mano en el fuego mientras duró su canto en prueba de sinceridad:

*Después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero...*

Servida con pasión, con abnegación. También servida y lustrada y hasta aumentada con innumerables piedras preciosas entre las cuales brillaría, por siempre, cegadora, aquella de la “Canción de Amor”.

Habiendo cerrado el libro, el padre González contemplaba ahora hipnotizado la tierra amontonada al borde de la tumba. En torno suyo la multitud había fundido sus rostros en uno solo, desfigurado por el miedo. Los mozos bajaron el ataúd que tocó fondo con un golpe seco. Leonor se estremeció como si la caja de cedro hubiese chocado contra su espina dorsal. Cerró los ojos como para resistir el impacto.

La voz del cura volvió a elevarse, recitando unas palabras en latín al tiempo que con la mano derecha arrojaba en el interior de la fosa un puñado de ceniza. No logré penetrar el significado de la frase, pero su sólo sonido tuvo la virtud de conmoverme extraordinariamente.

Los mozos empezaron a palear vigorosamente, rellenando el hueco. El ataúd iba a ocuparle un buen espacio, y la tierra sobrante vendría a acumularse encima formando una prominencia más, otro montoncito entre los muchos que ya erizaban el camposanto.

Ya había concluido la ceremonia, y los concurrentes iniciaron la retirada volviéndole la espalda a los restos de Rafael. Se desbordaban despaciosamente por todas partes, sobre las tumbas, buscando el camino de regreso, súbitamente, conscientes de la necesidad de volver a las benditas incomodidades del diario vivir. Volvió a oírse rumor de conversaciones apagadas, en las que resonaba una especie de alivio. Todos estaban contentos de poder escapar de ese sitio afligente, plagado de trágicos tes-

timonios de nuestra finitud. Seguro algunos hombres iban pensando en lo bien que les caerían unos tragos de ron.

Encendí un cigarrillo y aspiré ávidamente el humo. Orlando surgió en ese momento detrás de una cruz de mármol, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Al pasar a mi lado, de nuevo se cruzaron nuestras miradas; pero esta vez Orlando desvió la suya, y creí notarle los ojos enrojecidos.

—¡No me dejes formular acusaciones sin pruebas, Dios mío! —recé. Y dando vuelta, me encaminé también hacia el portón de hierro. No bien lo había traspuesto, sentí el peso de una mano en mi hombro izquierdo. Volteé la cabeza, y me encontré cara a cara con Leonor. Los ojos verdes se hundieron en los míos.

La mantilla caíale ahora debajo de la nuca, plegándose alrededor del cuello blanco, y ella sujetaba las puntas a la altura de los senos dándoles, de vez en vez, nerviosos tironcitos. El rostro había retomado su expresión usual, serena y orgullosa. Al menos en apariencia: porque, observándola con mayor detenimiento, comprendí que la serenidad no era más que una máscara. Ella también había sido sacudida por la tragedia. Los labios llenos y bien formados se entreabrieron dejando escapar un susurro casi inaudible:

—¿Me acompaña a mi casa, doctor?

—Con mucho gusto, Leonor— dije. Me preguntaba en dónde estarían sus padres, cuando en eso los divisé al fondo del cementerio con el padre González.

Hicimos en silencio el camino. Yo sentía que la mujer que iba a mi lado se había cerrado como una dormidera sobre su propio dolor. Algo obsesionante y terrible se agitaba detrás de su frente tersa. Y me dolía su rostro, tocado por la proximidad de la noche.

Siempre en silencio pasamos frente al hospital. Una cuadra más allá ella se detuvo y me puso de nuevo la mano afilada sobre el hombro. Los ojos verdes se hundieron otra vez en los míos con acusadora fijeza. Por lo visto los labios se negaban a darle salida a las palabras que sopesaba en su interior, porque luego de

ligeros temblores y contracciones volvieron a sellarse. La extraña luz estuvo vacilando en sus pupilas hasta apagarse. Fue sustituida por aquella exasperante indiferencia que tanto me hacía sufrir. Durante un lapso que no estoy en condiciones de precisar, calló limitándose a observarme con profunda atención. Al cabo, en voz muy baja, preguntó:

—Doctor Martínez, ¿qué significa esto? ¿Por qué han asesinado a Rafael?

—No lo sé, Leonor. Daría lo que me resta de vida por saberlo.

—¿Quién pudo, doctor...?— La indiferencia había desaparecido. Las pupilas se aguaron, adquiriendo increíble transparencia.

—Desde esta mañana no pienso en otra cosa, Leonor. ¿Quién? ¿Por qué?

—¿Por qué, Dios mío, por qué?— y la mano aumentó la presión sobre mi hombro.

¿Por qué? En esa pregunta se concretaba toda la estupefacción. Y con cuánta angustia la formuló. Una especie de blasfemia contenida corría sordamente por entre las palabras. Incliné la cabeza sobre el pecho, incapaz de sostener la demanda de los ojos verdes.

¿Por qué, Dios mío?, insistí en mi fuero interno. Y en seguida, una vocecita burlona respondió, también en mi interior, con otra pregunta: ¿y por qué no? ¿Con qué derecho debe colocar la vida a ciertos seres a salvo de la violencia, fuera del alcance del absurdo? Hablando con cierto rigor: ¿la tormenta debe discriminar, escoger a sus víctimas?

—Leonor —exclamé en voz alta, ahogando la importuna vocecita—, soy un hombre resignado, fatalista. Antes acostumbraba aceptar los golpes sin torturarme tratando de descubrir su sentido; pero esta vez siento que me sería imposible seguir adelante sin entender. Siento que a la vida se le ha ido la mano ahora.

Fue una tirada incoherente; desde que rompí a hablar me di cuenta de ello; pero no pude contenerme. El momento no era como para preocuparse de ser claro. Me disponía a continuar,

cuando vi que se aproximaban los padres de la muchacha. Ya estaban por darnos alcance, de modo que me vi obligado a bajar la voz para pronunciar las últimas palabras:

—Leonor: le prometo no descansar hasta haber aclarado completamente este horror.

•••••

Eran las nueve de la noche. El viento había puesto en fuga los nubarrones de lluvia. En el cielo brillaban, tímidamente, unas cuantas estrellas. Si bien el mar continuaba nervioso, ya se había desvanecido la amenaza de tormenta.

Me senté en una mecedora del balcón, de cara al mar. Tenía necesidad de estar a solas para saborear a mis anchas, sin interrupciones exteriores, mis recuerdos del poeta. Me arrellané en el asiento y, encendiendo un cigarrillo, dejé vagar los ojos por la pálida inmensidad que tenía enfrente...

Capítulo V

Los recuerdos eran, en su inmensa mayoría, insignificantes, triviales, naturalmente. E inefables. Es el carácter, la esencia de todo lo verdaderamente íntimo, lo verdaderamente personal. Las experiencias que se pueden compartir dejan de ser nuestras.

Sí; ahí reside la gran pobreza del recuerdo sentimental, y su fantástica riqueza también. Es nuestro, enteramente nuestro, únicamente nuestro, y por eso lo defendemos celosamente de la curiosidad ajena.

Por fortuna, es imposible leer el pensamiento. Porque sería muy embarazoso que nos sorprendieran regodíandonos morosamente con las tonterías que constituyen lo más precioso de nuestro acervo sentimental. Desván repleto de juguetes despedazados, de muebles rotos, de cartas y facturas amarillentas, de viejas y tostadas páginas deportivas, de disfraces deshechos por la polilla, de baúles que un día recorrieron medio mundo con nosotros. Y de *souvenirs* inconfesables.

¡Qué diría la gente, por Dios! ¿Cómo justificar el enorme espacio que en nuestra mente ocupa el espectáculo de unos patos que se bañan en un charco formado por la lluvia? ¿Qué hace ahí esa muñeca sin cabeza, esas hojas secas desprendidas por el viento del sur? ¿Y esas golondrinas que contemplas con Rafael? ¿Qué buscan esos perros que se persiguen frenéticamente por la playa alentados por los ojos del poeta? ¿Por qué ha venido a quedarse en ese fragmento verde-azul del océano esa estrella de mar? ¿Por qué pierden el tiempo un médico y un poeta, en el apogeo del

crepúsculo, contando las aves migratorias que a gran altura y en ceñidos escuadrones cruzan el cielo dorado rumbo a un valle que sólo ellas conocen?

Pero hay que poner un poco de orden en la memoria. Hay que recordar con sistema, a ver, si del pasado surge una pista.

•••••

Al mes de estar en Bocas del Toro, inicié con Rafael el proyectado estudio del paisaje. El padre de Carmen nos facilitó su bote con motor fuera de borda. Salíamos del muelle fiscal a las dos de la tarde, para regresar en el crepúsculo.

Empezó entonces la etapa más extraordinaria de mi vida. No tanto por lo que veía, de suyo extraordinario, sino por las explicaciones fantásticas de Rafael. Se notaba que el pequeño había consagrado mucho tiempo a hurgar en los secretos de las islas. No había paraje ni rincón que no se supiera de memoria. A veces, ya exhaustos de caminar por la maleza, desembocábamos en un claro paradisíaco y entonces, a la sombra propicia de un mango, Rafael procedía a hacer sus revelaciones. Yo, al principio, las seguía con una sonrisa en los labios, con cierta condescendencia a la manera de un adulto que simula tomar en serio los juegos de los niños y sus extravagantes personificaciones.

Y un atardecer inolvidable, vi. Vi un orden debajo del orden, como en un palimpsesto. Vi las palmeras inmóviles perfiladas contra el poniente; las sombras condensándose por entre los claros del ramaje; el enmarañamiento alusivo del manglar; el ascenso regular y rítmico de la marea. Oí el envolvente paso de la noche, las crujientes vestiduras, los desgarrones del aire, la materialización de mil metáforas escuchadas y leídas miles y miles de veces, sentí el peso que se apoyaba en mis hombros, el aliento fétido; percibí una certidumbre de castigo en las márgenes del tiempo; vi al tiempo buceando en el fondo del mar constelado de estrellas, lo sentí discurriendo, por vez primera, por las cosas y mi cuerpo como si al fin se hubiera soltado, para hendir mi carne como un cuchillo

amellado. Entonces, alzando los ojos del hechizo cegador, vi el rostro de Rafael, lívido y exangüe, muriendo de verdad y belleza, recortado contra un fondo de oro de aguas en paz y lejanas islas. Comprendí, entonces, el porqué de ese rnilagro poético llamado Rafael. Comprendí... y me entraron ganas de rezar.

En otra ocasión, el programa trazado de antemano nos condujo a la intimidad húmeda de una caverna en Macca Hill. Con una linterna de mano nos abrimos paso través de la oscuridad y del vuelo despavorido de los murciélagos. Rafael, entonces, desenterró una antiquísima pistola de piratas y una pequeña urna vacía. Me las mostró triunfalmente, y volvió a enterrarlas. En el fondo de la cueva, dos esqueletos carcomidos relumbraron vagamente al contacto de la luz.

—Son Tranquilino Segundo y Pete el flaco— dijo Rafael con el tono de voz que se emplea para designar a dos personas que cruzamos en la calle; pero el eco recogió sus palabras y las restregó furiosamente contra las paredes, aumentándolas de volumen:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Una fracción de segundo, y de nuevo:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Hasta que el sonido encontró la puerta y abandonó el recinto, dejándonos estupefactos.

Cuando salimos al aire libre, el poeta estaba pálido como la muerte.

En otra ocasión, el bote avanzaba por un mar en calma. La brisa agradable nos daba en pleno rostro. De pronto, oscuras aletas emergieron a poca distancia. Unos peces enormes se pusieron a saltar graciosamente en el aire. Yo los miré con aprensión, pero Rafael se entusiasmó:

—¡Son delfines!— gritó, aplaudiendo ruidosamente. Parecía una señal, porque los peces se acercaron al bote en marcha, a fantástica velocidad, pegándose a ambos lados de éste. Empezó entonces una regata disparatada. Rafael le dio al motor toda la velocidad, y los delfines aumentaron proporcionalmente la suya.

De cuando en cuando Rafael daba órdenes absurdas:

—¡Salten!— gritaba.

Y, cosa extraordinaria, los delfines, como si no esperaran más que el permiso, lo hacían.

—¡Son unos niños! — exclamaba Rafael, loco de alegría—
¡Salten muchachitos, salten!

Y el cuerpo flexible trazaba una pirueta en el aire para zambullirse de nuevo. Hasta que los niños se cansaron del juego, y se alejaron rozando la superficie del agua.

Otro caso, relacionado también con peces. Habíamos pasado toda la tarde anclados en lo que suponíamos ser un **banco de patíes**; pero los animales, o se habían mudado, o no tenían hambre porque no picaron una sola vez. Finalmente, cuando ya nos disponíamos a irnos, el poeta sacó una **grupa** como de tres libras de peso. La había extraído del anzuelo y la examinaba con infantil detenimiento, suspendiéndola a la altura de sus ojos. El pescado se debatía furiosamente, tratando de liberarse. Rafael hizo ademán de devolverlo al agua cuando en eso, inesperadamente, sin hacer el menor ruido, un pájaro marino de esos que llaman **tijeretas**, surgido no se sabe de dónde, se lo arrebató de las manos sin darle tiempo a defenderlo. La sorpresa dejó al muchacho mudo. Se miraba las manos vacías, miraba los círculos que trazaba el ave mientras engullía el producto de su robo. Por último, me miró con ojos llenos de preguntas y también de un confuso temor. Luego, ambos rompimos a reír a carcajadas.

Otra vez, salimos de Bocas del Toro con la tarde bastante avanzada. Unos pacientes me retrasaron. Llegamos a Bocas del Drago sobre las cuatro y media, luego de rodear por agua toda la isla de Bocas del Toro.

Bocas del Drago es, como ya declaré una pequeña aldea de pescadores situada en el extremo opuesto de la misma isla en que se levanta Bocas del Toro. Es un lugar lleno de pasado. En la actualidad, apenas consta de unas diez o doce casuchas ruinosas, distantes las unas de las otras y habitadas por no más de treinta

personas; pero, tiempo atrás, fue escenario de incontables violencias. De la historia no sobreviven más que algún rostro torvo; una que otra riña a navajazos cuando el alcohol alumbra el camino recorrido; ciertos relatos debilitados por el cansancio de los viejos que los refieren.

Gigantescos riscos se yerguen amenazadoramente cerca de las puntas que cierran la ensenada. Miles de pájaros revolotean encima, sacudidos por el viento que permanentemente azota el caserío y agita el mar. La aldea comienza donde termina la playa. Detrás de la aldea, impenetrables moles de maleza la incomunican por tierra. En el seno del monte, millares de culebras, escorpiones y tigres acechan crispados de rencor. Kilómetros y kilómetros de pantanos pestilentes envenenan la atmósfera, por si acaso la flora y la fauna no fueran suficientes para contener y aislar a esos pobres hombres que se sienten vivir de espaldas al mundo, de cara al infinito, ya que no se distingue más allá de los arrecifes tierra alguna. Sólo el mar implacable se ofrece a sus ojos ensombrecidos por la soledad, por el silencio y por los amagos de un pasado que no se ha ido del todo ni se irá jamás.

Dios mío: ¿cómo pueden resistirlo? ¿Cómo es posible que exista semejante sitio?

Rafael caminaba junto a mí, deteniéndose a contemplar los cangrejos de vivos colores, las hormigas que trabajaban afanosamente, un árbol de almendra abatido por el comején y los hongos, una palmera descabezada por el rayo, indiferente a la inquietud y al miedo que me helaban los intestinos. Las primeras casas se hallaban abandonadas, a juzgar por los gallinazos que recorrían los balcones y asomaban la cabeza por las ventanas. Habiendo conocido mejores días, eran ahora una caricatura de sí mismas.

Tropezamos con niños semidesnudos que huyeron al vernos. En el patio de la primera casa habitada que encontramos, un anciano centenario tejía una enorme red de pescar. Las manos rugosas anudaban con desesperante lentitud el hilo. No contestó el saludo del poeta, ni siquiera levantó los ojos para ver quién lo

saludaba. Cincuenta pasos más allá, otra casa: una vieja se balanceaba en una mecedora, en el balcón; canturreaba extrañas melodías, adormeciéndose con el vaivén y el ritmo de su canción. Tampoco contestó nuestro saludo.

Nos detuvimos, por fin, frente a una pequeña casa de madera, en mejor estado que las anteriores. El poeta gritó cordialmente:

—¡Auntie Rose! ¡Auntie Rose!

Una matrona negra, cincuentona, de rostro lleno y agradable, salió al corredor. Al reconocer al poeta, se iluminó, prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas y gritos de bienvenida. De la amplia boca, poblada por dientes blanquísimos, brotó un torrente de palabras en guari-guari, el dialecto de las islas.

Rafael le habló en la misma jerga y con parejo entusiasmo. Yo no entendía ni jota.

—Nos invitan a entrar— me explicó Rafael.

Subimos unas escaleras en relativo buen estado. Estreché la manaza que me tendía la mujer.

Su cara era algo digno de verse. Una nariz achatada, hecha especialmente para colgar argollas. Ojos negros, brillantes, rebosantes de vitalidad y de júbilo. Mejillas abultadas. El pelo ensortijado le caía en largas trenzas sobre los hombros. Gran papada, flácida y movediza. Cuerpo entrado en carnes. No sé por qué pensé en una diosa de la fecundidad. Tampoco sé por qué me recordó a mi madre, ya que no se parecían en nada. Tal vez fue por la chancletas, o por la adoración con que miraba a Rafael.

Después de nuestro apretón de manos, la mujer abrió sus fornidos brazos y estrechó al poeta contra su pecho voluminoso. Acto seguido le estampó un sonoro beso en la mejilla, que el poeta devolvió con la misma efusión.

Nos sentamos en el corredor, sobre unos taburetes, y la charla de aquellos dos seres tan distintos se extendió escandalosamente a lo largo de una hora. Yo no entendía una palabra.

Al cabo llegó un hombre negro y robusto, de edad indefinible, sin camisa, dueño de una imponente musculatura. Nuevos

abrazos, nueva presentación. Entendí que se trataba del marido de Auntie Rose. Acogí la mano callosa en silencio. Volvimos a sentarnos, y la conversación prosiguió a gritos y carcajadas.

De pronto empezaron a acumularse densos y negruzcos nubarrones en el cielo. El viento aumentó bruscamente su velocidad. Pesadas gotas de lluvia cayeron horizontalmente sobre el caserío. El mar alzó la voz, golpeando iracundo la playa y los arrecifes. Relámpagos brillantísimos incendiaron el horizonte.

Ahora los truenos restallaban encima del techo de zinc, que se estremecía. Y la tormenta descargó su locura sobre el paisaje, doblando las palmeras, levantando una doliente protesta del bosque.

Tuvimos que meternos en la casa y asegurar puertas y ventanas, mientras aquel odio sin límites golpeaba con puños de hierro las paredes, barría las cosas, derribaba los esqueletos de las viviendas abandonadas, aullaba rabiosamente en las hojas de zinc...

Ya las sombras de la noche habían sumido el contorno de los objetos, cuando amainó el ataque. Demasiado tarde para regresar a Bocas del Toro. Tendríamos que pasar la noche allí, y emprender viaje en la mañana. La dueña de casa nos ofreció alojamiento, disculpándose por no poder brindarnos cama. Dormiríamos en el suelo. Rafael acogió alegremente la noticia, y yo traté de hacer lo propio mostrándome animoso y despreocupado.

A las ocho de la noche nos sentamos alrededor de la desnuda mesa de madera y sorbimos en silencio la sopa de pescado en que consistía toda la cena. A continuación el anfitrión encendió una pipa, nosotros sendos cigarrillos, e hicimos una sobremesa que se prolongó hasta pasada la medianoche.

Yo participé algo en la conversación, auxiliado por Rafael que actuó como traductor. El peso de la conversación recayó en el negro, quien subrayaba sus frases escupiéndolo con liberalidad en el piso.

¿Qué dijo?

Habló de la pesca de tortuga y de sus múltiples problemas. Contó, gráficamente, la pesca de un enorme mero, años atrás,

proeza que aún lo enorgullecía. Refirió un naufragio, mar afuera, y cómo, cogido de una tabla, había sido arrastrado por la corriente hasta la costa, desde una distancia de cinco millas. Recordó su infancia; el agotador aprendizaje de la pesca junto a su padre, hombre de verdad, asesinado por la espalda en un baile a principios de siglo. Habló de un singular duelo entre su padre y un tiburón, cerca de la orilla. De cómo el viejo, sangrando por todo el cuerpo, arrastró al monstruo, que se debatía con tremebundos coletazos, hasta la playa misma, donde, luego de apuñalarlo vengativamente, el hombre cayó desmayado sobre el cadáver de su rival.

Rafael no apartaba la vista de los labios carnosos. El dueño de casa, alentado por su interés, habló ya de continuo, apenas interrumpido por las exclamaciones de sus huéspedes.

Completó el retrato de su padre con unos cuantos trazos vigorosos. Imagino que su memoria le había agregado, retrospectivamente, cualidades.

Pronto el relato empezó a correr por sendas inusitadas Culpo por ello a la noche crispada de advertencias. Una atmósfera de fiebre envolvía los recuerdos:

Luces fosforescentes recorren el agua. Su padre y él pescan en alta mar, rodeados de silencio y de oscuridad. De súbito, un barco pirata, con varios siglos de retraso, cruza cerca de ellos con las luces encendidas y las velas hinchadas. La tripulación, en plan de combate, desenfunda los cañones, carga los fusiles. En el puente de mando, una figura gigantesca, cuajada de sombras, da órdenes en francés con voz retumbante. Los hombres, enardecidos por la proximidad de la lucha, gritan hasta enronquecer. El barco se pierde de vista a gran velocidad. A la media hora el horizonte se iluminó de fogonazos, de fulgores sangrientos. Es posible que fuesen relámpagos —poco después cayó una tormenta— o bien...

La mano que sostenía la pipa tembló ligeramente.

En otra ocasión se había internado —solo— en la selva, cazando:

El monte eleva los mil ruidos perturbadores que hacen sus noches tan terribles. Tiene rato de caminar dificultosamente, enredándose los zapatos en las lianas, hundiéndose en los pantanos, guiado por una lámpara de carburo.

De pronto, de un matorral sale una serpiente gigante dispuesta a atacarlo. Él, hecho a todos los peligros, apunta y dispara. Unas cuantas sacudidas espasmódicas y contorsiones desesperadas, y el animal se inmoviliza. En ese preciso instante, se apaga la lámpara, dejándolo a oscuras. Entonces siente que alguien se arroja a sus pies y, tomándole ambas manos, se las besa con infinita gratitud.

El hombre aún nos tenía reservadas otras sorpresas:

Explicó, por ejemplo, el trabajo que tienen los muertos antes de poder descansar en paz:

Deben, según él, restituir a la naturaleza todas las cosas que le han tomado, transformado o movido de sitio. La cosa no es tan sencilla, porque el hombre vive alterando la sabia ordenación del paisaje. De niño se divierte arrojando piedras a los ríos o a los pájaros. Priva a los árboles de órganos importantes sólo para hacerse de juguetes. Quema hojas secas. Atrapa inocentes **bimbines** en diabólicas trampas; les saca los ojos, las entrañas. Ya mayor, y so pretexto de trabajar, derriba laureles y los convierte en casas, en botes. Saquea cocoteros, ahueca calabazas para hacerse vasijas. Corta la hierba, desordena el bosque. Libera demonios de las fieras. Le roba al mar peces indispensables para mantener el equilibrio de sus aguas. Transforma en humo el tabaco y las ramas secas de los árboles que derriba. No bien muere, tiene que trabajar sin pausa, gimiendo, con el fin de volver los objetos a su sitio y forma originales. Cada piedra arrojada debe colocarse en el lugar preciso de donde la tomó. Hay que levantar de nuevo los árboles; prender los cocos en la cima de las palmeras; devolverle al humo su compleja forma primera; tejer en el fondo del mar la delicada estructura celular de los peces. Muchos objetos desaparecen entonces, inexplica-

blemente, de la vista de los vivos. Los que están en el secreto, saben adónde van a parar.

Pero a veces ha causado tal desorden que el tiempo no le alcanza, motivo por el cual la naturaleza, compasiva, le da una mano. Es una ayuda sobremanera embarazosa para los sobrevivientes. Se producen entonces esas gigantescas inundaciones, esos violentos temblores de tierra, esas marejadas escalofriantes. El viento, cuando menos lo espera uno, se suelta de las islas, del horizonte, y arrastra montañas de hojarasca.

La cosa es tan difícil, contó, que su padre, con más de cuarenta años de muerto, recién aquella tarde había terminado.

—Tendremos buen tiempo mañana— nos aseguró, sonriendo maliciosamente.

Sobrevino un largo, opresivo silencio. Un estremecimiento exquisito me dobló el espinazo. Miré a Rafael, pero éste se hallaba tan distante, a pesar de la proximidad física, que experimenté la sensación de contemplar a un muerto.

Pasada la medianoche, el negro y su mujer fueron a acostarse. El poeta y yo nos tendimos sobre el piso duro. Siempre en silencio, fumamos un cigarrillo. A los cinco minutos, Rafael dormía a pierna suelta.

A mí me era imposible pegar los ojos. La dureza e incomodidad del suelo y el recuerdo de las palabras del negro me desvelaron. Ya próximo el amanecer, un pesado sueño me oprimió los párpados.

Volví al cuarto del Marañón; estaban los muebles distribuidos en su antiguo orden. Me acosté en el viejo catre. De pronto, el sonido familiar de unas chancletas y un olor muy conocido hicieron que me incorporara; los ojos querían salirseme de las órbitas. La puerta rechinó...

Un brusco cambio de escena. Ahora me vi en la plaza de Santa Ana, reviviendo el mitin inquilinario. Los mismos hombres enardecidos, las mismas mujeres arreboladas gritando a voz en cuello su miseria y una humillación ya insoportable. Me vi en Santa

Ana, pero esta vez no de espectador. De pie en la tribuna, hacia esfuerzos desesperados por arengar a la gente; pero de mi boca abierta no salía el menor sonido. Mi madre, en medio de la muchedumbre me miraba angustiada; de pronto, el ruido de las ametralladoras. Ella cayó en un charco de sangre. Yo quería asistirle, pero estaba paralizado. Inesperadamente, el cadáver de mi madre se convirtió en un tiburón ensangrentado.

Ahora estaba yo en alta mar, arrogantemente parado en el puente de mando de un barco pirata, rodeado de caras patibularias, de cañones y de la noche color de sangre. A estribor apareció un pequeño bote anclado. Rafael y el dueño de la casa pescaban. Ambos agitaron las manos cordialmente al reconocermelo pero yo les quité la cara con desprecio. Un asombro doloroso le demudó las facciones a Rafael. Me gritó, levantando el puño:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Las olas corearon estreduosamente el grito:

—¡SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO!

Acodándome a la barandilla, con voz de trueno ordené:

—¡FUEGO! ¡FUEGO A DISCRECIÓN!

Pero los miembros feroces de mi banda me miraron burlescamente y respondieron:

—¡SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO!

La dueña de casa soltó una carcajada infernal:

—*YES: THEY ARE TRANQUILLINO AND SLIM PETE ALL RIGHT. OH! JA, JA, JA ...!*

Estallé en sollozos convulsivos. Rafael tomó el mando de la nave y cantó:

Oh los Piratas oh los piratas

El tatarabuelo aquel que dizque era pirata

*que dizque enterraba rubíes debajo del excusado
de hueco*

que dizque violó a la tatarabuela

y le chamuscó los huevos al tatarasuegro

La muchedumbre respondió a voz en cuello:

—AL TATARASUEGRO.

—AL TA TA TA TA TA TA,

Y otra vez la ametralladora y la sangre derramada en la plaza de Santa Ana. Los **marines** yanquis venían galopando montados en enormes serpientes que de pronto se convertían en delfines y de pronto en tiburones y aun en golondrinas en grupas o en jazmines.

Leonor se arrodilló en la sombra y me besó las manos.

Leonor.

Desperté sobresaltado. Un rayo de sol me tocó los párpados. A mi lado, en pie, sonriendo, me contemplaba Rafael:

—¿Qué tal durmió, doctor?

—Bastante bien, Rafael, gracias —mentí—. ¿Qué hora es?

—Van a ser las siete. Tenemos que apurarnos. Ya yo estoy listo, de modo que cuando guste...

El aire de mar, en el viaje a Bocas del Toro, aventó todos los fantasmas y aprensiones de la víspera. El sol brillaba en un cielo sin nubes sobre un mar inmóvil. A gran altura se distinguían varias tijeretas planeando, revisando minuciosamente las aguas transparentes.

Atrás quedaron los ecos, las sombras y resplandores del pasado, el horror del océano sin límites, el miedo y el silencio. Juré no volver jamás a ese poblacho condenado.

•••••

Sobre la una de la madrugada me levanté. A tientas, me encaminé al dormitorio. Le di vuelta al conmutador de la luz. Tuve que cerrar los ojos, cegado por la claridad. Me sentía gastado. En una de las gavetas del tocador buceé un frasquito de amital sódico. Estaba seguro de que de otra manera no lograría dormir. Mientras tragaba dos comprimidos del barbitúrico, me desvestía y **ponía** el pijama, tomé mi decisión. **Tengo que aclarar este misterio.**

Soy demasiado modesto y sensato como para desempeñar el papel de detective; pero algo podía hacer. Podía interrogar a los allegados del poeta. A lo mejor uno de ellos me daba una pista, un

indicio. Las personas que se destacan en cualquier terreno, por buenas que sean, suelen tener enemigos ocultos, envidiosos desequilibrados capaces de llegar hasta el homicidio. **Mañana hablaré con el padre González y con Orlando.** Más adelante, cuando se hubiera repuesto, con la abuela de Rafael.

La posibilidad de desenmascarar al asesino era consoladora. No tardó en hacer su efecto el barbitúrico.

Segunda parte
Los testigos
Capítulo I

A la una de la tarde del día siguiente le hice una visita profesional a Carmen. Tenía mucha fiebre y dolor de cabeza. La examiné cuidadosamente; pero no le encontré nada. Sin duda era uno de esos trastornos psicofísicos, comunes en las personas nerviosas. Le di un antipirético y un sedante. Luego me senté en el borde de la cama. Entonces descubrí a Leonor, en el rincón más oscuro de la pieza, acomodada en una mecedora de paja.

Era obvio que habían estado discutiendo el crimen. Mientras hablábamos ahora de cosas indiferentes, la personalidad de Rafael gravitaba sobre nosotros, temblaba en el aire.

Insensiblemente, la conversación recayó en el tema ineludible. Carmen, con una dolorosa lucidez exacerbada por la fiebre, fue la que más habló.

Leonor se limitó a escuchar en un silencio grávido de preguntas. Aquí estamos, parecía decir, aquí estamos tú y yo, médico presuntuoso; aquí estamos, cerca de una enferma. Su derecho a la vida, el tuyo, el mío son muy discutibles. Nosotros fuimos hechos de un material grosero. Nuestras penas, nuestras alegrías brillarán un instante no más en la ciega noche para, sin pena ni

gloria, extinguirse definitivamente. ¡Definitivamente! Nuestras pobres vidas dejarán un leve rastro; un rastro como el que dejan las ruedas de un automóvil en la carretera polvorienta. Pronto otros automóviles, la lluvia o el viento lo borran para siempre. **¡Para siempre!** Tú me amas, eso lo sé desde hace tiempo. ¿Te correspondo? Nada de eso importa. Dentro de algunos años, cuando este lujo primaveral que ahora enciende mi carne se haya apagado, la respuesta a esa pregunta no ha de interesar a nadie. Tú y yo estamos destinados a pudrirnos, a deshacernos al pie de la eternidad. Dios no se dejará ver por nosotros. Nada de lo que hagamos o dejemos de hacer pesará a la hora de ajustarle cuentas a la especie. Pero Rafael ¡ay! en él la divinidad prendió una señal y la vida se remozó. Su gracia dulce estaba hecha con la sustancia de un sueño mítico, de un anhelo inmemorial. Su pureza era una garantía de salvación. Sentíamos que no todo estaba perdido. Había una esperanza para mí, para la pobre Carmen, para ti mismo, mientras vivía. Todos confiábamos en que por la fuerza de su juventud seríamos rescatados. Y ahora se encuentra allá, hundido en el fondo de un estupor sin nombre, desmoronándose. Alguien abrió la trampa secreta del infierno. Y ese alguien se pasea insolentemente por el pueblo, duerme, copula, come con los carrillos hinchados. Ese alguien anda por ahí. **Ve a buscarlo, ve a buscarlo, amigo mío.**

—¡Hay que buscarlo!— dijo Carmen suspirando.

Se hizo de nuevo el silencio. Un camión cruzó la calle bamboleándose pesadamente.

—¡Hay que buscarlo!— insistió Carmen, rompiendo a llorar.

•••••

En su oficina —una habitación luminosa, decorada con sencillez y buen gusto— me acogió amablemente el padre González.

Discutimos el crimen. No; él no creía que fuese obra de un loco. **Un loco no se hubiera tomado tanto trabajo para no dejar pistas.** No; no tenía la menor idea de quién pudiera ser.

Desde ayer no pienso en otra cosa. Me parece mentira que tanta gracia, tanto ingenio hayan sido segados por esa puñalada sin sentido. Yo también he perdido mi paz interior. Sin cesar me pregunto: **¿quién? ¿por qué?** Le he pedido a Dios que me ayude a entender esta cosa tan negra que me ha deparado en mi ancianidad. Me pregunta usted si sé de algún enemigo secreto de Rafael; pero —¡cielo santo!— ¿quién podía odiarle? No, doctor. Ojalá pudiese ayudarlo a descubrir a ese monstruo. Nada haría con mayor placer. Desgraciadamente... ¿Cómo dice? Sí, desde luego, fuimos amiguísimos, desde los primeros años de su infancia. ¿Cómo? No; nunca me hizo confidencias de carácter personal. Nuestras conversaciones, sobre todo en los últimos tiempos, eran intelectuales. Teníamos muchos amores en común: la música, la poesía, la pintura. Él venía a menudo a escuchar música a mi casa. Tengo un magnífico tocadiscos. Antes también solía cantar en nuestra iglesia. ¡Todavía no me he recobrado del golpe! Me parece una horrenda pesadilla de la que no puedo despertar.

Hundiendo el rostro en las manos, permaneció un minuto en silencio. Profundamente avergonzado, decidí emprender la retirada. ¡Qué imprudencia la mía! Debí suponer que la entrevista sería penosa para el cura. Después de todo, ¡eran tan amigos y la cosa había sido tan reciente!

—Bueno, padre, me voy; lamento haberlo perturbado.

El sacerdote levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Y yo lamento que su visita haya sido infructuosa —dijo—. Y le ruego perdonar esta efusión que no he podido contener. Ya me estoy haciendo viejo. Si en algo más puedo servirle, ahora o más adelante, no tiene más que decirlo...

Nos estrechamos las manos. Me sentía muy emocionado; pero de pronto tuve la injustificable impresión de que las palabras del cura ocultaban un secreto aterrador.

El testimonio de Orlando

Capítulo II

Encontré a Orlando acodado en el mostrador de “La Copa” —cantina sobre un muelle— tomando cerveza y charlando animadamente con el cantinero. Aceptó mi invitación sin dejar traslucir el asombro que debe haberle producido. Nos sentamos en una mesa, a la orilla del mar.

Tomamos la primera cerveza a grandes tragos. Durante la segunda hablamos sobre el tiempo borrascoso, sobre la mucha lluvia y sobre unos dolores de espalda que venían mortificándolo. A la tercera, agotados todos los temas de conversación, sobrevino un prolongado e incómodo silencio que llené fumando, mirando el agua, mis uñas, los círculos húmedos que en la mesa formaban vasos y botellas, carraspeando. Hasta que Orlando me espetó bruscamente:

—¿Por qué no habla con franqueza?

Me sobresalté:

—¿Cómo! ¡Qué dices? No entiendo— tartamudeé.

—Sí que me entiende —dijo Orlando— y sabe bien de lo que estoy hablando. Usted vino a la cantina expresamente a buscarme. Sabía que yo estaba aquí.

—Bueno... este... yo...

—Usted quiere hablar de Rafael. Déjese de rodeos, y pregunte lo que quiera saber.

Aliviado por su brutalidad, decidí mostrar el juego:

—Mira: te busco porque sé que eras uno de los mejores amigos del difunto. El caso me ha desconcertado y horrizado como tú no tienes idea. Mis noches están llenas de preguntas sin respuesta: **¿quién? ¿Por qué?** Me subleva pensar que el asesino quede sin castigo. Ahora bien, no soy detective ni nada que se le parezca, y tampoco quiero serlo. Mi único propósito es aclarar el enigma, por egoísmo tal vez, para recuperar la paz. Por eso voy a acudir a todas las personas que puedan hacer luz sobre el crimen.

—Comprendo— dijo Orlando—, yo también... —pero se arrepintió de lo que iba a decir. Cambiando de tono, preguntó—: ¿y en qué forma cree usted que puedo ayudar?

—Hablando, simplemente. Contándome cosas de Rafael, aunque en apariencia no tengan importancia; cosas que probablemente nadie más las sabe porque noté que te tenía mucha confianza: seguro te hacía confidencias. En algún punto de esas confidencias puede que esté la clave de este horror. Por el amor de Dios, Orlando: ¡ayúdame!

Los ojos de Orlando se suavizaron.

—Sí—dijo—, yo estaba al tanto de muchas cosas íntimas de Rafael, y me gustaría ayudarlo; pero, en realidad, no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Por el principio... — repitió Orlando —. Bueno, si no le resulta claro, usted me pedirá que le explique las partes oscuras. Soy amigo de Rafael desde hace... a ver... desde hace cuatro años. Es decir, desde que él tenía trece de edad. El asunto comenzó así: él y un amigo estaban pescando más allá de los faros. Yo andaba en una panga con una tipa, por ahí cerca. De pronto, el bote de los muchachos empezó a hacer agua y a zozobrar (era viejo y remendado, y el mar estaba un poco picado). Yo no me había dado cuenta, porque estaba distraído enamorando a la fulana. En eso un grito atrajo nuestra atención. El cayuco se había hundido. Así como lo oye: no se volteó, ni nada: se fue directamente al fondo del

mar. Rafael no nadaba muy bien y comenzó a ahogarse. Yo remé a toda velocidad hacia los muchachos, no por tratarse de Rafael ni del otro (aún no sabía quiénes eran. Además, en aquella época ni siquiera me había fijado en Rafael: para mí era un chiquillo de tantos). El otro, que nadaba mejor, logró subirse solo a mi embarcación. Rafael, en cambio, se ahogaba, hundiéndose y volviendo a salir a flote y dando manotadas al aire. Sin pensarlo mucho me tiré al agua y, después de una corta lucha, lo subí a la panga. Tenía la barriga hinchada, y los ojos enrojecidos. Lo obligué a vomitar el agua que se había tragado. Cuando se sintió mejor, remé a tierra y lo llevé a su casa. La abuela salió a recibirlo; recuerdo que me miró con odio, como si yo hubiera tratado de ahogarle el nieto.

“Estuve una semana sin verlo. Ya casi me habla olvidado del incidente. Una mañana conversaba en el parque con unos amigos, cuando se me acercó Rafael y dijo que quería hablarme a solas. Caminamos hacia Calle Segunda. Yo le pregunté en son de burla:

—¿Cómo va el ahogado?

“Pero él me respondió muy serio:

“—Bastante bien, gracias. Quería darte las gracias por haberme salvado la vida —y tomándome la mano me puso en la palma una moneda de un balboa, y salió corriendo. Mi primer impulso fue salir detrás de él para devolvérselo. Probablemente se lo había robado a la abuela. Pero yo también era un muchacho en esa época (tenía dieciocho años) y, al fin y al cabo, un balboa es un balboa. De modo que me lo guardé en el bolsillo.

“En adelante, siempre que me veía se acercaba a conversar un rato. No digo que fuéramos amigos, por la diferencia de edad; pero me caía bien, y la gratitud es algo que no desagrada.

“Ese año marchó a Panamá, la capital, a hacer la escuela secundaria. Seis meses después de su partida, en el correo me entregaron un paquete: un regalo de Rafael. **Espero que te quede bien la camisa**, decía la carta. Debajo de la camisa venía una revista estudiantil. Creo que se llamaba “Preludios” o algo por el estilo. La hojeé sin mayor interés, aunque estaba conmovido por

la atención. En la página central había un poema de Rafael. Se titulaba: “Del Fondo del Mar”. La dedicatoria decía **A Orlando, que sabe mucho de estas cosas**. Debo confesarle que no entendí los versos. Seguramente usted los conoce; se han hecho muy famosos. Después los han reproducido muchas revistas y periódicos, aunque casi siempre omitiendo la dedicatoria. Claro que a mí eso me trae sin cuidado. Lo que vale es el gesto.

“Tres meses más tarde, Rafael vino a pasar las vacaciones. Al día siguiente, me buscó. Me traía otro regalo. Esta vez una hermosa estilográfica.

“Durante los tres meses de vacaciones él iba todas las tardes a mi casa a practicar la guitarra conmigo y a enseñarme las canciones de moda en Panamá. Nos hicimos amiguísimos. Él contaba poco más de catorce años; pero hablaba y se conducía como si fuera mucho mayor. En mi casa fumábamos cigarrillos (cosa que él aún no se atrevía a hacer en público) y charlábamos. A veces también nos veíamos de noche. Yo le ayudaba a... bueno, mire, esto tal vez le asombre; pero usted me pidió la verdad, y yo voy a decírsela por mucho que duela. Yo le ayudaba a agenciarse muchachas... sobre todo negritas, a las que era sumamente aficionado”.

Apuré de golpe el vaso de cerveza, y miré con incredulidad y con ira el rostro que tenía delante. Ya iba a decirle que se dejara de embustes y porquerías, cuando me contuvo el temor de irritarlo y cortar la confesión. Orlando debió leerme el pensamiento, porque preguntó:

—¿Quiere que siga? Puede que las cosas que he dicho y seguiré diciendo no sean de su agrado.

—¡No!— lo atajé con vehemencia—. Sigue, por favor. ¡Te lo ruego!

—Puede que yo le hable de un Rafael que usted no reconozca y que es distinto del que la mayoría de la gente recuerda. Puede que este Rafael le resulte un plato demasiado fuerte. Usted dirá...

—Continúa— insistí con firmeza.

—Pues bien— prosiguió Orlando—, las vacaciones tocaron

a su fin. Rafael regresó a Panamá. La víspera de su viaje tuvimos una gran parranda en mi casa (vivo solo, como usted sabe) en compañía de dos muchachas. Por cierto que la que le había destinado a él, al principio se negó en redondo a dejarse tocar por ese **chiquillo**; pero usted sabe cuán persuasivo era Rafael cuando se lo proponía, y a la media hora la tenía a su merced.

“Pues como le iba diciendo: Rafael se embarcó a la capital. Debo admitir que me acostumbré tanto a él, que me hizo una falta enorme. A mediados de año, por julio más o menos, tuve que viajar a Panamá. Naturalmente, le escribí a Rafael avisándole mi llegada con bastante anticipación. Fue a recibirme al aeropuerto; parecía muy contento de verme.

“En la capital pasé en total una semana, la más extraña y extravagante de mi vida.

“Me alojé con Rafael en su amplio departamento de la Avenida Perú: dos recámaras (diría que lujosamente amuebladas, cosa que me asombró, pues la abuela, si bien no era pobre, no podía mantener ese tren de vida).

“En el tocador de una de las habitaciones había varios artículos femeninos, cuyo origen no me animé a preguntar.

“Esa noche cenamos en un restaurante cercano. De vuelta en el departamento, Rafael sacó una botella de coñac. Nos pusimos a tomar y a conversar. A las dos de la madrugada, Rafael me preguntó si me gustaría una muchacha. Como le dije que sí, se levantó y fue a llamar por el teléfono comunal del pasillo. De nuevo en la sala me aseguró que todo estaba arreglado, sin darme más detalles. Consultando el reloj del aparador, dijo que aún disponíamos de hora y media.

“Ya me había olvidado del asunto de la chica cuando, a las cuatro, llamaron a la puerta. El poeta fue a abrir, y vino acompañado de dos mujeres, ambas muy guapas. Una era rubia, alta, de formas generosas. La otra, morena, también de buena estatura y abundantes carnes. Rafael me las presentó como “la flor y nata del cabaret **Happy Land**”. Luego sacó dos vasos más y les sirvió

sendos tragos a las recién llegadas. La rubia se le pegó a Rafael, y comenzó a acariciarlo impudicamente. A mi lado, su compañera parecía preguntarse qué demonios hacía allí; pero al cabo el coñac y el ambiente disiparon las reservas. Fue una noche de locura.

“Eso ocurrió la madrugada del sábado. Pasamos el día entero con las mujeres. Por la noche, se despidieron; tenían que trabajar. En la puerta, la rubia besó al poeta y le dijo tiernamente:

—Nos vemos más tarde.

—No— replicó Rafael, terminante—, no vengas, que tengo que levantarme temprano.

“Aparentemente acostumbrada a esos plantones, se limitó a suspirar:

—Está bien.

Por nuestra parte, fuimos al cine. A las once nos acostamos. Al día siguiente, domingo, Rafael me despertó tempranito, a pesar de mis protestas. Me rogó que me pusiera saco y corbata, sin decirme adónde íbamos. Caminamos por las calles semidesiertas, rumbo a Bella Vista. Nos detuvimos frente a la iglesia de Cristo Rey. Me dijo con la mayor naturalidad:

—Entremos.

“Yo, furioso:

—Pero ¿no me habrás levantado a esta hora para ir a misa?

“Y él:

—Tengo que cantar. Siéntate devotamente en una de las bancas, y espérame. No te vas a aburrir: las mujeres más bellas y ricas de Panamá vienen todos los domingos. Yo subo al coro. Nos veremos a la salida.

“Desapareció por una puerta lateral. No sabía qué hacer. En ese momento ya se estacionaban frente a la iglesia buen número de lujosos automóviles de los que descendían damas y señorones muy elegantes. Me miraban por encima del hombro, como preguntándose qué haría en su iglesia semejante fascineroso. Opté por seguir el consejo de mi amigo. Cinco minutos después comenzó la misa. La voz de Rafael tenía un timbre angelical. Me

parecía mentira que fuera la misma voz que apenas ayer vertiera tantas obscenidades en los oídos de las muchachas. Ahora se escuchaba límpida, pura, descarnada. Disimuladamente miré a los otros feligreses, más atentos al canto de Rafael que a las maniobras del cura en el altar.

“Terminada la misa, me situé en el atrio a aguardar que saliera Rafael. En vista de que demoraba, fui a buscarlo. Me detuve a discreta distancia: una bellísima mujer, treintona, muy bien vestida, cuchicheaba con el poeta al pie de la escalera. Resolví esperararlo afuera. A los minutos salió la dama, y se dirigió a un automóvil en el que ya estaba sentado un señor sumamente distinguido, sin duda su esposo. Le abrió la puerta, puso el motor en marcha y desaparecieron a gran velocidad.

“Yo estaba cada vez más sorprendido. ¿Cómo era posible que un muchacho de apenas quince años tuviera tal cantidad de líos amorosos? Porque con toda seguridad la rubia y la dama encopetada no eran las únicas. En eso apareció Rafael; tomándome del brazo me preguntó: ¿te gustó mi canto?

“Por la tarde me dijo **tengo un compromiso. ¿Por qué no vas al cine?**

A medianoche, pasos en la sala me despertaron. Entreabrí la puerta, sin hacer ruido: Rafael se quitaba la camisa, descubriendo un pecho cubierto de moretones y mordiscos. Al darse vuelta, pude verle la espalda surcada de arañazos sanguinolentos.

“Bueno, para no alargarle el cuento: al día siguiente seguimos la juerga. Esa noche con las mismas del viernes. El martes, con otras dos de otro cabaret. El miércoles con dos peruanas que andaban, según ellas y Rafael, “en gira cultural por la América”. Debo advertirle que a todo esto Rafael no dejaba de asistir a clases, a pesar de que las parrandas se prolongaban hasta casi el amanecer. Dormía un par de horas y se levantaba y marchaba a la escuela, fresco como una lechuga.

“La tarde del jueves me encontraba solo en el departamento, descabezando un sueño sobre el diván, agotado de tanto trajín,

cuando sentí unos golpecitos en la puerta. Me puse los pantalones, y fui a ver quién era.

“Frente a mí estaba, muy asombrado, un señor cuarentón, pulcramente vestido, bien afeitado y peinado. Su fina mano derecha empuñaba un bastón. Había algo raro en él, pero no me di cuenta de lo que era hasta que abrió la boca para hablar:

“—Este... perdone... creí que aquí vivía Rafael.

“—Sí— le dije— aquí vive, pero ahora mismo está en la escuela.

“—Bien, regresaré mañana —y levantó la mano izquierda en un ademán equívoco. Parecía cada vez más sorprendido por mi presencia en el departamento. Sospecho que me tomó por un rival, porque creí percibir un fulgor de odio en sus ojos negros y brillantes.

“—Si quiere dejarle un recado.

“—No, no hace falta. Volveré mañana. Adiosito... —dándome la espalda, se alejó con paso rápido, diría que taconeando si sus zapatos no hubiesen sido, desde luego, masculinos.

“De nuevo solo, me puse a pensar en el extraño visitante. De pronto monté en cólera. Decidí que en cuanto llegara Rafael lo regañaría enérgicamente. Los excesos con las mujeres pase, a pesar de que no le hacían ningún bien; pero ese tío era ya demasiado. Él debía cuidarse, y cuidar un brillante porvenir. A sus quince años, era conocido no sólo en Panamá. Las revistas extranjeras reproducían sus versos. En una nota de introducción a “Desde el fondo del mar”, una revista argentina sostenía que era la personalidad poética más atrayente de Panamá y la de más futuro. Ahora bien, esa notoriedad prematura le resultó muy dañina, sobre todo por el prestigio que le daba a los ojos de las mujeres.

“Pero pensándolo bien, no era asunto mío, y lo más prudente era callar. A lo mejor Rafael interpretaba mal mi interés. ¡Vaya uno a saber lo que ocurría en su cabeza!

“A las seis se presentó Rafael con un envoltorio bajo el brazo. Lo abrió en mi presencia: eran los primeros ejemplares de su

primer libro. Triunfalmente, me mostró el título: *Canción de Amor*. Era un solo poema, muy largo, pero no hay necesidad de hablarle de él porque ya usted lo conoce, y sabe de estas cosas más que yo.

“Me dijo que lo celebraríamos los dos solos con una cena especial.

“—Nada de mujeres esta noche. Ya han dejado suficientes huellas en el poema. Cenamos, nos tomamos unas cervezas en el departamento y ¡a la cama! Mañana tienes que levantarte temprano para el viaje.

“Así fue. Eran las nueve y media (¿se ha fijado con qué precisión recuerdo las horas? ¿Por qué será?) De vuelta en el departamento, comenzamos a tomar cerveza. Rafael estaba muy comunicativo esa noche. Me hizo una descripción maravillosa de su naufragio y de todas las emociones que experimentó mientras se ahogaba. Fuimos interrumpidos por la sirvienta de uno de los departamentos vecinos:

“—Señor Rafael, el teléfono.

“El poeta hizo un gesto de fastidio, pero salió. A los tres minutos estaba de regreso. No queriendo pecar de indiscreto, no le pregunté de quién era la llamada. Seguimos conversando animadamente. Al rato, cuando menos lo esperaba, me dijo:

“—La rubia loca se tomó un frasco entero de píldoras para dormir.

“—¡¿Cómo?!— grité saltando de mi asiento.

“—Sí— fue la calmosa respuesta— la llevaron al hospital. Tu morena acaba de avisarme.

“—¿Y no piensas ir?

“—¿Para qué?— preguntó encongiéndose desdeñosamente de hombros—. ¿Acaso soy médico? Estoy seguro de que está bien atendida— y luego, con el mismo tono de voz: —Cuando llegues a Bocas, me haces el favor de decirle a mi abuelita que...

“¿Cómo era posible? Aquella pobre mujer a lo mejor agonizaba en ese momento, y el culpable de su terrible determinación

hablando de cosas indiferentes, como si lo ocurrido nada tuviera que ver con él. Ah, Rafael — pensé—, me parece que no te conozco ni un poquito.

“En la mañana partí para Bocas del Toro.

“Pasaron los meses, y con ellos se acercó la fecha del retorno de Rafael...” al pueblo. La semana de Panamá me había dejado un gusto amargo en la boca y una gran aprensión. Presentía que iba a ocurrir una desgracia. Él no me escribió una palabra durante todo ese tiempo; yo tenía noticias suyas por la prensa, por la enorme resonancia de su libro. Recuerdo “El milagro de Rafael”, un artículo ilustrado con un excelente retrato del poeta. A menudo los diarios informaban “esta noche dará un recital de poesía y canto el gran poeta nacional y cantante Rafael”. La gente del pueblo se maravillaba de estas cosas, especialmente las muchachas que ahora lo recordaban más encantador. Yo miraba el rostro de esas incautas, y me decía **Pobrecilla, no sabes lo que te espera si tomas en serio lo del “halo angelical”**.

“Sólo una vez estuve tentado de ponerlo en evidencia, y de revelar su juego. Fue una tarde en que conversé largamente con Carmen. Me habló de Rafael en forma tan elogiosa, que me dieron ganas de gritarle la verdad. No lo hice porque soy incapaz de traicionar a un amigo y, además, porque no me habría creído. En todo caso, me dije, ni el mismo Rafael se atrevería a hacerle daño a esa muchacha.

Rafael llegó a principios de febrero del año siguiente. Ésa, como usted sabe, es la temporada más alegre del pueblo; todos los estudiantes bocatoreños vienen a pasar sus vacaciones, que transcurren bulliciosamente en excursiones a las islas vecinas, baños de mar, paseos en lancha a la luz de la luna, serenatas y bailes casi todas las noches. Rafael, por contraste, se portó muy comedidamente rehuyendo las oportunidades, que se le presentaban a montones, de seducir a sus candorosas compañeras. De ahí, en parte, deriva la leyenda de su pureza. Cuando la carne apremiaba, se hacía de una mujer de la calle en cualquier rincón discreto.

“Nos veíamos casi a diario en mi casa. Como no soy bien visto en su círculo, no lo acompañaba en sus correrías estudiantiles. Él venía a verme.

“Una tarde (las vacaciones estaban por finalizar), le pregunté “**¿cuándo te marchas?**” Me contestó que ese año no pensaba volver al colegio. **¿Cómo?** Entonces dijo estas palabras:

“Estoy hasta la coronilla de esos babosos. En mitad de una clase de álgebra me pregunto: ¿y todo esto para qué? ¿Qué hace aquí Rafael-Moisés, el salvado de las aguas, perdiendo el tiempo, cuando ya la muerte le guiña un ojo y le acaricia las caderas? ¿Qué tienen que ver conmigo los romanos y las leyes de la República y la fórmula del agua y el monte Everest y los gerundios y el propio Mío Cid? **Yo soy el engendrado a la orilla del río, el ahogado, el que busca y llama sin cesar la mujer desgredada a gritos. Un llanto desvalido a la orilla del río...** En las alturas no hay diploma que valga, y una pila de libros estúpidos no va a salvarme. ¿Acaso me conocen los adolescentes y las muchachas que recitan mis versos en sus tertulias insípidas entornando los ojos? ¿Con qué derecho hablan de mí y me citan esas damas protectoras del arte, que se extasían en las bancas de Cristo Rey y tiemblan con las revelaciones de mi “Canción de amor”? ¡Ay! No hay más que una verdad, y ya la conozco. No quiero saber nada; no quiero escuchar más historias. Nada podrá librarme de mi destino. Yo soy el favorito de...

“Calló, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Nunca lo había visto así, y estaba un poco asustado. Encendió un cigarrillo y se entretuvo contemplando las manchas del cieloraso. Cuando se hubo calmado, prosiguió ya en otro tono, ligeramente exasperado:

“—Además, Panamá se ha hecho invivible para mí. Siempre encuentro en mi camino gente que se cree obligada a fastidiarme. ¡Ay! Yo lo único que quiero es que me dejen en paz. Primero fue la rubia del cabaret. Después el abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se envenenó. A las pocas semanas la dama encofetada (la de Cristo Rey ¿te acuerdas?) que se mató en un acci-

dente de tránsito junto con su marido. Accidente... como si yo no supiera la terrible escena del día anterior. Como si yo no estuviera enterado de los gritos histéricos, de las súplicas arrebatadas y espantosas de él, así como del cinismo iracundo y lívido de ella. Como si ella no hubiera venido, inmediatamente después del altercado, al departamento, en un gesto de supremo descaro a proponerme, con voz y ademanes de extravío, una serie de insensateces: que nos fugáramos, que nos suicidáramos, que lo matáramos a él. Yo traté de calmarla, lo que acabó de enloquecerla. ¡Ay! Nadie me comprende, nadie sabe cómo comportarse contigo. Todos los actores de esas comedias se contentan con la idea de que lo ocurrido nadie, sino los principales intérpretes, llega a saberlo. Ángel por fuera, diablo por dentro. Doctor Jekyll y Mr. Hyde, pero yo...

“Estas revelaciones me las hizo como si yo estuviera al tanto. El abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se mató... Claro que estaba enterado: era un hombre prominente, y los periódicos armaron un gran escándalo; pero jamás me pasó por la mente que Rafael tuviera nada que ver en el asunto. En cuanto al **accidente** de tránsito, recordaba vagamente, haber oído algo. Naturalmente, tampoco lo asocié a Rafael, ya que los nombres nada me decían. Sólo conocía el caso de la rubia.

“Debo decirle que Rafael actuaba, por así decirlo, sin esconderse. No ocultaba sus cosas deliberadamente. Si alguien se enteraba, allá él. Y tuvo la gran fortuna de que, ignoro por qué circunstancias, por qué razones, casi nadie supo de su doble vida ni del fangoso fondo de su alma.

“Una desgraciada casualidad me permitió averiguarlo. Él nunca me pidió silencio, nunca me encareció que guardara el secreto de sus abominables andanzas. Yo era para él —ahora lo veo claro— el que lo había sacado del agua y, en cierto modo, el responsable de que las fuerzas turbias que acechaban en su corazón se desencadenaran sobre el mundo de la noches.”

Orlando se interrumpió para tomarse de golpe un vaso entero

de cerveza. Yo sentía la cabeza pesada. Algunos versos aislados de aquel prodigio melodioso que se llama “Anochecer” resonaron en el fondo de mi estupor con un significado enteramente nuevo.

No habíamos dejado de tomar y Orlando y yo estábamos bastante borrachos. Su voz se había quebrado. Tal vez por las cervezas, tal vez por el peso de su confesión. En el cielo oscurecido corrían densos nubarrones, y el viento golpeaba con fuerza nuestros rostros. Luces mortecinas brillaban, muy espaciadas, en la isla de enfrente. Me embargaba una sensación de desamparo. Me sentía perdido y solitario, con una soledad hecha de incompreensión y de incomunicabilidad. Todo se alejaba, todo era distancias, espacios interestelares, bruma sideral. En la mano sólo tenía un cigarrillo; pero de pronto sentí como si un estetoscopio, particularmente valioso, se me hubiese caído al suelo y hecho añicos. Extraña idea, pensé, y ¿por qué razón un estetoscopio?

Pero Orlando volvía a hablar:

—Lo demás es historia reciente. Sólo voy a darle los toques finales a este retrato de Rafael. Pasados dos meses volvió a las andadas. Sé de dos pobres muchachas seducidas. Luego una gringa, empleada de la *United Fruit Company*, que se dio al licor y tuvieron que enviarla a los Estados Unidos en lamentable estado, sin que nadie sospechara la causa de su súbito alcoholismo. Y, como para desvanecer cualquier duda que hubiera podido abrigar sobre la naturaleza del estrambótico visitante que interrumpió mi siesta en Panamá, mantuvo una larga y sostenida intimidad con... ya sabe usted con quién. Parecía resuelto a no dejar de descender hasta tocar fondo. Simultáneamente, engañaba a don Hernando con esa negra depravada. Por cierto que el marido estaba al tanto del enredo, pero se hacía de la vista gorda.

“Un día, por culpa de los tragos y de una provocación, me vi envuelto en tremendo lío. Herí al tipo aquel con una cuchilla, la que —claro— me había regalado Rafael para mi cumpleaños. Quedé preso.

“Soy pobre; vivo un poco del juego y otro poco de milagro. Me resigné a lo peor, ya que no tenía dinero para pagar el abogado ni para cubrir la fianza de excarcelación mientras se efectuaba el juicio.

“Rafael fue a verme a la cárcel y, a insistencia suya, le hablé de mi angustiada situación. Necesitaba una suma para mí fabulosa: ¡quinientos balboas! Rafael se quedó pensando un minuto, y luego se despidió. Eso fue a las nueve de la mañana; a las tres de la tarde yo estaba libre, Rafael depositó la fianza y le pagó al abogado sus honorarios por adelantado. La cosa me asustaba, aunque yo sabía que Rafael, con todos sus defectos, era incapaz de meterle mano a dinero ajeno. Confirmé mis sospechas de que andaba tras algo grande y gordo de verdad. Eché mis cuentas, y saqué la conclusión de que ninguna de sus aventuras conocidas por mí pudo haber suministrado el dinero. En este pueblo, contados son los que pueden disponer de semejante suma. Mis indicios no eran suficientes para identificar a la nueva víctima. Me mordía la curiosidad por averiguarla. Realicé una breve investigación, pero ésta fue interrumpida por el juicio y la condena: me echaron seis meses de cárcel, tiempo durante el cual Rafael me llevó diariamente comida, cigarrillos, libros, revistas y golosinas. Al salir libre, estaba excesivamente amargado para interesarme por nada. Por otra parte, estaba la gratitud hacia Rafael. Todavía hoy me pregunto quién sería. Descubra usted, doctor, su identidad, y tal vez... ¿quién sabe?

“En cuanto a las preguntas que se hace usted, también me las hago yo sin cesar. Peor todavía, porque yo sabía estos hechos, y usted los ignoraba. ¿Quién lo mató y por qué? El porqué no es difícil de adivinar. El quién ya es otra cosa; pero antes de seguir adelante, hágase estas otras preguntas: ¿qué razón habrá tenido el asesino o la asesina para hacer lo que hizo? ¿Vale la pena castigar a quien, seguramente, ya fue castigado con creces y de antemano por nuestro pequeño y dulce monstruo? ¿No será mejor premiarlo por habernos librado de él y haber ahorrado a quién sabe quié-

nes cuántos futuros sufrimientos y crímenes? Hágase estas preguntas fríamente, y búsqúeles respuesta. Que no nos ciegue el cariño y la admiración...”

Orlando desvió los ojos llenos de lágrimas. Parecía haberse extraviado. Se pasó la mano por la frente como para dispersar los negros pensamientos que lo acosaban. De repente, apurando el resto de cerveza de su vaso e incorporándose, exclamó bruscamente:

—Bueno, doctor, me voy a dormir. ¡Buenas noches!

Y sin esperar la respuesta se alejó con pasos inseguro.

Después de cobrarme lo que habíamos consumido, el cantinero consiguió un taxi que me condujo a mi casa. Casi no podía tenerme en pie de la borrachera.

El testimonio del padre González

Capítulo III

A las cuatro en punto de la tarde oprimía el timbre de la casa cural.

La sirvienta me hizo pasar directamente a la oficina del sacerdote. Mientras lo aguardaba, traté de poner un poco de orden en el caos de mi pensamiento. Y, para colmo, los efectos de la resaca sobre mis nervios y digestión agravaban aún más el panorama, enmarañándola hasta la locura.

Encendí un cigarrillo, y recosté la cabeza sobre el filo del espaldar.

Cuando desperté esa mañana después de dormir larga, pesada y delirantemente, creí haber soñado la conversación con Orlando; pero a medida que avanzaba el día y retrocedía mi embotamiento, fui recordando con nitidez los incidentes de la noche, y ya no me cupo duda alguna sobre su terrible realidad.

Después de almuerzo me acosté y, fumando cigarrillo tras cigarrillo, analicé cuidadosamente los hechos. A las tres había llegado a la conclusión de que la historia de Orlando era una sola mentira vil y asquerosa. Y si mintió, sólo pudo hacerlo por una razón: porque era el culpable. Esta conclusión se me impuso con fuerza irresistible luego de comparar su relato con el testimonio de los otros conocidos de Rafael y con mi propio recuerdo. Nadie, me dije, es capaz de ocultar su verdadera naturaleza a tal ex-

tremo. Y si fueron tantas las aventuras eróticas de Rafael y tantas las víctimas de su perfidia, era imposible que ni siquiera un rumor hubiese llegado nunca a mis oídos, ni a los de mis amigos y conocidos. Sobre todo en un lugar como Bocas del Toro con sus dos mil habitantes, donde el chisme y la maledicencia constituyen la principal diversión. Todos se vigilan continuamente, menos por maldad que por aburrimiento. Todo se sabía en el pueblo, y jamás la más leve sombra empañó la reputación del poeta.

Ahora bien, sería un error descartar a priori las palabras de Orlando. Debía investigarlas a conciencia antes de rechazarlas. Y el único que estaba en condiciones de confirmarlas o desmentirlas era el cura, el más próximo a Rafael. El recuerdo de mi visita anterior y la curiosa impresión final me rozaron de nuevo. No siempre las conversaciones de Rafael con el sacerdote debieron girar en torno de problemas intelectuales. Dos cerebros no entablan amistad; tienen que participar el corazón y demás receptores y transmisores de la simpatía.

El curso de mis especulaciones fue interrumpido por el cura, que venía hacia mí sonriendo cordialmente.

—Bienvenido, doctor. ¡Qué agradable sorpresa! Dos días seguidos recibir su visita— me rogó con un movimiento de la mano que volviera a sentarme y él, a su vez, se acomodó en la silla del escritorio—. Como siga así, doctor, no voy a perder la esperanza de devolverlo al redil.

—Lamento mucho importunarlo, padre, y robarle tiempo.

—No, mi amigo, usted no me roba tiempo. Acabo de terminar el breviario; no tengo nada que hacer hasta la hora del rosario.

—Me alegra saberlo, padre, porque esto quizás nos tome un buen rato.

—¿Sí?— el ceño se le contrajo.

—Sí, padre. Hay algunos puntos que quiero aclarar. Anoche sucedió algo que pone el caso de Rafael bajo una nueva luz. Por eso he regresado.

—¡Qué me cuenta!— exclamó el cura levantando entrambas manos.

—Tengo la impresión de que usted puede ayudarme. A menos, claro está, que se sienta en la obligación de callar.

—Pregunte usted y veremos.

Le hice un prolijo relato de la noche anterior, repitiéndole, casi al pie de la letra el relato de Orlando. A medida que avanzaba, el rostro del sacerdote se hacía más inescrutable.

Terminé de hablar, y escruté ansiosamente sus facciones. El cura se revolvió inquieto en la silla. Luego cruzó las piernas y sostuvo mi mirada anhelante. Entonces habló:

—¡Caramba, caramba! — y en su voz percibí un cansancio, un tono de renuncia que nunca le había notado—. No sabía que el jovencuelo estuviera tan bien enterado, ni que fuera tan lenguaraz.

—Quiere decir entonces, padre, que... — sentí que el suelo cedía bajo mis pies y que un peso enorme me caía encima. Me entraron ganas de echarme a llorar como un niño.

—Sí, mi amigo. Todo es, fundamentalmente, cierto; pero no tan sencillo como parece creer su nuevo amigo— cerró los ojos—. Usted quiere saber la verdad, pero ¿acaso yo mismo la conozco? ¿La conoce Orlando? ¿La abuela de Rafael? —abrió los ojos—. ¿El mismo Rafael, que nació para perder a los otros y para perderse? ¿La verdad! ¿Quién la conoce? ¿Quién es tan vano para intentar siquiera buscarla? ¿Sospechaba usted todas las ruinas que hay que revolver en este caso para dar con un puñado de cenizas que nada ha de revelar? Conservo muchos poemas del difunto que jamás verán la luz. En uno de ellos dice... pero no... no voy a recitárselo... deben permanecer rigurosamente inéditos... usted no debe oír el rumor delicioso... pero su contenido es éste, más o menos: **“de todos los pecados que he cometido, ninguno más pestilente e imperdonable que el de la palabra. Ninguna infamia me ha manchado tanto como la belleza que me han puesto delante de los ojos.** En otro poema nos cuenta que una noche los muertos se desprenden de su muerte y se re-

vuelcan furiosos en sus tumbas. El fulgor menstrual de la luna llena empapa el paisaje marino de presagios sin nombre, mientras los perros se lamen, aullando, el sexo que les arde como una brasa. Los dioses climáticos se vuelven iracundos contra el sacerdote despavorido. De pronto exclama el poeta: **¡no me toques, padre mío, desde tanta ausencia! ¡No levantes tu mano contra mí! Tus posesiones están intactas, con el tiempo adormecido en las colinas. Aquí tienes tus pantuflas, tu bata, tus anteojos y tu viudez doliente renovada.** El poema culmina en ráfagas de locura, de tristeza única, de adulterio y alaridos. Que nadie lo lea nunca, ¡nunca!

Se pasó la mano por la frente. Una infinita languidez se había adueñado de toda su persona. Cuando habló de nuevo, tuve la sensación de que su voz salía de otra habitación:

—¿Recuerda a Hamlet? *There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dream't of in your Philosophy.* Antes de nacer Rafael se decidió su destino ¿Nadie le ha contado la historia de sus padres?

—No— dije, emergiendo del doloroso fondo de mis reflexiones—, sólo generalidades: que ambos murieron en la infancia del poeta...

—Pues bien, yo voy a contarle todo; pero tiene que prometerme que se lo guardará para sí. Nunca le hubiera relatado esta historia espontáneamente. Pensaba llevármela conmigo a la tumba; pero Orlando se ha ido de la lengua y, en cierto modo, ya usted participa del secreto. Mejor será que acabe de revelárselo. A lo mejor eso le facilita su tarea; pero una vez más debo rogarle que guarde el más absoluto silencio sobre lo que va a escuchar. A nadie le dirá nada.

—Se lo prometo, padre— afirmé gravemente.

—Entonces comencemos— dijo el cura, trenzando las manos sobre el regazo—: Al principio, mi amistad con Rafael fue una prolongación de la que me había unido a sus padres. Ambos eran buenos católicos. Desde que eran novios nos veíamos con

frecuencia, y yo los alentaba a casarse y a llevar adelante sus modestos planes. Después de varios años de sacrificios y esfuerzos, él había instalado una abarrotería. El negocio iba bastante bien. Cuando se casaron, ya se había trasladado a un local mayor y obtenido la representación de algunas casas importadoras de la capital. Por su parte, ella era una muchacha de veinte años, bella, hacendosa y honesta. No había razón para que no fueran felices. Y así fue al principio; el primer año fue satisfactorio; pero recién iniciado el segundo — y la voz del cura adquirió una inflexión apagada— se produjo un cambio asombroso. Al comienzo, discusiones violentas provocadas, invariablemente, por ella. Luego, los celos infundados. Noches de insomnio; llanto amargo con el menor pretexto o sin pretexto alguno; crisis de histeria; ataques de ira ocasionados, por ejemplo, por la forma en que él cortaba la carne, chupaba una naranja o se peinaba. Otras veces ella le echaba en cara la esterilidad de su unión, lo acusaba de haberla engañado simulando ser un hombre cabal. Éste parecía ser el eje del problema: no haber tenido un hijo todavía. Con esa ceguera frecuente en los neuróticos, nunca le pasó por la mente la posibilidad de que ella fuera la responsable.

“Las cosas iban de mal en peor, pero él —también se llamaba Rafael— aún creía posible que se normalizaran.

“Pero una mañana, mientras é conversaba en un rincón de la tienda con un comprador, se apareció ella desgredada, los ojos relampagueantes, y lo atacó. Le arañó las mejillas, le mordió las manos. Con ayuda del dependiente logró reducirla a la impotencia y sentarla en una silla. Cuando se hubo calmado, buscó un automóvil y la condujo al hospital, donde permaneció una semana, al cabo de la cual se había repuesto visiblemente. Pidió excusas a su marido, asegurándole que no volvería a ocurrir; pero el médico aconsejó una larga separación. **Necesita un buen descanso.** Josefina —era su nombre— accedió después de protestar un poco. Escogieron para ella la finca de una pareja amiga de ambos, situada en tierra firme. Ofrecía múltiples ventajas: era un

lugar retirado y tranquilo, con buena alimentación; cerca de la casa fluía un río de aguas limpias y mansas, ideal para bañarse y calmar sus nervios enfermos”.

El cura personalmente la condujo a la finca en la lancha que utilizaba para recorrer las islas en los asuntos de su ministerio; pero sigamos oyendo sus palabras:

—A los tres meses estaba de vuelta. Era otra persona, rozagante encarnación de la salud y de la paz interior. Lucía más morena —lo cual le sentaba muy bien— por la vida al aire libre que había llevado. Reasumió sus deberes conyugales y domésticos con evidente alegría. Al mes quedó encinta. Rafael venía en camino. Todo marchaba admirablemente. El embarazo no fue más penoso de lo corriente. Ella sobrellevaba su nuevo estado con dignidad y contento.

“Rafael nació. Un niño hermoso y sano: los padres estaban transfigurados de orgullo, un orgullo que yo compartía desde el fondo de mi alma.

“Y un atardecer, bruscamente, estalló la catástrofe. Josefina enloqueció completamente. Como no fue precedida por ninguno de los síntomas habituales, la crisis nos cogió a todos por sorpresa. La cosa vino de golpe: ella acababa de darle de mamar al niño y de acostarlo en su cuna. Se sentó a cenar con su esposo. De repente lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo desmayada. La llevaron precipitadamente al hospital. Cuando despertó, el médico que la atendía comprendió que todo estaba perdido.

“Lo que siguió es muy penoso de contar. Solía despertarse a medianoche, gritando desaforadamente:

“—¡Mi hijo se ahogó!

“Y estallaba en sollozos convulsivos que duraban hasta el amanecer. Era inútil tratar de demostrarle lo contrario. Incluso le llevaron el niño para que se convenciera de que estaba vivo. **"Ese no es"**, aullaba hundiendo el rostro en la almohada.

“Cosa curiosa: apenas salía el sol, se calmaba. Pasaba el día

entero durmiendo a pierna suelta. La alimentaban a la fuerza sin que ella saliera de su sueño profundo.

“En cuanto se iniciaba el crepúsculo de la tarde, empezaba a inquietarse. Se revolvía en la cama, crispaba las manos. Con la caída de la noche, comenzaba a quejarse. Al principio débilmente, con voz animal, con la voz de un perrito apaleado. Daba grima oírlo. Los lamentos iban aumentando hasta alcanzar su clímax espantoso a medianoche. Se daba de golpes en el pecho; se arañaba las mejillas con sus uñas afiladas; se exprimía los senos rebosantes de leche, siempre gritando, gritando esas palabras incomprensibles:

“—¡Mi hijo se me ha ahogado! ¡Ay! ¡Ay! ¡Aaaaaaaay...!

A los tres días tuvieron que ponerle camisa de fuerza para que no se hiciera daño; pero los gritos no había forma de contenerlos. El médico se declaró impotente, y aconsejó trasladarla al hospital psiquiátrico de la capital, paso que el esposo se resistía a dar. Me pidió consejo; me rogó que fuese a verla, que a lo mejor mi presencia la calmaba. Accedí de buena gana.

“Llegué al hospital a las cinco pasadas. Al principio no me conocí; se quedó mirándome fijamente largo rato, entrecerrando los ojos, haciendo esfuerzos desesperados para localizar mi rostro en sus recuerdos. De pronto sonrió débilmente, y me alargó la mano. Se la tomé; por espacio de varios minutos permanecimos en silencio. Entonces ella comenzó a hablar. Confusamente primero; luego, a medida que pasaba el tiempo, con mayor coherencia. Profundos suspiros entrecortaron la historia que me refirió.

“A las seis fue de nuevo anegada por la locura. Sus ojos se nublaron y dejó de conocerme. Empezaba a gritar cuando abandoné la habitación.

“Al pronto, sus palabras se me antojaron hijas de la demencia; pero de todos modos me dejaron muy preocupado.

“A los dos días hubo que enviarla a Panamá, en cuyo Retiro Matías Hernández permaneció recluida un año escaso, al cabo del cual murió sin haber recobrado la lucidez.

“Poco después de que la mandaran a la capital, mi trabajo me llevó a la finca donde Josefina había pasado sus vacaciones. Recordando la extraña confidencia de la loca, hice algunas averiguaciones entre la gente del lugar. Fue la anfitriona de Josefina —compañera de infancia e íntima amiga de ésta— la que me confirmó el relato. La infortunada compartió su secreto con ella, diez meses antes de perder la razón.

El cura, escogiendo cuidadosamente su vocabulario, repitió la historia.

—¿Conoce usted la leyenda de “La Tulivieja”— fueron sus primeras palabras.

—De niño oí hablar algo de ella, pero hace tanto tiempo...— respondí.

—Pues bien, conviene recordarla. Es una de esas leyendas que se han arraigado en estas tierras después de atravesar medio mundo. Con pequeñas variantes se cuenta en todos los rincones de la república. La versión que circula por acá es la siguiente:

“Una guapa muchacha campesina, recién casada, va al río a lavar la ropa de su marido. Se presenta un desconocido, y la seduce. Ella vuelve a su casa, y por la noche hace el amor con su esposo. Al día siguiente se dirige al río a buscar a su seductor. No lo encuentra. Todos los días acude al mismo sitio con la esperanza de verse con su fugaz amante. En vano: pareciera que se lo ha tragado la tierra. Mientras tanto, queda encinta. A los nueve meses da a luz a un hermoso muchacho. Pasa el tiempo. El niño tiene casi un año; una mañana lo lleva al río a bañarlo. Apenas ha terminado de bañarlo y de envolverlo en una manta, se presenta el desconocido. Se deja engañar nuevamente. Mientras hace el amor, el río se lleva a su hijo. Ella no se da cuenta, arrebatada como está en el placer. El desconocido se despide con la promesa de verla al día siguiente en el mismo lugar. Ella lo sigue con la vista y lo ve perderse por entre la maleza. Cuando llega al sitio donde había dejado al niño, no lo encuentra. Enloquece de ansiedad. Una voz retumba en las alturas:

“—¡Maldita, en adelante buscarás a tu hijo por el resto del tiempo, llorando y gritando a la orilla de todos los ríos del mundo!”

“Una fuerza incontrastable la impele a caminar. Inexplicablemente, anochece de golpe. Y así pasan las horas en esa noche sin fin. De la garganta le brota un grito horrendo que no reconoce como suyo.

“Pasan los días. Mejor: las noches. Mejor aún: no pasa esta noche lóbrega y sin fin. Transcurren las horas pero la sombra permanece. En tanto, un espantable cambio se va operando en su apariencia. Los zarzales y las espinas le desgarran las vestiduras y las carnes. El pelo, desgredado y áspero, le cubre la cara, una de cuyas mitades envejece y se arruga de golpe. El seno derecho se le pudre: fangosa y repulsiva protuberancia; el izquierdo conserva intacta su belleza. De un tobillo le brota una garra de águila.

“Transcurren los siglos de esa noche eterna, y el grito se hace cada vez más espeluznante y frecuente:

“—¡Ay! ¡Aaaaaaaaaay...! ¡Aaaaaaaaaay...!”

“Busca, llama a su hijo sin perder las esperanzas, sin conservar ninguna, para siempre, para siempre”.

Yo había cerrado los ojos, dejándome enlutar el alma por el encanto sombrío de la leyenda. Con temor esperé que el otro continuara hablando, explicando cuál era la relación de esa historia campesina con la madre de Rafael, con Rafael mismo, con el asesinato. Preparé el ánimo para recibir nuevos golpes. Me dije que ya nada debía causarme extrañeza en aquel extraño asunto. El cura prosiguió:

—Se preguntará usted, sin duda, qué tiene que ver esto con el caso. Pues bien, he aquí lo que pude averiguar, lo que me contó la madre de Rafael y me confirmó su amiga:

“Durante su estancia en la finca, Josefina acostumbraba pasar casi toda la mañana bañándose en el río. Un día como a las nueve, al salir a la superficie del agua después de una prolongada zambullida, nota que en la orilla hay un hombre silencioso con-

templándola con impertinente complacencia. Ella se vuelve iracunda por la intrusión, y lo apostrofa con acritud. El otro se ríe; una sonrisa encantadora. Josefina siente desvanecerse su cólera: el mirón es un adolescente, casi un niño, de muy buen ver. Sale del agua y se acerca. Conversan inocentemente. No sabe a ciencia cierta cómo ocurre. En el próximo minuto están haciendo el amor bajo el agua. Un placer de locura, como nunca antes lo ha experimentado, le enciende la carne. El otro se va, prometiendo regresar muy pronto, dejándola extenuada sobre los guijarros arenosos de la ribera. Al llegar a la casa, cuenta a su amiga la aventura y pregunta quién es el mozo: pero ninguno de los conocidos de su anfitriona responde a la apasionada y minuciosa descripción de Josefina, quien, en las dos semanas que restaban de vacaciones, acude al río todos los días; pero el desconocido parece haberse esfumado. Vuelve a Bocas, convencida de que ha soñado o imaginado la aventura. Al tiempo, los trabajos y molestias del embarazo la ocupan por entero. Cuando Rafael cumple un mes de edad, el recuerdo de la mañana, del desconocido y de la seducción retorna, con redoblada claridad, a su memoria, ahora asociado a la leyenda de “La Tulivieja” que seguramente ensombreció una buena y decisiva parte de su infancia.

“Cuentan los que la vieron en el manicomio, que aulló salvajemente noche tras noche durante el año de su reclusión. Su rostro era el de una anciana. Los cabellos grises le caían en desorden sobre el rostro; se desgarraba la ropa y mostraba sus senos a todo el mundo. Su voz, de noche, dominaba la de los otros alienados con su grito monótono y horripilante:

“—¡Mi hijo se me ha ahogado! ¡Ay! ¡Aaaaaaaaaay! ¡Aaaaaa-
aaaaaaaaay! ¿Dónde está mi hijo?

“Hasta que la muerte vino a liberarla.

“Seis meses después de su muerte, el padre de Rafael tan católico, tan devoto se pegaba un tiro introduciéndose el cañón del revólver en la boca, luego de escribir una nota a su suegra rogándole que se hiciera cargo del niño. Le dejó una considerable suma

en efectivo y la tienda, que ella no tardó en vender.

“La abuela cuidó de nuestro poeta, criándolo dentro de las normas más rígidas de nuestra fe y vigilándolo con una abnegación que no puede ponderarse. Yo, como es natural, la ayudé activamente. Primero, en recuerdo de sus padres y, segundo, por la lástima y ternura que me inspiraba el huérfano.

“Desde que Rafael empezó a articular las primeras palabras, reveló una inteligencia poco común. Pronto revelaría una disposición para la música, el canto y el dibujo verdaderamente extraordinaria”.

Sabe usted que antes de ser llamado por Dios a su servicio, me entregué a la música, apasionadamente pensando que era mi vocación. Entré al sacerdocio, pero no obstante renunciar a la música como carrera jamás me abandonó la antigua afición. Yo le enseñé al niño las primeras nociones del arte y, ante su asimilación prodigiosa, llegué a pensar que nos hallabámos frente a un nuevo Mozart. ¡Dios me haya perdonado!

“¡Cuántas horas le robé a la compañía de la abuela! ¡Cuántas horas de éxtasis gastamos sentados al piano, al órgano, entonando a dúo la o los madrigales españoles del siglo XV! ¡Con qué unción escuchaba su vocesita maravillosa modulando esas viejas melodías!

“Acababa de cumplir sus nueve años de edad cuando una mañana, me dio otra gran sorpresa. Yo le había puesto, el día anterior, como tarea, una composición. La mañana de que le hablo, me presentó un cuaderno abierto diciéndome:

“—Aquí está la tarea.

“Casi me caigo de espaldas al ver que había escrito en verso la composición. Así como lo oye: en versos demasiado perfectos para su edad. Yo, claro, le había dado lecciones de métrica con el fin de ayudarlo más en su canto. Nunca imaginé que él utilizaría esas nociones para darle salida a una inquietud que ya empezaba a escocerlo por dentro y que terminaría por desplazar, o relegar a segundo término, a las otras. En vista de ello, decidí

darle también, a fondo, clases de Preceptiva.

“En adelante viví en un estado permanente de éxtasis. Cada mañana me traía un poema nuevo, escrito la noche anterior. Llegaba muy serio a mi oficina, y con voz solemne me decía:

“—Anoche pensé mucho en la comunión y se me ocurrió escribir esta **recitación**.

“Y, sin esperar mi consentimiento, me la leía acompañando la lectura de ademanes y gestos muy expresivos. Luego se quedaba mirando en el vacío, como preguntándose por qué razón se le **ocurriría** escribir esas cosas. Me ponía a continuación el papel en el escritorio y, sin aguardar mis comentarios, se retiraba. Al día siguiente se repetía la misma escena.

“Yo nunca quise publicar esos pinitos literarios por miedo a que la vanidad me frustrara al poeta, si bien le confieso que guardar el secreto de tamaño prodigio se me hacía cada vez más difícil. Tenía ganas de proclamarlo a los cuatro vientos.

“Pasaron cuatro años. Hasta entonces sólo conocía la existencia del ángel, del lado angélico de Rafael.

“Una noche estábamos ensayando en el coro con un grupo de Hijas de María. El sacristán me avisó que alguien deseaba verme en la oficina. Les rogué a los muchachos que me aguardaran un rato. La cosa me tomó bastante tiempo. Cuando venía subiendo de regreso, me sorprendió un susurro de voces. Resolví investigar; baje de nuevo sigilosamente. Acurrucados en un rincón, debajo del nacimiento de la escalera, Rafael y una de las muchachas mayores se besaban apasionadamente. La indignación me dejó sin habla; pero opté por hacerme el desentendido. Los culpables no me habían visto.

“Inútil sería decirle la cantidad de pensamientos, emociones contradictorias y dolores que me conturbaron en los próximos días. Al cabo, con una de esas simplificaciones a que son tan dados los que aman, resolví el conflicto. Me dije que él era inocente; que la chica lo arrastró. Él, claro, por candor, por una bondad mal entendida, se dejó llevar sin saber lo que hacía. ¡Vea cuán

ingenuo soy! Esperé a que Rafael me contara el suceso espontáneamente en la próxima confesión. Esperé en vano, por supuesto.

“Otros dos hechos aislados me hirieron el alma con la revelación de que mi niño no era tan niño, ni tan bueno. Uno, particularmente, me dejó un sabor muy desagradable. Perdóneme si lo paso por alto; hay cosas que vale más callar. Bastará con decirle que el incidente provocó entre nosotros una violentísima discusión. Confieso que perdí los estribos. Por último le grité:

“—¡No vuelvas más por aquí!

“Naturalmente, a los tres días yo mismo me encargué de buscarlo para hacer las paces.

Nuestra amistad prosiguió sin mayores alternativas, aunque él empezó a mostrarse innecesariamente cortés en mi presencia. Sentí que algo delicado y sutil se había roto para siempre entre los dos. Aquellas horas de abandono delicioso, del purísimo amor que nos unía en el arte y la belleza habían terminado; pero algo mucho más grave y profundo apuntaba ya a lo lejos...

Él se marchó a proseguir sus estudios en la capital. No tuvo siquiera la cortesía de escribirme. Un buen día recibí una revista en la que apareció el primer poema de Rafael que se publicaba. Aun cuando consideraba prematuro su **lanzamiento**, me alegré. Le escribí entonces una larga carta paternal, felicitándolo y poniéndolo en guardia contra los peligros de la vanidad. Su respuesta me dejó estupefacto. Se mostraba asombradísimo de que yo lo felicitara, cuando yo sabía perfectamente cuál era el origen de todos sus dones. Seguía una oscurísima alusión a su madre. En cuanto al peligro de la vanidad, me notificaba, en caso de que no estuviera enterado todavía, que ni los halagos ni los insultos podían hacer mella en él. “No estoy hecho —decía— para las voces que corren por el mundo. Todo lo que es, se me ha dado, y se me ha dado no porque yo lo haya buscado o rehuido, sino porque tenía que ser así. Lo que di, lo que doy, lo que daré no estaba en mi mano darlo o negarlo ya que no es mío y, sin embargo, **es lo que me hace ser lo que soy**. Su atento y seguro servidor, etc...” ¿Qué le parece?

“Entonces le escribí a un sacerdote de la capital, viejo amigo mío. Después de contarle lo indispensable, le rogué que lo cuidara y vigilara en la medida de sus posibilidades. Mi amigo lo tomó a su cargo: lo inscribió en el Conservatorio, y lo llevó a cantar a las principales iglesias de Panamá. Al tiempo recibí una carta del buen padre, rebotante de indignación. **En adelante tu pupilo tendrá que arreglárselas sin mi ayuda. No estoy dispuesto a tolerar ciertas cosas. ¿Crees tú, amigo mío, que es posible convencer al diablo de que vaya a misa?** Le escribí de nuevo pidiéndole que me contara lo ocurrido; pero no me contestó.

“Cuando Rafael vino a pasar sus primeras vacaciones, lo acoché a preguntas; pero me respondió con evasivas, y no quise insistir porque ya estaba irritándose y alzando la voz.

“Durante las vacaciones no me visitó con la frecuencia que yo hubiera deseado. Se dedicó a andar por todas partes con ese perdido de Orlando. Sospechaba algunas de las cosas que hacían. Una tarde lo llamé a capítulo y él, con el mayor descaro que cabe imaginar, me contó todas las porquerías en que andaba metido, con gran lujo de detalles. Tuvimos otro disgusto; perdí la cabeza y lo cubrí de improperios. Estuve una semana sin verlo. Tan cansado y decepcionado me sentía, que hasta pensé en cortar por lo sano nuestra amistad; pero luego de reflexionarlo, llegué a la conclusión que eso sería faltar a mis deberes de sacerdote.

“De nada valían los sermones, porque él era tan inconsciente que éstos no lograban atravesar la gruesa corteza de indiferencia que lo recubría. La palabra **inconsciente** es de dudosa propiedad en su caso. Yendo al fondo de las cosas, se da uno cuenta de que él era perfectamente consciente de todo. Era consciente y, sin embargo, una suerte de fatalismo le impedía oponer resistencia a las fuerzas que lo empujaban hacia la oscuridad. Y, cosa curiosa, cuanto más se hundía más puros eran sus ojos; más fresca y limpia su poesía y su voz; más amable su persona. ¡Ay, mi pobre ami-

go! ¡Cuán impotente fui, cuán inútil! ¡¿Cómo no pude defenderlo de su propio horror!

“Él volvió a Panamá a continuar sus estudios. Su fama empezó a correr de boca en boca. Yo sentía las manos que me lo arrebatában implacablemente. Mi alma se manchaba con los pecados que él estaba cometiendo en Panamá. Llegué a sentirme impuro, a renegar de la vida. Maldije mi incapacidad, la limitación de mi fuerza. Transido de pena y de miedo, pensé en su madre y en la noche de la tormenta que se extravió. Recordé a su padre, olvidando su deber supremo para con Dios, para con su hijo. Lo vi llorar la suerte de Rafael; sentí cómo las ondas de la locura invadían en círculos concéntricos su cerebro; lo pensé lleno de premoniciones, de presentimientos, de sueños asfixiantes. Y en mi suprema impiedad llegué hasta justificar su suicidio.

“Por fortuna mi fe posee raíces muy profundas, y pude reaccionar a tiempo. Mentalmente le reproché a Rafael la intranquilidad y las dudas que su vida arrojaba en la mía.

“Al año vino ya para quedarse a sufrir su suerte. Después de una breve pausa, prosiguió su orgía secreta y satánica. En sus peores momentos acudía a mí, para vaciar su corazón en el mío. Tenía tiempo de haber perdido la fe en las confesiones religiosas. Venía a buscar el padre que le faltaba. Largas horas hablaba contándome su perfidia, su ausencia de remordimientos, su incapacidad de experimentar angustia por lo que estaba haciendo. También me traía sus versos más íntimos, aquellos que no se atrevía a publicar. Anegado en llanto lo escuchaba ahogándome interiormente al no poder encontrar las palabras de consuelo o de perdón. En un paroxismo de impotencia lo oía en silencio, y en silencio lo dejaba partir. Por otra parte, él nada esperaba de mí. A mi casa lo empujaba diría que la necesidad de tener un testigo calificado de su infamia. En esas horas de silencio mi corazón rozó todos los tormentos que puede rozar el corazón humano con su reducidísima capacidad de sentir. ¡Para qué darle detalles de nuestras sesiones! Con lo que le ha contado Orlando puede

usted hacerse una idea. Yo, todo lo más, podría enriquecerle el panorama, no variarlo en sus líneas fundamentales. Hay más todavía, pero me obliga el secreto de la confesión a reservármelas. Aún no se ha agotado esta lista de horrores. Sólo voy a agregar estas palabras que deben parecerle abominables: cuando me enteré del crimen, pese al dolor que es fácil imaginar, no me asombré. Casi diría que lo esperaba. Era el final lógico de su vida. Otro desenlace habría roto el orden interno de la trama...”

El cura se incorporó. Tenían los ojos llenos de lágrimas. Con voz temblorosa suplicó:

—Y ahora, si me hace el favor de retirarse...— y con las manos en el rostro desapareció en el interior de la casa.

Una vez en la calle, encendí un cigarrillo. Un crepúsculo grandioso cubría el cielo. El campanario de la iglesia expulsaba centenares de golondrinas. A lo lejos, un inmóvil océano de oro, surcado por soñolientos botes. Un grupo de niños jugaba frente a la iglesia, en un solar vacío, gritando y riéndose a carcajadas. Me paré a contemplarlos. Aquél de allá se ve un poco pálido. Debe tener anemia. Luego apuré el paso, sintiendo que en las últimas veinticuatro horas había envejecido veinte años por lo menos.

Un curioso testimonio

Capítulo IV

En la mañana, la mujer de don Hernando fue al dispensario a hacerme una consulta médica. ¿Una casualidad, o es que, enterada de mi investigación, prefirió que nuestra entrevista se llevase a cabo en terreno neutral, y no en su casa, donde mi presencia podía despertar la curiosidad del marido? Sea lo que fuere, allí estaba con sus carnes firmes, su piel tersa, el revoleo lascivo de los ojos y los húmedos labios pintados sin medida. Mostraba, al sonreír, varios dientes de oro y una lengua muy roja. El pelo, negro y lustroso, se lo habían alisado en fecha reciente.

Después del examen la retuve a fuerza de chistes y de un sutil coqueteo, si bien a esta altura yo tenía la absoluta seguridad de que la consulta no era más que un pretexto, lo que se vio confirmado por la ansiedad con que se arrojó sobre mis preguntas. Por otra parte, su naturaleza apasionada y su nivel moral no la inclinaban, por cierto, a la discreción en materia amorosa.

Era una historia sórdida, carente de interés objetivo; pero tenía para mí la no despreciable virtud de ser el primer testimonio directo de una de las víctimas de Rafael.

Comenzó por relatarme, con una pasión que no justificaba la vulgaridad de los hechos desnudos, su primer encuentro con Rafael, en el curso de una fiesta de cumpleaños al término de la cual

durmieron juntos en el cuarto de una amiga. Ella había cedido más por curiosidad que por verdadero deseo. Resultaba original la idea de acostarse con un muchacho, un muchacho, además, que había alcanzado tanta notoriedad. En una mujer de su temperamento, el sexo ni es pecado ni es misterioso. El instinto presiona, y se aceptan sus demandas sin muchos aspavientos. Los remordimientos, los temores religiosos no rezaban con ella.

Y, sin embargo, en brazos de Rafael descubrió una nueva dimensión del placer, una dimensión deleitosa y aterradora. Ninguno de los muchos amantes que había tenido en el curso de una vida centrada en el amor le había revelado, con tanta fuerza, su condición de mujer; ninguno la había hecho tan consciente de sus propias posibilidades como dispensadora y beneficiaria del goce sensual. Algo tremendo ocurrió también esa noche: por vez primera asoció su espíritu a una empresa de la carne. Por vez primera, aquél participó activamente en la ciega función animal. Gozó con alma: un alma destinada a las tinieblas que ascendían de la sima insondable del instinto.

La lascivia y animalidad agradables de su cara habían desaparecido. Ahora sólo existía miedo, incomprensión, perplejidad. Una vida más, entre las muchas marcadas por la de Rafael. Machacaba, machacaba con insistencia cansona los detalles de aquella noche, tratando de justificar su arrebato.

¡Cuántas cosas me contó! Cosas que no quiero registrar, porque pertenecen al dominio más sombrío de la condición humana. Únicamente voy a consignar aquí dos recuerdos que me llamaron la atención.

Habían alquilado una casita en el campo, como a dos kilómetros del pueblo, en donde solían encontrarse siempre que podían. Por lo regular, Rafael la utilizaba como taller de pintura. Frecuentemente, pasaba días enteros encerrado en ella, con sus colores y pinceles. A unos cincuenta metros de la casa, corría una quebrada de aguas lentas y turbias.

En una ocasión, aprovechando la circunstancia de que don

Hernando había viajado a la capital en asuntos oficiales, fueron a pasar la noche en la casita.

Las doce. El mar, presa de una amenazadora inmovilidad, contiene la respiración. Ella se despereza, con la característica languidez del deseo satisfecho. Rafael fuma cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, impaciente, como quien está a la espera de algo. Súbitamente —de la arboleda o de la orilla del arroyo— brota un grito como de pájaro asustado. Una especie de bú, breve y seco. Rafael se incorpora en el lecho, sobresaltado, y presta atención. De nuevo se eleva el grito:

—Bú...

Una pausa, y de nuevo:

—Bú ...

Y el grito se va repitiendo con intervalos de quince segundos, cada vez más alto. Da la impresión de que el pájaro —o lo que sea — se está acercando.

—Bú... Bú... Bú...

El poeta salta de la cama y corre a asomarse a la ventana. Nada puede ver, porque es una noche oscurísima. Sin embargo, comienza a cerrar los puños violentamente y a llevárselos a la frente presa de gran agitación. El grito ya resuena al pie de la casa. Rafael saca la cabeza por la ventana y vocifera:

—¡Perra! ¡Perra cochina! ¡Perra! ¡Sucia, puerca asquerosa: ¿qué vienes a buscar, desgraciada?

En las tinieblas estalla un grito enloquecedor. Un lamento como el de los gatos cuando copulan, sólo que más escalofriante, sostenido y agudo. Simultáneamente, sienten el rastrillar de unas uñas gigantescas contra las paredes exteriores de la casa. Paralizada por el terror, la negra no se atreve ni a respirar.

En una confusión horrenda, se mezclan ahora los aullidos, arañazos, sollozos, con los insultos de Rafael:

—¡Perra! ¡Perra del demonio!

Al cabo de tres minutos eternos, la negra por fin entiende. Inmediatamente, extrayendo fuerzas de su pánico, entra en ac-

ción. Busca la bacinilla bajo la cama, la levanta en el aire y con el palo de la escoba se pone a aporrearla salvajemente. Lo que se halla afuera, se aleja aullando:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay...! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay...!

Rafael gira sobre sus talones y, tambaleándose como un borracho, corre a arrojarla a la cama. Tiembla de pies a cabeza y los dientes le castañetean como en un paroxismo palúdico. Abrazándose a la negra, cae en un sueño profundo del que despertó quince horas más tarde.

El otro recuerdo tenía el mismo escenario. Una mañana sintió la necesidad de ver a Rafael, y fue a la casita. Estaba vacía. Desilusionada, se disponía a retirarse, cuando un caballete arrinconado a la pared atrajo su mirada. El cuadro se hallaba cubierto por una sábana llena de manchones de pintura. Recordó en ese mismo momento que nunca había visto un cuadro de Rafael. Vencida por la curiosidad descubrió la tela, y sus ojos vieron un espectáculo extraordinario: por el centro de la tela corría un río cristalino pintado con mucho realismo. En la orilla, de frente al espectador, una bruja espantosa y desgreñada, de uñas como garras y senos podridos, contemplaba **el cadáver de Rafael inmerso en el agua**. Nada lo indicaba explícitamente, pero el rostro del poeta era el de un ahogado. Los ojos, vacíos de expresión, reflejaban pasivamente el cielo claro. Detrás de la bruja, y apoyando la mano en el hombro de ésta, un adolescente, muy parecido a Rafael, miraba la escena con ironía y satisfacción. Este otro personaje era muy parecido a Rafael; pero no era Rafael. Se diría que era un hermano de él o algo así. En sus pupilas ardía el mal. Y, sin embargo, era encantador. Como sólo Rafael sabía serlo.

Ella volvió a cubrir el cuadro, y se alejó despavorida. Estuvo varios días sin verlo. Lo evitaba cuidadosamente. La carne se le ponía de gallina cada vez que recordaba el cuadro. Un miedo enorme se asoció en adelante a la imagen de Rafael.

Pero una tarde él la poseyó de nuevo, y todas las sombras se disiparon ante aquel rostro luminoso.

Fragmentos de un testimonio (La tarde de ese día)

Capítulo V

—**N**o, no lo sé. Ni siquiera tengo una sospecha definida.
—Entonces hábleme de sus relaciones con Rafael. No es necesario que me dé los detalles íntimos.

—La verdad es que estoy desorientado. No me sobran motivos para sentirme satisfecho de mi vida. La naturaleza me ha dado, al par que mi defecto, un fino sentido moral, una conciencia muy aguda. Por lo mismo, mi envilecimiento no ha sido total. En medio del arrebato, una luz cruel me ha puesto en evidencia a mis propios ojos. Por eso me duelen las simplificaciones ajenas. **Fulano es así**; pero ¿qué sabe él de las manos que lo empujaron a su presente condición? ¿Qué sabe de la corriente interna que lo arrastra a uno a pesar de la resistencia, del bracear desesperado, de la voluntad de no mancharse? No pretendo mitigar mi culpa. Quiero, sí, ofrecerle elementos de juicio para que el suyo no sea demasiado severo. Algunos creen que a todas horas del día y de la noche andamos tras la satisfacción del ansia que nos define a sus ojos. Nada más falso. Tengo muchos intereses. Soy hombre culto. En mi juventud viajé mucho por Europa y Norteamérica; en un colegio colombiano hice

mi bachillerato. Estudié varios años la carrera de medicina. Tuve que abandonarla porque me sabía indigno de ella. Usted que, según mis noticias, es un buen médico, entienda lo que quiero decir.

—Sí, me doy cuenta.

—Pues bien, en el curso de mis andanzas tuve oportunidad de conocer todos los tipos de nuestra especie. Gente extraordinaria se cruzó en mi camino. Los años y los viajes me habían curado de espantos; pero la lección final me la dieron en Bocas del Toro. ¿Usted llegó a tratarlo a fondo?

—Creí haberlo tratado a fondo. Las revelaciones de estos últimos días me han convencido de que no lo conocía ni siquiera superficialmente.

—Comprendo... ¿Pero al menos esas tres personas le habrán pintado un buen retrato?

—Hasta cierto punto.

—Dice usted bien: hasta cierto punto. Porque hay que desconfiar del testimonio humano, siempre fragmentario y controvertible. Nadie, sino Dios, puede pintar el cuadro completo. Nadie, sino él, ha visto la escena desde todos los puntos y perspectivas.

—Me he dado cuenta de ello en estos días.

—Por eso hay que hablar con humildad y prudencia de lo que son y hacen los otros. Yo he renunciado a juzgar, a condenar. Cuando vienen a contarme cualquier infamia, cierro los ojos y rechazo la tentación de comentarla. A la hora de la verdad, cada quien pondrá en orden sus asuntos, y los actos en apariencia más absurdos puede que encajen perfectamente dentro de ese orden. Nadie nos autoriza a decidir si la acción era justa, si tenía razón de hacer lo que hizo. Le pido perdón por estas reflexiones, que son producto del cansancio, del mucho vivir y ver. Usted ha venido a plantearme un problema cuya solución jamás encontraré. Me pide que le hable de Rafael. ¿No sabe usted lo que me

pide! Cabría preguntarse si mi testimonio es válido, si no es demasiado parcial. El afecto —o como se llame el sentimiento que nos unía— no conoció estados intermedios, equidistancias. O era todo luz o pura sombra. Me sería imposible situarme en la perspectiva exacta para mirar con claridad, objetivamente, el corto trecho de camino que recorrimos juntos. ¿Juntos? Bueno, por lo menos al lado uno del otro. No creo que Rafael llegó a disfrutar de ese estado que se llama **compañía**. ¿Quién era capaz de acompañarlo? ¿Orlando, la abuela, el cura? Esos pobres diablos asustadizos carecen del coraje necesario para aventurarse en la oscuridad a solas con alguien tan inquietante como Rafael. No; él caminó solo, completamente solo. Los otros no éramos más que siluetas al borde del camino. En alguna mujer abrevó para calmar su sed, reponer fatigas y proseguir viaje. Lastimó a muchos, sin lugar a dudas. Pero ellos estaban condenados a ser heridos por él. No podía dejar de lastimarlos, aunque hubiera querido. Ellos fueron los responsables, por salirle al paso. Es a ellos a quienes hay que pedir cuentas por haberle dado ocasión de maltratarlos. Varios se suicidaron por él. Con toda el alma los maldigo por haberlo hecho. Usted debe considerarme un monstruo por hablar así, ¿no?

—En manera alguna. Le suplico que prosiga. Procuero entender.

—Bien; recordemos. Digamos con Calderón de la Barca: “y pues que la vida es tan corta, soñemos, alma, soñemos otra vez”. Soñemos... permítame que cierre los ojos, no aguanto la luz del día. Soñemos... así, en esta penumbra que me he creado, me parece verlo, sentado en la misma silla que ocupa usted ahora, leyendo con su voz aniñada y solemne el poema central de su segundo libro: *Falsos Testimonios*. Una mano lánguida, envuelta en la luz crepuscular, hace señales en el vacío a la terminación de cada estro-

fa. Los dedos subrayan la intención del ritmo. Tersos y límpidos se suceden los versos, evocando diafanidades profundamente reales. Algo, largo tiempo esperado por el aislamiento humano, está a punto de irrumpir en la alcoba. Su presencia ya se siente; el aire ralo del anochecer nos trae sus pasos y su fragancia. Yo estoy tumbado en la cama, esperando, esperando. Todas las frustraciones de mi vida se sedimentan, formando un asiento compacto e inmovible. Los ojos de Rafael arden con la luz que él ha extraído de su noche. La voz se eleva clara y distinta y, sin embargo, un silencio de muerte nos rodea. Al terminar, sus ojos buscan los míos. En los de ambos hay lágrimas. Quisiera hallar las palabras para perdonarlo, para consolarlo por tanta belleza; pero mis labios permanecen inexplicablemente sellados. No se despegan, no hacen el menor movimiento para permitir la salida del tumulto que me oscurece el corazón. Rafael, entonces, se incorpora y, guardándose el librito en el bolsillo, abandona la habitación sin despedirse. Yo cierro los ojos, aprieto los puños y colmo la soledad de imprecaciones, de preguntas blasfematorias... ¡Ah, doctor! Soñemos otra vez... remontemos el sueño hasta su cabeceira. Soñemos la vocecita que entona en la iglesia *Panem et Angelicum*. El maldito está allí arrodillado, pensando en las tinieblas asfixiantes de la carne. Helo ahí, en un banco, deplorando las concesiones que debe hacer para calmar su tormento; helo ahí hundido en el hondón de un desconsuelo sin nombre. Vívidas imágenes de podredumbre relumbra al fondo de sus ojos cerrados. De pronto, se eleva la vocecita. Al principio, el maldito cree estar soñando. Cree haberse vuelto loco; cree que Dios, en su infinita misericordia, ha escuchado al fin sus plegarias y enviado a alguien a rescatarlo. Y es Rafael el que, a punto de marchar por senderos aún más sombríos que los recorridos por él, nos entrega la pureza que no es suya, que nunca podrá al-

canzar. Hay un resquicio en el Paraíso; hay una puerta mal cerrada, y el maldito sabe ahora que es posible abrirla. Ese día me fue revelado... soñemos, doctor, soñemos estas escenas inocentes antes de que el sueño degenera en pesadilla y nos pierda. Soñemos, doctor.

—Lamento en el alma haberlo apenado obligándolo a revolver estos fantasmas.

—No se preocupe, doctor: aún sin estímulo exterior vivo revolviéndolos calladamente. Me hace mucho bien tener a alguien inteligente y comprensivo con quien compartirlos.

—Gracias. Prosiga.

—Bien. Continuemos. Volvamos la mente y el corazón al momento que hemos estado rehuendo, y que ni por un segundo se ha apartado de mi cerebro en el curso de esta conversación. Ahí reside todo el horror, toda esta espantosa equivocación cometida ignoro por quién. Pero ante todo, doctor, ¿Me creerá usted si le juro que al comienzo, y durante el tiempo que precedió a esa noche me había propuesto mantener limpias nuestras relaciones? ¿Que me había prometido no permitir que se ensuciaran? Mi conciencia puede atestiguar que cumplí mis propósitos, y que lo ocurrido no fui yo quien lo provocó. Yo alejé hasta lo último una escena que siempre gravitó —aún antes de tener lugar— sobre nuestras cabezas. Yo resistí hasta el final. Él fue el culpable. Él me arrastró abismo abajo... entonces supe que me había sido denegada la salvación. El infierno abrió de par en par sus puertas, y esa fuerza incontrastable que albergaba Rafael en su pecho me empujó adentro a empujones. La muerte se hizo carne. Esa noche comprendí qué gran desventura es haber sido señalado. ¡Oh, noche! Noche adversa: en tu regazo bebí hasta la muerte la sangre envenenada del cordero. La sombra se cerró sobre mi cabeza impura. Rafael, Rafael, vuelve a mí esta noche para revivir aquel momento. Vuelve, para nuevamente perder-

nos juntos. Vuelve, vuelve, Rafael, a la gruta, a la guarida del vampiro. Vuelve a leer en el silencio crepuscular de mi alcoba tu *Falsos Testimonios*. Para callar a la terminación de su lectura los dos. Vuelve... el corazón anhela volver a morir con la noticia de tu muerte...

—Le ruego que no se exalte, puede hacerle daño.

—Ya nada puede hacerme daño, doctor. Estoy más allá del sufrimiento y de la alegría. Indiferencia, desgano, son los únicos sentimientos que ahora soy capaz de experimentar. Ya nada podrá tocarme, jamás. ¡Nada, nada!

—Desde que inicié esta desgraciada investigación no he hecho más que lastimar a la gente exhumando viejas historias, desenterrando cadáveres convertidos en polvo por los años. No tengo palabras con qué expresarle mis sentimientos.

—No hace falta, doctor. Sé casi con exactitud lo que piensa. Usted es un hombre bueno y honrado. No debió meterse en estas honduras pestilentes. Sólo dolor y sorpresas desagradables puede traer la indiscriminada investigación del pasado. Al pasado hay que dejar que lo absorba la eternidad. Mire los hombres de este pueblo. Vea los estragos de un pasado latente. Mírelos a los ojos; observe el desvelo que apaga las miradas. El remordimiento puro, sin objeto ni contenido concreto. Escuche con ellos el jadeo que no les da reposo. Contemple el paisaje saturado de viejas cuentas por saldar. Medite en este crimen del que todos se sienten responsables directos o cómplices de pesadilla.

—Es cierto. El aire es irrespirable. Algo se gesta en la sombra.

—¡Es la misma sombra! Es el llanto sin causa, el llanto que perdura solo, más triste porque no se sabe qué lo ha originado. Es el llanto por el llanto.

—Es cierto: dentro de nosotros se llora algo irrepara-

ble. Algo nos hace falta; algo ha roto el precario equilibrio de nuestras vidas.

—Y ese algo ha cobrado muchas víctimas. Ese algo se ha llevado a Rafael para siempre.

—Sí; se lo ha llevado para siempre...

Apagué la luz de la mesita de noche, y, con los ojos cerrados, aguardé a que los dos comprimidos de amital sódico me trajeran el sueño. No podía dormir espontáneamente. Lo único que podía procurarme el descanso que necesitaba con urgencia eran los barbitúricos.

El fantasma de Rafael me había trastornado. Reflexioné que las bases de mi existencia eran sobremanera endebles. Mi mundo era frágil, y bastó un leve encuentro para que saltara en pedazos.

En este asunto cada vez aparecían nuevos cantos, y la madeja se desenrollaba y se alargaba hasta el **infinito**.

Con la palabra infinito resonando locamente en mis oídos, me dormí.

La marea en ascenso golpeaba mi sueño, socavando sus cimientos. El cementerio cercano relucía a esa hora, sin testigos, cubierto de afligentes fosforescencias.

La vida allegaba a la paz de las tumbas torpes avanzadas, tímidos intentos de recuperación. La hierba proliferaba en la tierra arenosa; los cangrejos cavaban ciudades profundas al lado mismo de los huesos. Cadáveres de ayer, cadáveres de hoy juntaban sus silencios para contener la invasión.

Una ola cubrió cierta tumba con espesa y crepitante espuma.

Dejemos, pues, el silencio y el cielo oscuro y, los cangrejos plateados, el moho y la humedad, y la tensión y la densidad del aire y las margaritas descoloridas y los montoncitos de tierra y las lápidas despintadas y de nuevo el silencio, el silencio aterrador.

Esa noche vi el rostro de Rafael en sueños. Volví a ha-

cerle la autopsia. Con una pinza diminuta descapsulé los riñones como si se tratara de un pequeño y delicado animal. Vi el buque fantasma y al pescador y a su mujer y al padre del pescador y a los arrecifes azotados por el mar. Se me apareció la serpiente y el tiburón ensangrentado en la playa, tendido a los pies de un negro gigantesco, y vi a los muertos trabajando febrilmente a la orilla de los ríos y en las copas de árboles y palmeras y en el centro de un mar tormentoso y bajo la lluvia y los truenos, y, de pronto, en la oscuridad, alguien me besó las manos.

En el cuarto de Rafael

(Al día siguiente)

Capítulo VI

Brutalmente, le hice un resumen de mis entrevistas con Orlando y con el cura. Comprendí, a medida que avanzaba en mi relato, que no estaba haciendo ninguna revelación. La abuela de Rafael lo sabía todo.

Imposible deducir por sus facciones el parentesco con Rafael. Era una viejecilla insignificante, encorvada por los años, arrugada, encanecida, de nariz ganchuda y labios finos. Sus ojos castaños tenían una expresión curiosa. **Casi todos se han muerto**, parecían decir. De cuando en cuando carraspeaba ruidosamente.

De la mortal angustia que había provocado el problema cardíaco no quedaba rastro. Parecía resignada. Tal vez había comprendido.

—En una palabra: ¿usted ha venido a mi propia casa a decirme que mi nieto era un monstruo? —me sorprendió el tono de absoluta indiferencia con que hizo la pregunta.

—Torpemente balbuceé una serie de excusas atropelladas. Hablé del ángel y la bestia que conviven en el hombre; repetí el lugar común de que el genio y la locura son hermanos; de que la vida de Rafael en nada afectará su obra, que ésta ha de brillar eternamente, confortando con su luz pura a los hombres.

—¡Ésas son puras pendejadas!— me interrumpió roncamente. Y, como siguiendo en voz alta el hilo de un discurso mudo—: Yo se lo había dicho a Josefina, que ese hombre no le convenía, pero

ella era tan terca. Yo le advertí que no se casara con ese alocado. Ahí estaba Hermenegildo, que tenía su buena finca con vaquitas y todo... nada de esto hubiera pasado si me hubiera hecho caso; pero estas muchachas de ahora no le hacen casos a sus mamás... ese muchacho era el demonio... no lo parecía... fue el río, la finca donde fue a temperar lo que tuvo la culpa... desde que el niño nació yo me di cuenta de que no era cosa buena... tenía algo en la frente... y toda esa cantadera y esa pintadera y esas cosas que escribía... y llegaba a casa siempre de madrugada. Él creía que yo no me daba cuenta porque nunca le dije nada... ¡toda esa plata gastada en el colegio en balde! Mejor la hubiera regalado o se la hubiera prestado a Tomás para el negocio de los puercos que pensaba hacer. ¡A cuarenta centavos la fibra la venden esos ladrones del mercado! Josefina jamás sufrió de los nervios de soltera... casarse y enfermarse... es que hay hombres que no sé lo que le hacen a las mujeres, como ese Aparicio, el de doña Hermelinda, cualquiera diría que las ojea... y luego se mató sin pensar en nadie. ¡Claro! Para eso estaba la idiota de la suegra, para cargar con el hijo, para cargar con ese... ¿ya le conté lo que pasó una noche, hace como dos años?

Fue un relato apasionado e incoherente. De aquel cúmulo de interjecciones, de pausas significativas, de guiños y carraspeos, logré sacar en claro lo siguiente:

Una noche, bien tarde, ella despertó sobresaltada. Del cuarto de Rafael venían unos estertores angustiosos. La vieja se levantó a prisa y echándose una sábana encima, atravesó corriendo el pasillo. Abrió la puerta. En la cama, el muchacho se debatía furiosa y desesperadamente, emitiendo un quejido de asfixia. Nada pudo distinguir en la oscuridad, pero daba la impresión de que Rafael sostenía una lucha a muerte contra un ladrón o un asesino. Ella le dio vuelta al conmutador de la luz. Rafael se inmovilizó simultáneamente con la claridad que inundó la habitación. Estaba solo. Ella, entonces, pensó tranquilizada que se trataba de una pesadilla. Rafael la miró angustiado. Al cabo, murmuró débilmente:

—Abuelita...— y le alargó los brazos en un ademán infantil.

La abuela se acercó al lecho y lo rodeó con sus brazos. Él dejó caer la cabeza en el regazo de la vieja, que se había sentado en el borde de la cama. Entonces ella le notó las marcas del cuello: huellas de unos dedos largos pintadas alrededor de la garganta evidenciaban el intento de estrangulación. La abuela, llena de ternura, le dijo acariciándole la frente:

—Hijo de mi alma, ¿quién...?

Pero él reaccionó y, tomándola por los hombros, la sacudió violentamente al tiempo que exclamaba con voz amenazadora:

—¡Ni una palabra de esto a nadie! ¡Oyó, mamita?

En seguida le rogó que lo dejara solo y que apagara la luz al irse.

Lo más curioso de todo, según la vieja, eran las partículas de barro adheridas a las marcas de la garganta.

—Nadie había entrado en el cuarto. Puertas y ventanas estaban cerradas. ¿Me quiere hacer el favor de explicármelo usted, ya que se cree que sabe tanto?— y me miró desafiantemente—. Cuando le digo que no era cosa buena... —prosiguió—. Otra vez, como a las dos de la madrugada, vino a mi cuarto y me despertó. Dijo que tenía miedo de quedarse solo en el suyo. Pasó el resto de la noche sentado en una mecedora junto a mi cama, fumando como un condenado. ¿Por qué tenía miedo, ah? Hum...“el que la debe, la teme”.

A continuación se ocupó del pasado, de la prehistoria de ese episodio que colmó su vida sencilla de emoción y que había culminado con la muerte de Rafael. Una vez conocido el desenlace, por supuesto, resulta relativamente fácil unir los hechos de modo que forzosamente desemboquen en aquél. Todo suceso, por insignificante que sea, adquiere insospechada importancia visto a la luz del desenlace.

No es de maravillarse, pues, que para la anciana el noviazgo de su hija con el padre de Rafael tuviera el carácter de una advertencia. Todo era un aviso: las llegadas de Josefina a altas horas de

la noche; las veces que los había visto besuqueándose por los rincones de la casa; los papelititos amorosos que había sorprendido en la cartera de Josefina.

Lo que más sublevaba a la vieja fue la forma truculenta en que habían llevado a cabo sus planes; el engaño de que se valieron para precipitar el matrimonio. **Me dijeron que ella estaba encinta.** La anciana, claro, tuvo que darles su consentimiento. Pasaron los meses, y como nada ocurría por ese lado, comprendió que se habían burlado de ella.

¿Por qué se opuso a aquellas relaciones? Bueno, era difícil explicarlo. Ese hombre no le inspiraba confianza. Se comportaba con extrema corrección; pero en su presencia la anciana experimentaba un sentimiento próximo al asco. Asco, ésa era la palabra. Asco cuyo origen nunca pudo determinar ya que, por lo demás, no era de mal parecer y vestía con mucha pulcritud y propiedad.

Yo escuchaba en silencio, presa de una molesta impresión de irrealidad, probable consecuencia de los barbitúricos que tomaba todas las noches. Lo cierto es que la cháchara de mi anfitriona no podía ser más incoherente e irresponsable. Saltaba de una cosa a la otra, confundía lastimosamente el tiempo de los verbos y la identidad de las personas. La mayor parte de su historia, apenas sí la insinuaba.

—Josefina, Josefina: ¡ten cuidado con ese bicho! — solía advertirle diariamente.

Pero Josefina, despreciando el consejo sabio y bien intencionado, fue a buscar la locura en sus brazos.

Cuando Josefina perdió la razón, al mes de nacer Rafael, la vieja, a pesar de que había vaticinado todo lo que iba a ocurrir, sintió renacer su amor de madre. Solícitamente, la rodeó de cuidados. Pasaba las horas en el cuarto del hospital confortando a Josefina. Todo en vano: su hija no la reconocía, ignoraba quién era esa mujer que sacrificaba el sueño para velar el suyo.

Sólo una vez, durante medio minuto, llegó a reconocerla. Sólo una vez interrumpió sus alaridos de posesa para dirigirle la pala-

bra. Fue en vísperas de que la enviaran a Panamá. La vieja arribó al hospital, como de costumbre sobre las seis de la tarde. Una vez en el cuarto, se sorprendió al ver en los ojos de su hija una mirada lúcida. **Me ha reconocido**, pensó llena de esperanza avanzando hacia la cama. A punto de abrazarla, vio otra expresión en los ojos de Josefina: el odio más feroz, un odio que temblaba también en las palabras con que la acogió:

—¿Qué vienes a buscar? ¡Ya me has hecho suficiente daño!

—¿Qué dices, hija mía. . .?— replicó la anciana, aconcojada.

—¡Tú sabes bien lo que le has hecho a tu hija!

—Pero no te entiendo.

—Sí me entiendes. ¡Vete de aquí, maldita! ¡MONSTRUO! ¿Sabes lo que has hecho? ¡TÚ HAS PARIDO A LA TULIVIEJA!

Y, con gran inquietud de mi parte, los ojos de la anciana se desorbitaron.

—¿Qué me dice usted de eso, ah?

Pero yo no tenía nada que decir.

—¡Las cosas que puedo contar!— exclamó—. ¡Podría hablar día y días!

Después que se llevaron a Josefina, la vieja fue a vivir en casa de su yerno para cuidar al niño, durante año y medio suegra y yerno vivieron como extraños bajo el mismo techo, rehuyéndose mutuamente. **Nunca hablamos, ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos la cara.**

Un día vino aquello, lo inevitable: el suicidio. El hombre que se casó con su hija valiéndose de un engaño que ella calificaba de tentación al diablo, y que se había visto recompensado por la trágica secuela de hechos— se pegó un tiro. Cuando llegó a su lado, aún estaba con vida. Estas palabras brotaron de su boca horriblemente desfigurada y ensangrentada:

—Quién lo... tra... jo...

Expiró sin tener tiempo de completar la pregunta, sin oír la respuesta que a ella le quemaba los labios.

A continuación, la carta del suicida trabajosamente leída jun-

to al cadáver todavía tibio; la carta apresuradamente redactada, en que le legaba sus bienes y le echaba encima ese peso mortal que se llamó Rafael.

—Dígame usted ahora, doctor, ¿qué culpa tenía yo de lo ocurrido? ¿Fue culpa mía que ella se hubiera vuelto loca, que él se pegara un tiro? ¿Qué tenía yo que ver con el nacimiento de Rafael? Yo no engañé a nadie fingiendo estar encinta. Contésteme, doctor. ¿O es que usted opina que sí tengo culpa?

Por un momento el rostro arrugado perdió algo de su ferocidad. Una sombra de nostalgia le endulzó las facciones consumidas por los años. Prosiguió con menos aspereza:

—¿Por qué cree usted que pasarán estas cosas?

Me encogí de hombros. La vieja continuó:

—Ni ella ni yo merecimos esa suerte. Ni él. A veces me pongo a pensar que ni el mismo Rafael merecía ser lo que era, merecía que le pasaran las cosas que le pasaron.

Una angustia indescriptible se apoderó de su voz:

—Nadie es libre de ser lo que quiere ser. Nadie puede...— y el dedo índice señaló en dirección al poniente.

Una pregunta que venía atormentándome acudió espontáneamente a mis labios:

—Dígame una cosa, señora, con toda sinceridad: ¿Rafael se parecía a su padre? Físicamente, quiero decir.

—¡Hum... quién sabe! —fue la cansada respuesta—. Y además, ¿qué tiene que ver eso en el asunto?

Luego se desvió para ocuparse directamente de Rafael. Manifestó que no tenía objeciones de principio que hacerle a las ocupaciones del muchacho. Que cada cual haga lo que debe hacer. No todos han de ser comerciantes o agricultores. Al fin y al cabo, alguien tiene que escribir los libros y la música que anda por ahí. No; a ella no le quitaba el sueño la poesía de Rafael. Lo malo, aseguró, era el origen turbio de la claridad. Lo peor era que la vocación del muchacho estaba vinculada con la locura de la madre, con su muerte, con el suicidio del padre. Es más: la pure-

za que todos ven en sus escritos, apoyábase en la depravación de Rafael. En realidad no podía explicarlo bien; pero resultaba evidente —para ella, al menos— que Rafael se veía obligado a hacer su negra vida para conservar limpia su poesía.

Pensé en Goethe, pensé en *Werther*. Sí, el caso era idéntico, sólo que a la inversa. Goethe ennegreció su obra para aclarar su vida y Rafael encharcó su vida para purificar su obra.

—Fíjese bien— dijo la voz cascada—, él se escondía para escribir sus cosas. Como si estuviera haciendo algo vergonzoso.

Sí; la creación poética en el fondo se emparenta trágicamente con el onanismo...

Cada vez que Rafael escribía, se preparaba increíbles cerros de emparedados, como si el desgaste físico fuese enorme y tuviera que compensarlo con mucho alimento. Frecuentemente trabajaba hasta la madrugada; cuando ella se levantaba a hacer sus **necesidades**, veía la luz filtrándose por las rendijas de su puerta cerrada. El ruido de la pluma al correr sobre el papel rasgaba el silencio de la casa. Y lo más asombroso era que al día siguiente se veía como repuesto: el rostro fresco, los ojos negros más luminosos que nunca. Probablemente había pasado la noche en claro, pero nada en su aspecto lo indicaba.

—Usted que es médico, ¿podría explicarme eso?

No; no podía, y no lo intenté siquiera.

Lo más penoso era que entre nieto y abuela existía un tácito acuerdo de no hablar de estas cosas, ni del pasado. La vida hogareña transcurría normalmente, como si ella nada supiera; pero sí sabía, y Rafael no ignoraba que sabía. No obstante, ambos callaban su amargo conocimiento.

—Pues, sí. Como le iba diciendo...

No sólo trabajaba hasta altas horas en sus poemas, sino que, muchas veces —estaba segura— lo hacía después de haberse hundido varias horas en el calor animal de un lecho femenino.

—De la cama a las nubes, como quien dice.

Rafael también pintaba mucho. Casi todas sus telas —salvo

dos o tres paisajitos inofensivos que iluminaban otras tantas salas —las guardaba en un baúl mohoso y herrumbrado. **Nadie llegó a verlas.** Nadie, ni ella misma. Rafael conservaba siempre la llave en el bolsillo. Muchas veces, en los días de limpieza general, le había suplicado al poeta que le permitiera sacar el baúl, desempolvarlo y exponerlo al sol; pero él se indignaba cada vez que se lo proponía.

—¡No quiero que nadie lo toque, abuelita!

Pues bien, una semana antes de su muerte, a horas avanzadas de la noche, la abuela oyó ruido de pasos, y se levantó. Por la ventana alambrada, presencié la siguiente escena que se desarrollaba en el patio:

Rafael vaciaba el contenido del baúl sobre la hierba. Hizo una pila informe de telas pegajosas, la roció con querosén y le prendió fuego. Por último, con un hacha, despedazó el baúl.

—¿Qué cosas pintaba Rafael?

La anciana propuso a mi consideración tres problemas:

1) ¿Por qué razón quemó sus cuadros apenas una semana antes de su muerte? ¿Acaso sabía que iba a morir y se preparaba para el evento?

2) De ser así, ¿qué relación tenía el contenido del baúl con el crimen?

3) Las pinturas, ¿tenían algo que ver con la identidad del asesino? **¿Acaso Rafael estaba interesado en que su asesino no viera los cuadros? A lo mejor éstos delatarían al criminal, y Rafael no quería que eso sucediera; no quería que la justicia les echara mano...**

Estas cuestiones no me las planteó con tanta claridad; las deduje de las palabras sibilinas que se atropellaban en su boca.

La vieja se acomodó en su mecedora en la actitud de quien aguarda una explicación solicitada; pero yo me limité a revolverme nerviosamente en mi asiento. Luego encendí un cigarrillo, siguiendo con los ojos el camino que recorría el humo al ser liberado. Por otra parte, era obvio que la vieja en realidad no espera-

ba ninguna respuesta. Las preguntas se las formulaba a sí misma. Ni una sola de las respuestas que se le ocurrían la satisfizo, porque de pronto exclamó:

—Qué enredo, ¡cada vez lo entiendo menos!

Después de otra media hora de penosa conversación, logré que me permitiera ir al cuarto de Rafael. Cuando le comunicé mi deseo, saltó literalmente de su asiento y me clavó una mirada iracunda; pero al final vencieron mis dotes de persuasión. La vieja me acompañó hasta la puerta, donde me dejó con las siguientes palabras:

—Entre solo, doctor. Yo no quiero mirar más ese cuarto.

Vacilé en la entrada. Sentía una gran opresión en el pecho, como si fuese a darme un infarto. Tuve que forzarme a franquearla.

Emoción indescriptible. El aire estaba lleno de Rafael. La cama desnuda mostraba los resortes; habían quemado el colchón ensangrentado. Avancé unos pasos. Me puse a examinar los libros de la pared. Una ráfaga de pureza familiar me dio en pleno rostro, obligándome a entrecerrar los ojos. Ahora el armario. Como si cometiera una profanación, abrí la puertecilla. Dentro se alineaban los trajes de Rafael. Lucían particularmente vacíos. Registré bolsillo por bolsillo sin hallar más que los objetos corrientes: un cortauñas, una cajetilla de cigarrillos, otra de fósforos. Volví a cerrar.

Hacia la cómoda. Caminaba en puntillas, por respeto a la presencia que aún no había tenido tiempo de ir a reunirse con su dueño. El espejo del mueble me devolvió mi imagen, turbiamente. Las primeras dos gavetas albergaban la ropa interior y las camisas del poeta. En la última se juntaban su infancia y su adolescencia: una pelota de tenis, vieja y sucia; una cuerda de pescar; unas canicas rotas; un cortaplumas herrumbrado; partituras de música, navajillas de afeitar, desodorantes.

La fotografía de García Lorca atrajo mi atención. Extraño mundo éste, pensé, en que los poetas mueren de muerte violenta.

Ahora el escritorio. La gaveta del centro estaba cerrada con llave. Tuve que violarla valiéndome de un destornillador que hallé

en la mesita de noche. Apareció un cartapacio lleno de hojas de papel escritas a máquina. Eran poemas, algunos en prosa. Un título llamativo: “Sermón Nocturno”. Me prometí leerlo más adelante. Ahora debía consagrarme exclusivamente a la búsqueda de pistas, por más ridículo que me sintiera en mi papel de detective. Otro título... un escalofrío me recorrió el espinazo. Me entró un miedo infantil. “El Llanto de la Tuliveja”. No me atreví a leer el texto.

Con manos temblorosas repasé hoja por hoja el contenido del cartapacio. La última página había sido escrita a mano, con letra casi dibujada. Se llamaba “Testamento”. Decía:

“Si acaso la muerte me sorprende sin darme tiempo a poner en orden mis cosas, deben tomarse las siguientes disposiciones:

“1) La parte de mi obra poética aún inédita, hay que quemarla. Las cenizas, dentro de una urna, se arrojarán al Río...

“2) Mi ropa y demás artículos personales deben incinerarse también. Quiero que las cenizas descendan a la tierra conmigo. Y los retratos. Por ningún motivo se le permitirá a nadie conservar algo mío como recuerdo;

“3) Es mi voluntad que mi tumba consista únicamente en un montoncito de tierra. Nada de lápidas, ni de inscripciones, ni de fechas, ni de cruces. Una prominencia anónima. Si alguien de la capital llega con intenciones de visitarla, no le indiquen su ubicación;

“4) Cualquier rincón del cementerio me vendrá bien, excepción hecha de la vecindad de la tumba de mi padre. Deseo que me entierren lo más lejos posible de ella;

“5) Nada de aniversarios, nada de discursos ni de elogios póstumos. Si algún imbécil de anteojos pretende leer un estudio crítico sobre mis restos, deben impedirselo empleando la fuerza si fuere necesario.

“Y nada más. Que estas disposiciones se cumplan al pie de la letra.

Rafael”.

No tenía fecha. La miré largamente, preguntándome ¿qué significa, al fin y al cabo, este testamento? De modo que el poeta sabía que iba a morir. Y pronto, a juzgar por las recomendaciones. Ahora bien, según mis noticias y según el examen post-mortem que le practiqué, revisando órgano por órgano, Rafael no padecía ninguna enfermedad que pudiera poner en peligro su vida. Sí; la muerte que esperaba era violenta. Un asesinato, porque las palabras iniciales “si acaso la muerte me sorprende” descartaban la posibilidad de que estuviera pensando en el suicidio.

Doblé la hoja, y me la guardé en el bolsillo. Luego devolví al cartapacio el resto de su contenido. Lo puse a un lado, y seguí registrando. Encontré una libreta. Su contenido era muy diverso: apuntes a lápiz del paisaje; rostros expresivos de negros, rostros hieráticos de indios; versos sueltos; citas de los clásicos. En el centro de la libreta, cuidadosamente doblada, una carta escrita con tinta verde y letra primorosa. La fecha correspondía a la semana anterior. Voy a transcribirla:

“Amado mío: sentí en el alma que no acudieras a nuestra cita de ayer. Te esperé más de una hora, al cabo de la cual me fui a casa furiosa contigo (y conmigo, por hacerte caso); pero hoy en lo único que pienso es en volverte a ver. Si no vienes esta tarde, me moriré y tú serás el culpable. ¿Por qué me habré enamorado de ti? ¿Por qué serás tan ingrato? Te adoro con locura. Ven, por caridad...”

Eso era todo. Empero, estrujé el papel violentamente como esperando algo más. No tenía firma. Una nebulosa danzaba frente a mis ojos irritados. Mi memoria quería asirse de algo. Miré de nuevo la letra. Y de pronto, como un relámpago cegador, se hizo la luz en mi cerebro. La sangre acudió a mi rostro en oleadas ardorosas, y la vista se me nubló. Las rodillas iniciaron un loco temblor por su cuenta. El corazón me latía sin ritmo, desordenadamente, punzantemente.

Haciendo un esfuerzo desesperado, logré echar mano de la

silla y me dejé caer en ella, abrumado por la súbita revelación. Abrazándome las piernas, apoyé la frente sobre las rodillas.

—¡Dios de mi vida! ¡Dios mío, Dios mío!

Inesperadamente, desde el fondo de mi amargura, una vocesita formuló esta frase:

“Rafael: ojalá no hubieras muerto para tener el gusto de asesinarte personalmente, con mis propias manos”.

•••••

La vieja me contempló con ojos risueños mientras que yo, blanco y tembloroso como una hoja de papel, abría la puerta. Ya estaba yo en la calle, cuando la voz cascada me preguntó en un tono imposible de describir:

—¿Encontró lo que buscaba, doctorcito?

Epílogo

“...mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor y fenecieron sin esperanza. Acuérdate que mi vida es viento, y que mis ojos no volverán a ver el bien...”

JOB 7: 6 y 7

Es una mañana resplandeciente. Nubes blancas se apelotonan en el cielo, separadas por enormes espacios de un azul purísimo. El sol ha vuelto a salir después de muchos días de lluvia, de vientos huracanados, de relámpagos cegadores y de truenos. Luce más poderoso que nunca, irradiando un calor acariciante que llega hasta el alma y la conforta.

El invierno, los aguaceros torrenciales, el viento del sur desatado obran un efecto especial sobre el ánimo de la gente. Todos se reconcentran en sí mismos, se hunden aún más en sus penas personales. Las relaciones humanas se reducen entonces a una serie de monosílabos, de gruñidos impacientes. Recuerdos negros que yacían enterrados en el poso de la memoria brotan a la superficie profundizando las arrugas del rostro, empañando las miradas. Es entonces cuando las frustraciones y los amores contrariados; las ofensas inferidas; la palabra dicha a destiempo; el silencio inoportuno, el callar cuando no se debía nos cobran desde el fondo de los años su deuda en noches de insomnio o en sueños color de sangre poblados de gritos y de pausas asfixiantes.

Sí; el invierno es mal asunto. Mujeres acodadas al balcón contemplando la lluvia, absortas en el ruido que hacen las gotas so-

bre los techos de zinc al levantar soñolientamente la herrumbe acumulada. Hombres con las manos en los bolsillos, frías más que por la humedad, por la sensación de lo que han hecho o dejado de hacer con ellas. La fatal pesadumbre del paisaje se impone a todos por igual, irresistiblemente. En tiempos normales, los bocatoreños son ciegos y sordos. Oyen al viento enloquecido de miedo en las copas de los árboles como quien oye llover. Miran sin ver los reflejos ardientes del sol sobre la bahía (porque cuando ese prodigio, ese milagro increíble se repite día tras día, deja de asombrar), el acrecentamiento del verdor de la vegetación, la luna llena que trepa hasta la almohada advirtiéndoles en vano la existencia de Dios.

Mas con la llegada del invierno, el paisaje avanza hasta el proscenio, relegando hacia un remoto segundo plano todo lo demás. Nos duele entonces la niebla que sofoca la cordillera. Nos duele el sostenido duelo que libra el mar con las leyes de la naturaleza. La frente se empaña ante el vaho mortal que flota sobre los manglares.

La súbita revelación de la belleza del paisaje es casi tan terrible y sobrecogedora como la súbita revelación de Dios. Algunos privilegiados disponen de consuelos; pero los que carecen de ellos, deben enfrentarse inermes y solos con una tremebunda realidad para la que no están hechas sus pobres almas.

La belleza del paisaje, interpretada por un pintor, nos toca el alma con un sentimiento dulce, a lo sumo melancólico. Sentimos que el encanto de la tela reside, no en lo que representa, sino en su interpretación. Lo que nos entenece no es del árbol o del río, sino una añadidura del artista. Pero la belleza del paisaje mismo, ¡Dios mío! ¡qué emoción misteriosa y arrebatadora!

Sí; es el invierno el que nos trae esos quebrantos. Las aves marinas desaparecen como si se las hubiera tragado el cielo turbio. De noche los gatos, mientras copulan con furia infernal sobre los tejados, dejan en libertad a los niños que llevan dentro, prisioneros. No es raro, entonces, que la adolescente se ponga a llorar pensando en

la crueldad incomprensible de la vida y en la indiferencia de ese galancete presuntuoso del bigotito recortado...

Pero, a Dios gracias, todo eso ha quedado lejos, muy lejos. El sol ha vuelto a salir, y los pensamientos y emociones molestos han ido a esconderse o se han refugiado en el pecho de los locos, de los dos o tres locos que deambulan por las calles del pueblo, invernados para siempre.

La vida ha vuelto hoy por sus fueros. El sudor, contenido por el frío pegajoso de los días pasados, sale de nuevo por todos los poros de la piel. Los cuerpos han recobrado sus viejos olores.

Los niños van a clase, demorándose en las esquinas, maravillados por las hormigas que, en fila india interminable, arrastran su botín de hojas verdes. Semejan animales prehistóricos en miniatura con esas gíbas artificiales. En aquel poste, un perro levanta la pata, indiferente a la joven maestra de escuela que apura el paso. La niña que durante tres semanas se ha debatido con una tifoidea, abre los ojos soñolientos al día que nace al pie de la ventana del hospital. Está débil, pero es una debilidad dulce y placentera. Una fragancia exquisita de mangos le hiere la nariz. Ha sonreído; hoy se inicia su convalecencia.

El pescador se hace a la mar, contento de reanudar —después de tantos días— su trabajo; por la noche tomará su buena sopa de pescado, y luego podrá ingerir unas cuantas botellas de cerveza helada en compañía de ese maestro de escuela retirado que es tan buen amigo suyo y tan buen conversador.

El panadero extiende sobre la mesa humeantes hileras de pan recién asado.

El conserje municipal amontona a la orilla de la calle las hojas secas y basura del Parque Bolívar. Debe darse prisa, porque de un momento a otro pasará el camión de la basura.

La joven esposa del sastre anoche dio a luz unos mellizos, y ahora sonríe, perdida en un cielo de tierna bobería. La noche de dolor, la tormenta, los alaridos de posesa parecen tan lejanos como si desde entonces hubieran transcurrido quince años.

El portero del juzgado esta mañana desayunó apenas con una taza de té hecho con hojas de limón y un pedazo de yuca hervida; pero es una estampa de la alegría y del optimismo. De bruces sobre la ventana del despacho, situado en el piso alto del Palacio Municipal —la única construcción de Bocas del Toro que merece el título de edificio— contempla con ojos rientes la calle animada por la algarabía de los niños y los gritos de los adultos que conversan de acera a acera.

Nuestra historia se acerca a su fin, y quisiéramos que un poco de la claridad y de la luz que inunda al pueblo cayera sobre ella. Lo deseamos de todo corazón, pero. . .



Hoy, precisamente, se cumple el primer aniversario de la muerte de Rafael. Algún amante exaltado de su poesía ha publicado, en una página literaria, un ditirámico artículo conmemorativo. Un poeta amigo ha escrito unos versos en su honor que pálidamente recuerdan el ritmo único de los que solía escribir Rafael.

En la ciudad de Panamá, una dama elegante, recostada lánguidamente en un diván de cuero, se llena de nostalgia mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo. Cerca, o lejos, su marido se hunde en un mar de guarismos para sacar en limpio el monto total de las utilidades del negocio que sostiene el lujo de la casa, los elegantes silencios y las crisis neuróticas de su mujer.

Muchos otros —muchas otras— en la ciudad capital recuerdan este aniversario con los sentimientos más encontrados.

Aquí, en Bocas del Toro, una negrita adolescente, de cuerpo escultural y dulce rostro, se dejará llevar por el mismo dolor que la atormentó hace justamente un año. Se hará de nuevo las mismas preguntas una y otra vez, contemplando el árbol de fruta de pan que se alza en el patio de su casa.

Pero, en general, son pocos los que saben que hoy se cumple un año. Ni el gobierno, ni el municipio han expedido decreto alguno invitando a guardar el día. Hace tiempo que el estupor del

pueblo fue absorbido por los cuidados de la vida diaria, por la marcha de los asuntos públicos y privados. El caso no se ha olvidado del todo. En las conversaciones de sobremesa o de cantina, surge inesperadamente, se le concede un minuto de pensativa atención y desaparece de nuevo. Lo mejor es no hablar de estas cosas horribles, lo mejor es olvidarlas. Alguien dirá de improviso, en una tertulia, provocando un murmullo general de asentimiento, que Rafael era un muchacho muy simpático, muy inteligente. Después, todos hablarán de la pesca de la tortuga o del campeonato interprovincial de baseball o de las aspiraciones políticas de Fulano. A pesar de que el crimen ocurrió apenas el otro día, ha ido a engrosar el pasado, la historia, a la par de las otras atrocidades cuyo recuerdo de nada sirve conservar porque arrojan una sombra desagradable sobre la reputación de Bocas del Toro. Sí; son muy pocos los que en esta mañana esplendorosa recuerdan a Rafael.

En el cementerio, un grupo de los que fueron sus amigos se reúne alrededor de su tumba. Son los testigos; los que podrían decir unas palabras de cargo o de descargo.

Sí, Rafael. Tu tumba no ha podido permanecer, como era tu deseo, en el anonimato. Son muchos los que saben que esa prominencia es la que cubre tus huesos. Fácil le resultaría a cualquiera dejar caer sobre ella una lágrima o una maldición. Alguien ha evitado piadosamente que la maleza se cierre sobre el montoncito de tierra. Una corona de vivos colores acaba de ser depositada sobre el sitio donde deben reposar tus pies. En ella, entrelazados a rosas, margaritas y dalias, hay unos cuantos jazmines deshojados y marchitos.

Sí, Rafael. También hay jazmines sobre tus restos. Hay jazmines, Rafael, la flor que tú tanto amaste hasta convertirla en un símbolo de todo lo que te era extraño, lejano e intensamente añorado. La flor que ahora mismo querrías aprisionar en tu boca descarnada en lugar de polvo y de perdón: Tus dedos ya no podrán sentir en sus yemas esa sedosidad exquisita; pero allí están, so-

bre este túmulo en torno del cual se agrupan ahora tus amigos. ¿Tus amigos? Bueno...

Ahí está, las manos trenzadas a la altura del pecho, el padre González. Sus labios se entreabren en silenciosa plegaria. Sus ojos lacrimosos vagan sin objeto. Cuando camina, su paso es vacilante y pesado. Se ha transformado de golpe en un anciano. Ya le cuesta mucho madrugar. Cuando los domingo dice su sermón, la voz no encuentra el tono indicado, y su pensamiento suele extraviarlo por las selvas más sombras de su fe. A veces no se sabe si habla para el público o si reza para sí, tal es de bajo el tono que emplea ahora. Las confesiones lo dejan indiferente. Con un bostezo ahogado administra la penitencia. A veces ésta es completamente desproporcionada a la falta. O excesiva, o insignificante. Es como si hubiese extraviado el sentido de la culpa. Le cuesta tasar el mal y establecer una escala equilibrada entre el pecado y el castigo. Su pobre corazón sólo late con cierta vida cuando el crepúsculo implacable le trae tu recuerdo lleno de sombras. Sólo entonces logra conversar con Dios.

All est también Orlando, de pie, con las manos irreverentemente hundidas en los bolsillos de su pantalón. Anoche tom más de la cuenta, y hoy tiene los párpados hinchados, la lengua saburral, los ojos enrojecidos, el rostro abotagado. Este último año ha sido fatal. Se ha vuelto a ver en ls con la policía. Le levant la mano a una mujer en una cantina; le echaron quince días de cárcel. Después fue una riña de juego; otros quince días. Ese camino lo llevará al presidio; pero, por el momento, all est, con ganas de hundir el rostro en tierra y echarse a llorar.

A su lado, Carmen. Esa palidez que fue lo único que te contuvo, evitando que sobre ella cayeran tus ansias nocturnas, se le ha acentuado en forma increíble. Profundas y anchas ojeras hacen de su rostro algo sumamente penoso de contemplar. Trae puesto un vestido, blanco, cuyo cuello almidonado le irrita la piel. Una mantilla, también blanca, le tapa los cabellos. Un temblor incontenible le bate los labios exangües. Es la única que llora sin to-

marse la molestia de disimularlo. La mano derecha, casi transparente, estruja convulsivamente un pañuelito rosado, húmedo y oloroso. Se diría que lleva su sombra, esa extraña compañera que nos dio la vida, por dentro, apagada y cenicienta. Está agazapada en su interior, a la altura del diafragma. Cuando se alce unos centímetros, y la cascada tenebrosa de la cabellera se extienda sobre el corazón, morirá. El doctor Martínez, a su derecha, lo sabe. Por eso la mira con disimulo, despidiéndose silenciosa y desesperadamente.

Allí está también Leonor. Como de costumbre, es imposible deducir por su rostro los pensamientos que revuelve.

Perdóname, Rafael, que abandone ahora este semi-diálogo, este truco literario. Me importa aproximar más aún al lector a la intimidad mental de esta encantadora mujer.

Los ojos verdes tienen la expresión normal, un poco intimidante como vimos al principio, y no permiten leer en ellos otra cosa que no sea un respetuoso recogimiento. A veces contempla a Carmen con afectuosa solicitud, con cierto aire protector. Su mirada roza ocasionalmente, como por casualidad, el rostro pensativo del doctor Martínez.

Acerquémonos aún más, abusando un tanto de nuestra privilegiada posición de narrador. Pensemos los pensamientos de Leonor. Dejémosnos llevar con ella por ese ensueño en que la sume el recuerdo. ¿Qué pasa por su mente cuando los bellos ojos se detienen en los otros?

Recuerda a Rafael. Recuerda la forma peculiar que tenía de sonreír, mostrando los dientes pequeños y regulares. Recuerda las pestañas larguísimas, defendiendo los ojos del resplandor del sol. Recuerda los dedos largos, de articulaciones nudosas, los ademanes asombrosamente parecidos a las palabras cuando una frase exigía especial claridad. Recuerda la cabeza bien conformada; los cabellos negros y cortos. Recuerda la cabeza que dejó caer en su regazo por primera vez hace ya cuatro años (Cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo!). Recuerda los labios in-

fantiles pegados a los suyos en el beso más raro y delicioso del mundo.

Fue en una tarde calurosa, a pleno sol, a pocos pasos del mar, sobre la arena quemante. En una isla vecina...

Recuerda el baño de mar; el gozo indescriptible de Rafael al arrojarse contra las olas espumosas que venían a morir con gran estruendo en la playa; los gritos alegres y el temor que sigilosamente acechaba en sus pupilas. Recuerda la admiración infantil ante el arrojamiento de ella.

A la media hora el muchacho estaba exhausto. Se acostó boca arriba sobre la arena, negándose a dar un paso más. Ella se le acercó, sonriendo burlesco.

Recuerda el silencio que los envolvió, únicamente turbado por los chasquidos del océano, Y volvió a verse sentada junto a Rafael quien, con los ojos cerrados, aparentaba dormir.

Recuerda vagamente el inicio de la conversación. Recuerda los ojos negros horadantes; recuerda la delicadeza con que él le tomó la mano, inocentemente, como obligado por un giro de la charla. Luego el ademán de abandono, de cansancio con que apoyó la cabeza sobre sus muslos. No olvidará el hondo impulso maternal que la impulsó a acariciar su frente. Y cómo, inmediatamente, sin poder contenerse, bajó la cabeza y pegó su mejilla a la del poeta, estrechando los ojos, dejándose arrebatar por una ternura que nunca se creyó capaz de sentir. El entonces la miró con ojos en que ardía una luz ardorosa e implorante de niño enfermo. Recuerda las manos que aprisionaron su rostro suavemente, forzándola a buscar sus labios infantiles. Recuerda la escena que tuvo lugar a continuación, en un pequeño claro entre dos rocas gigantescas...

Recuerda la fragancia que les traía el viento, fragancia de **ilán-ilán**, y el rumor sedante de las olas y la absolución del cielo y la poesía profunda...

Sus ojos miran ahora al padre González, descubriendo arrugas y años que nunca le había notado. ¡Cómo ha envejecido!, piensa.

Y bajando la vista, busca entre las flores de la corona el resto de sus recuerdos.

Ahí está también el doctor Martínez. Este año también le ha dejado su huella en las sienas. Tiene un aire grave, de pensativa madurez. Los ojos llevan una dolorosa luz de comprensión a todo lo que miran. Han adquirido una expresión dura. Hay como un reproche en la amarga fijeza con que considera a personas y cosas. Sólo cuando se posan en Carmen se aclaran, se suavizan, se cargan de solidaridad humana.

Ha aprovechado debidamente el año, excepción hecha de aquellos días primeros en que anduvo perdido en una selva inextricable en la que se internó solo, sin armas y sin guía. ¡Cómo fue herido, entonces, por las zarzas y las serpientes venenosas y los animales repulsivos de un submundo de pesadilla! Le desgarraron en girones la carne y el espíritu. Aunque viva cien años, no logrará restañar las heridas.

Pero desde entonces es mucho lo que ha aprendido en sabiduría del corazón y del cerebro. Está ahora mejor equipado para vivir y entender la vida. Está mejor preparado también profesionalmente. Es mucho lo que le ha enseñado esta malsana zona tropical. Después de la borrasca sentimental, se puso a estudiar de firme, con absoluta dedicación. Lo menos cuatro horas diarias le dedica a la lectura de los voluminosos y abstrusos libros de su profesión. El servicio médico y quirúrgico que presta a la población el hospital de Bocas del Toro mejoró visiblemente. Por eso todos lamentan que se vaya mañana definitivamente: al mediodía, un avión se lo llevará a Panamá, donde lo aguarda una buena posición en el hospital Santo Tomás. Martínez quisiera quedarse, pero sabe que eso es imposible. Ya nada lo retiene en estas islas melancólicas. Hay otra razón para que apresure su viaje: no le gustaría asistir a la muerte de Carmen. En un par de semanas, todo habrá terminado para ella. El médico la mira de nuevo, ahogando un sollozo en la garganta. . .



Han emprendido el regreso. El doctor Martínez va a la cabeza con Carmen, que se apoya en su brazo, seguido de cerca por los otros. Caminan en silencio, lentamente, mirando el suelo arenoso, la punta de sus zapatos, las piedrecillas ásperas, la hierba alta.

Cuando el portón del cementerio se cierra detrás de ellos, rechinando, el médico le propone a sus compañeros:

—¿Qué tal si vienen a mi casa? Los invito a tomar una taza de café.

¡Se han ido, Rafael! Te han abandonado en este primer aniversario. El año entrante serán menos. Tal vez nadie visitará este montoncito de tierra.

Ahora sólo quedo yo, Rafael. Pero una muralla insalvable separa mi mundo del tuyo. No puedo penetrar en él. La distancia es inconmensurable, a pesar de la proximidad en el espacio. Me es imposible llegar hasta tu tumba; pero si pudiera hacerlo, me arrojaría al lado de tus huesos y estamparía un beso largo y compasivo en tu frente descarnada...

Índice



Cesar A. Candanedo
LA OTRA FRONTERA

- 5 El consejero.
51 Falso título español.
69 Aparece un míster.
113 Tierra sin viento.
193 Vocabulario.

Tristán Solarte
EL AHOGADO

- 199 Introducción

Primera Parte

- 203 Capítulo I: *Apuntes del Doctor Martínez*
209 Capítulo II
215 Capítulo III
219 Capítulo IV
237 Capítulo V

Segunda Parte

- 251 Capítulo I: *Los testigos.*
253 Capítulo II: *El testimonio de Orlando.*
271 Capítulo III: *El testimonio del padre González.*
287 Capítulo IV: *Un curioso testimonio.*
291 Capítulo V: *Fragmentos de un testimonio (La tarde de ese día).*
299 Capítulo VI: *En el cuarto de Rafael (al día siguiente).*

- 311 **Epílogo**

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.